

TITO MUNDT

vengo de la
próxima
guerra

EDITORIAL



ORBE

VENGO DE LA PROXIMA GUERRA

Pocos son los autores que alcanzan tan directa comunicación con sus lectores. El caso de Tito Mundt no es habitual. Sus libros se leen y agotan con enorme facilidad. El secreto posiblemente resida en su ritmo nervioso, urgente, entrecortado. o, talvez, en la actualidad de los hechos planteados. Lo cierto es que cada libro de Mundt alcanza el éxito, para desaliento de aquellos que se desalientan.

Este es el tercer libro de Tito Mundt publicado por ORBE. Los anteriores fueron: "Memorias de un Reporter" (1965) y "Las Banderas Olvidadas" (1965).

Sin embargo, pudiera decirse que la tónica de este es diferente. El testimonio que ahora entrega no llega al optimismo. La próxima guerra, esa que se está gestando en Oriente, se nos está viniendo encima y el viajero alerta, el periodista como Mundt, no puede permanecer indiferente.

De allí, entonces, este análisis adivinatorio, esta búsqueda de raíces y de situaciones.

"Vengo de la Próxima Guerra" se constituye así en un libro aterrador y, al mismo tiempo, fascinante. Es que Tito Mundt, parece, no puede ser escéptico del todo y se da maña para hacer del relato un modelo de amenidad y vitalismo.

10(882-24)

W

Vengo
de la próxima
guerra

Ilustraciones
JORGE DAHM

TITO MUNDT

Vengo
de la próxima
guerra

SANTIAGO DE CHILE

EDITORIAL



ORBE

Es propiedad
Todos los derechos
reservados
Inscrip. 32161
Editorial Orbe
Santiago-Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

.....y pasé por:

- LIMA
- MEXICO D. C.
- VANCOUVER
- ALASKA
- TOKIO
- OKINAWA
- KIOTO
- TAIWAN
- MATSU
- QUEMOY
- HONG KONG
- NUEVA DELHI
- BANGKOOK
- TEHERAN
- TEL AVIV
- HAIFA
- JERUSALEN
- SAN JUAN DE ACRE
- BELEN
- NAZARETH
- ROMA
- PARIS
- MADRID
- GRANADA
- GIJON
- LA CORUÑA
- OVIEDO
- VALLADOLID
- RIO DE JANEIRO
- BUENOS AIRES

y regresé a SANTIAGO

Este fue mi último viaje. El que hice hace unos meses recorriendo cuatro continentes y saltando de Santiago a Lima, México, Canadá, Alaska, Japón, Formosa, Hong-Kong, Bangkok, Nueva Delhi, Teherán, Israel, Roma, París y prácticamente las tres cuartas partes de España. El viaje duró dos meses, pero dormí a razón de cuatro horas al día y viví tratando de absorber el máximo de las cosas que había visto.

Estuve en el escenario de la próxima guerra.

No. No se asuste amigo lector. Esa es la verdad. La triste verdad. Este es el decorado de la próxima contienda y en parte el telón de fondo de la actual. La China de Formosa, el Viet Nam, la India, ya son campos de guerra. Mañana serán Malasia, posiblemente Israel, Australia, Nueva Caledonia y otros puntos del globo que visité en este viaje y que serán destrozados por las bombas en la próxima contienda que ya se dibuja en el aire.

No quiero anticiparle nada, ni quiero contarle el libro antes de que Ud. comience a leerlo. Simplemente le voy a narrar cómo viví a través de doce países durante sesenta días, viendo muchas cosas que un lector nacido en Chile, (el último rincón del mundo), es difícil que perciba a través del nervioso tableteo del cable.

Este no es un libro de viajes corriente. Casi es un libro de aventuras. De aventuras periodísticas vividas por un hombre que fue a mirar con los ojos bien abiertos, sin carnet de partido político alguno, libre de prejuicios y de telas de arañas, cómo está el mundo, (su mundo, amigo lector), que va marchando lentamente ha-

cia el abismo con una sonrisa en los labios y casi sin darse cuenta.

No. No volví optimista de mi último viaje. Pienso, como Su Santidad Paulo VI y como la mayoría de los estadistas del mundo, que estamos al borde del abismo y que los fúnebres Cuatro Jinetes del Apocalipsis están a punto de saltar nuevamente sobre la silla y emprender su infernal galope.

En estas líneas van las pruebas de lo que afirmo. Lo que me dijeron los Jefes de Estado, Ministros, parlamentarios, generales, estrategas y periodistas que conocí durante el viaje y que resumo en un cuadro que no trata de ser fatídico sino escrupulosamente real.

Estamos en el 1936 de la guerra anterior. La España de esa época es el Viet Nam de ahora y la única diferencia consiste en que las piezas del ajedrez están alineadas de otra manera.

Y una reflexión final: el decorado de esta contienda será el Pacífico, tanto el Norte como el Sur. Chile, con cuatro mil doscientos kilómetros de costa en este mar, está dentro del escenario. En 1914 fuimos neutrales. En la contienda del 39 al 45 rompimos políticamente con el Eje. No sabemos de verdaderas guerras desde el lejano 1879.

Ahora no pasará lo mismo. El telón de fondo que describo en estas páginas, llega desgraciadamente a nuestras playas y esta vez no seremos cómodos espectadores sentados en platea, sino que nos obligarán a trabajar como protagonistas en la infernal película que ya se comienza a rodar.

En los otros cinco libros que he publicado, he sido sonriente y optimista. En éste, por primera vez, he tenido que ponerme terriblemente serio. Y para saber lo que pasará en los próximos meses, hice este viaje para agitar el badajo y tocar la campana de alarma.

La Partida

Cerrillos, 26 de junio de 1965. Vengo saliendo de una gripe. He estado cuatro días en cama con 39 grados, pero tengo un pasaje en la mano que vale dos mil dólares y sería un crimen que me quedara tendido en el lecho en vez de salir a hurguetear por el mundo a ver lo que está pasando.

Cerrillos es un aeropuerto chico, modesto y humilde en que nunca falta un pañuelo empapado en lágrimas que se agita en la niebla mientras el avión palpita con una especie de corazón acelerado. Me despido rápidamente de mi mujer y de mi hija y monto en el Canadian. Tenemos tres horas hasta Lima. Recorremos el norte del país. Se dibuja la silueta de la máquina sobre la piel blanca de la pampa. Abajo duermen los pueblos con las luces encendidas y los ojos apagados. Vamos saliendo de Chile. Vamos llegando al Perú. No conozco a nadie en el avión salvo a un señor que ha sido el importantísimo gerente de una gran empresa de este país y que me da una larga y aburrida lección sobre la economía chilena que debe ser liberal y capitalista, y por qué los obreros y los empleados se deben dejar explotar técnica y científicamente por los patronos sin chistar en lo más mínimo. Una lección de finanzas, aparte de ser una lata, sirve para matar el tiempo y esperar que el avión baje rápidamente para tomarme una Coca Cola helada en un país que no es el mío.

Lima a la vista

A lo lejos surge, sensual y tibia la tierra de la Perri-choli y de la Flor de la Canela. Ya diviso el tajo de plata del Rimac, pero antes de llegar recibo una especie de aperitivo del Japón y del Oriente. Treinta y cinco japonesitos de un metro cuarenta y de ojos rasgados, despiden a un anciano que vuelve a su patria. No hay nadie más parecido a los japoneses que los peruanos. Los mismos pómulos, los mismos ojos rasgados, la misma piel color aceituna, los mismos movimientos nerviosos, la misma dulzura y suavidad para hablar, el mismo trote nervioso para caminar.



Caminamos desde el pequeño aeródromo de Lima-tambo hasta la máquina que espera deseosa y anhelante de seguir hacia el norte. Lentamente descuella el avión de la Canadian. Ahora sí que vamos a vivir varias horas sobre la carne fresca de América. Vamos a cruzar de noche, en medio de las estrellas y posiblemente de algún platillo volador solitario y bohemio, esa sangre caliente y espesa que corre por el trópico. Vamos a recorrer, sin

darnos cuenta, cinco o seis países antes que surja el amanecer.

El alba

No hay nada más lindo ni más impresionante que la salida del sol en las tierras de América. Alguien invisible cambia el decorado. El cielo, que estaba color betún, se va poniendo ligeramente gris, luego plomizo y por último azul. De un azul profundo, de anilina, o de cuadro del Renacimiento visto en el Museo del Vaticano. Un azul de Rafael o de Boticelli. Un azul delicado e infantil que nos levanta el ánimo. Estamos sobre Guatemala y cruzando la América Central. Abajo hay volcanes, leyendas y dioses. Abajo corren los ríos entre selvas profundas donde montan guardia las culebras y caminan los bichos más venenosos del mundo. Abajo está el calor, la transpiración, las mujeres morenas, las mulatas y las negras y los viejos caballeros africanos cuyos antepasados viajaron desde el continente negro hasta América en los antiguos buques de los traficantes de esclavos.

A México

Hace veinte años que no vengo a México, y allí, en medio del amanecer, a las seis en punto de la mañana, surgen el Ictaccihualt y el Popocatepec sosteniendo unas pequeñas nubes que parecen dibujadas por Salvador Dalí. Este es otro México. No es el que conocí en 1943 cuando llegué en barco hasta el puerto de Manzanillo. Es el México de 1965 con los mismos volcanes, pero que ha barrido con los edificios antiguos para construir otros mucho más modernos. Es la capital más potente de la América del Norte después de Nueva York, donde se está levantando una de las naciones más extraordinarias del mundo.

Desciende el avión sobre pequeños riachuelos, canales y zanjas y se detiene perezosamente mientras el sol azteca se enciende como una condecoración en el pecho

del paisaje. Miles de recuerdos corren a galope tendido y me hacen evocar el otro México que conocí hace tantos años. Entonces todo era más modesto, más lugareño, más provinciano.

Ahora México se sacó la *chamarra* y se puso pantalones largos definitivamente. El mismo aeródromo es distinto y veo los perfiles de metal de todos los grandes aviadores que en el mundo han sido y que han hecho algo en los pájaros de acero. Ahí están Lindbergh, Merzoz, Bleriot y tantos otros bravos capitanes.

El economista que me dio la lección financiera al llegar a Lima, tiene el buen gusto de descender en el aeródromo y perderse entre la multitud.

Pero tengo la suerte de divisar una barba que se sonreía en el sitio destinado al público que espera a los pasajeros. Es Pepe Donoso, autor de "Coronación" y uno de los mejores novelistas chilenos que vive en México desde hace dos años y que tiene en Santiago, en los últimos rincones de la Cordillera y casi al llegar a la Argentina, una casa blanca y misteriosa que se llama precisamente "La Casa de la Luna".

Es increíble llegar a México a las seis de la mañana cuando todos los niños mexicanos están acostados en sus respectivas camitas soñando con ese cuco que se llama Hernán Cortés, y encontrarse con un amigo chileno que está esperando a su suegro acompañado de su mujer. Un diálogo rápido, un pequeño encontrón con un empleado de la aduana mexicana que insiste en no devolvernos el pasaporte, y el avión nos hace una seña con un dedo invisible para indicarnos que debemos seguir.

Sobre U.S.A.

Ahora estamos volando sobre Estados Unidos. Abajo están los rascacielos, las torres de petróleo, las niñas yanquis pintadas con el mejor rimmel del mundo, aderezadas con las mejores cremas, maquilladas con los mejores afeites, leyendo puntualmente el "Reader Digest" para adquirir un barniz de cultura y además un buen marido

cuando llegue el momento oportuno. Es de día y ya los ciudadanos norteamericanos están trotando incansablemente de la casa a la oficina para conseguirse los dólares necesarios y poder llegar a ser unas vagas copias de George Babbitt, cuando sean mayores. Paso sobre Seattle y veo a través de la ventanilla cientos de barcos durmiendo al sol como satisfechos lagartos de metal y arrojando humo perezosamente, y que forman nada menos que la Séptima Flota que es una de las mejores y más efectivas defensas que tiene el Tío Sam para hacerla funcionar el día que alguien le falte el respeto. Es un bosque, una selva, una especie de jardín ambulante de cañones, de torres de mando, de quillas cubiertas de acero, de anclas y todo lo que haya creado la técnica humana para organizar una Armada que merezca el nombre de tal.

Durante unos minutos el pequeño pájaro mecánico en que estamos viajando vuela sobre sus colegas que están contruídos del mismo metal, y veo con mis ojos de pacífico ciudadano sudamericano, cómo están de bien armados los norteamericanos en caso que China Comunista se descuide, o Rusia pretenda hacer alguna gracia.

Canadá

El avión desciende de nuevo y se detiene en Vancouver. Ya estamos en Canadá, un país tan limpio que dan ganas de mandarle una especie de quintacolumna de pulgas y baratas para que no sea tan escrupulosamente higiénico y se humanice un poco. Hay señoras rubias con ojos inaguantablemente azules, manos de piel abarqui-lladas, y caballeros calvos que toman aburridamente el sol. Un sandwich con gusto a farmacia y un agua que sabe a *frigidaire*, nos dan la impresión exacta de que estamos en otra parte del mundo y lejos del sabor santiaguino y sudamericano. El cielo es limpio, la gente limpia, el aeródromo limpio, los platos son limpios y todo es tan limpio, tan intolerablemente limpio, que se nota a la legua que le falta esa cosa pegajosa y humana que tienen nuestros calientes pueblos del otro lado del mar. No sé

por qué me recuerda Suiza. Esto lo ví antes en Ginebra, en Lausane, al pié de los picos nevados de los Alpes. Este es un mundo perfecto, preciso, exacto, inhumano, o quizás demasiado humano. Estos niños gordos parece que nunca han hecho una diablura. Los colegiales no saben lo que es una cimarra. En el cielo no hay volantines y echo de menos los vidrios quebrados y los ascensores que no funcionan de mi país. Aquí amigo lector, todo funciona, todo es perfecto, con una regularidad de cronómetro helvético que jamás se equivoca en la hora y en que todo resulta preciso y exacto como el informe de un economista demócrata cristiano chileno.

¡Qué lejos están los cielos revueltos de Chile! ¡Qué lejos la Cordillera de Los Andes que el buen Dios pinta todos los días con pintura "Pajarito" para que se la podamos mostrar orgullosamente a los turistas que llegan de vez en cuando a Santiago! ¡Qué lejos están los barrios bajos, los tugurios, las conversaciones hasta las cinco de la mañana, las salas de redacción, mi casa, mi mujer, mi hija, mis libros, mis amigos, mis recuerdos, mis manías!

Han transcurrido apenas ocho horas y estamos tomando agua que yo creo que no tiene oxígeno ni hidrógeno de puro saludable, limpia y pura que es.

Menos mal que el piloto comprende mi problema y decide que partamos.

Alaska

Alaska es un inmenso trozo de tierra norteamericana que está pegado con goma en una esquina del Canadá nadie sabe por qué. O sea, que un yanqui tiene que salir del país, cruzar la frontera, saltar por un país extraño para volver a llegar a su patria que queda al otro lado del mapa. Alaska es la novela, son los perros policiales, los largos aullidos nocturnos, son los cuentos de Jaime Oliver Curwood, la policía montada de guerrera roja y sombrero puntiagudo, los caminos en medio de la nieve y las cabañas de pino con estalactitas de hielo. El avión, —que es muy amable y buena persona y además experto en turismo—, desciende suavemente sobre el paisaje de Alas-

ka para que este periodista pueda anotar rápidamente las bellezas de un cuadro que es entre selvático y civilizado, con mucho de camino perfecto y de roca brusca, de caverna sombría y de picacho solitario. El cielo sigue siendo azul. De un azul inexorable que no tiene matices ni nubes. Todo es compacto, y sin heridas, y parece que estuviera pegado con cuatro tachuelas en una esquina del mundo para que cuando volvamos a Chile digamos que no hay nada más lindo que el cielo de Alaska. Dan ganas de mandar una tarjeta postal, de hablar por teléfono, de enamorarse de alguien, pero no hay de quién enamorarse porque los pasajeros, o son japoneses o son unas señoras canadienses con anteojos ahumados que leen novelas policiales.

Queda atrás la punta de Alaska, se agita al viento un pañuelo invisible en el último recodo de esta tierra desolada y terrible y comienza el mar como en los mapas, verdoso, sin oleajes ni mareas, intacto y recién pintado al acuarela. Ahora avanzamos hacia el Japón.

El famoso Fusiyaama

A mi lado hay una japonesita, pequeña, delicada, con anteojos y *kimono*. No habla ningún idioma, salvo el suyo, y le escribe una carta a su novio. Es una carta en que las letras descienden verticalmente de la parte superior del papel hasta la parte inferior llenas de promesas de amor y de juramentos orientales. Bruscamente la japonesita cambia, deja de ser estática como una muñeca de porcelana y saltándose todos los límites del protocolo, me indica alegremente con la mano algo que ha asomado de repente por la ventanilla:

—¡El Fusiyaama!

Yo miro sorprendido. Ahí está la máxima maravilla del mundo que aparece en el cine, en los afiches y en las tarjetas postales. Ahí está el cono perfecto que surge en medio de una cordillera de nieve y que se levanta verticalmente sosteniendo la belleza poética del cielo. Japón es el Fusiyaama. Es la poesía, la novela, la leyenda. Tran-

quilo y solitario, parece una especie de buen abuelo de nieve construído de los hielos más profundos y de las rocas más inaccesibles. El Fusiyama descrito hasta el cansancio por los turistas, escritores, periodistas y novelistas que en el mundo han sido, es una especie de gran helado de piña que los ángeles lamieran los días domingos cuando salen con sus mamás y que, después de ir a la matinée, les piden que pasen a la pastelería. No es un volcán con la desencadenable fuerza de los volcanes chilenos. No es el Osorno, ni son las rocas salvajes del Aconcagua. Es un volcán oriental, perezoso, suave y dulce, con algo de *geisha*, de *musmé* coqueta y femenina que se ha maquillado especialmente para parecerle lo mejor posible a los viajeros que lo vemos por primera vez.

Surge por un lado de la ventanilla y después, como un perfecto funcionario oriental, desaparece en forma suave y delicada al otro lado de la nave.

Ahora estamos cerca del Japón y al frente y muy lejos, se dibujan vagamente esos pequeños islotes llenos de seres humanos de color marfil, de enormes anteojos, de rápidas manos, activos como nadie, genios para la fabricación de máquinas fotográficas, radios y televisores, temibles soldados en la guerra y activos obreros y empleados en la paz, que se llaman oficialmente los nipones.

T o k í o

A las cinco de la tarde del día 28 de junio, el avión desciende delicadamente en el aeródromo de Tokio que es una de las ciudades más grandes del mundo. Yo he estado en Londres, en Nueva York, en México, pero esto es mucho más grande. Estamos llegando a la ciudad más populosa del mundo y como seguramente el amigo lector es aficionado a las estadísticas, le vamos a dar algunos datos.

Cifras

Este país tiene 96 millones de habitantes. Tokio tenía once millones hace dos años y seguramente ahora ha lle-

gado a los trece. Aparte de eso, está Osaka con seis millones, Kioto, la ciudad sagrada, con un millón y medio, y esas dos terribles heridas históricas que se llaman Hiros-



DAH M 66

hima y Nagasaki. Este es un país en que el budismo está dividido en más de doscientas sectas con cincuenta y cinco millones de fieles, a continuación de la cual sigue el sintoísmo, el cristianismo con siete millones, —de los cuales la mitad son católicos—, e infinitos grupos religiosos menores. Produce fundamentalmente arroz, fréjoles, naranjas, mandarinas, tabaco y té, aparte de trigo, maíz, avena, soya, cebada, sésamo, maní, batatas, remolacha, tomates, cebollas, peras, linos, etc.

Tiene cuatro millones de animales bobinos, tres y medio millones de cerdos, setecientas mil ovejas, seiscientos mil caballos. Es el primer país del mundo en materia de pesca y produce además cobre, carbón, petróleo, gas natural, lignito, plomo, estaño, manganeso, mercurio, antimonio, etc. Este es el país que venció a los chinos en una guerra rapidísima que le significó la ocupación de Formosa durante cincuenta años, que liquidó a Rusia en una guerra decisiva, prólogo de la primera guerra mundial, que fue partidario de los aliados en la contienda del 14 al 18 y que, por último, asaltó a Estados Unidos por la espalda en esa mancha indeleble que se llamó Pearl Harbour. El país del respeto a los ancianos, el país de Hirohito que fue un ídolo mirado como un dios durante muchos años y que después de la última guerra, pasó a ser un ser humano tan corriente y tan vulgar como Ud. o como yo. La tierra de los girasoles, de los grandes arrozales, de los templos erigidos al cielo, de las niñas con uniforme agrupadas en coquetos batallones que desfilan militarmente por la calle. El país que deberá levantarle un día un monumento al General Mac Arthur que, siendo vencedor en una guerra terrible, fue capaz de comprender lo que se agitaba en el fondo del alma nipona y darle una clase de democracia para que se transformara definitivamente en una nación que podía mantener un diálogo normal con el resto del mundo. El Japón de Pierre Loti, de Claude Farrere, de los Samurais y del *hara-kiri*. El Japón militar, agresivo y violento disimulado detrás de una careta de suavidad y dulzura. Fino en lo exterior, brusco en lo interior. Protocolar y ceremonioso a

primera vista, agresivo e iracundo en los últimos estratos del alma. Esta es la nación donde se detiene el avión.

Vamos a llegar... Ya estamos llegando... Llegamos.

Treinta y nueve grados

Cambia el clima. En Santiago cuando partí, había una temperatura de 16 grados. Ahora son 39 y un clima de baño turco, de aire espeso y pegajoso, de humedad de Buenos Aires, con algo de París en verano, me sale al paso, me empapa la camisa, me golpea la frente y casi me arroja al suelo al descender por la escalerilla metálica.

Aquí yo no soy nada. Nadie me conoce ni nadie tiene idea de por qué presento mi pasaporte y tomo un bus para partir a la ciudad. Por suerte me hago amigo de un muchacho mexicano que trabaja en la misma línea aérea, gracias a lo cual pude cruzar las primeras palabras en español después de un silencio de veintinueve horas sin interrupción.

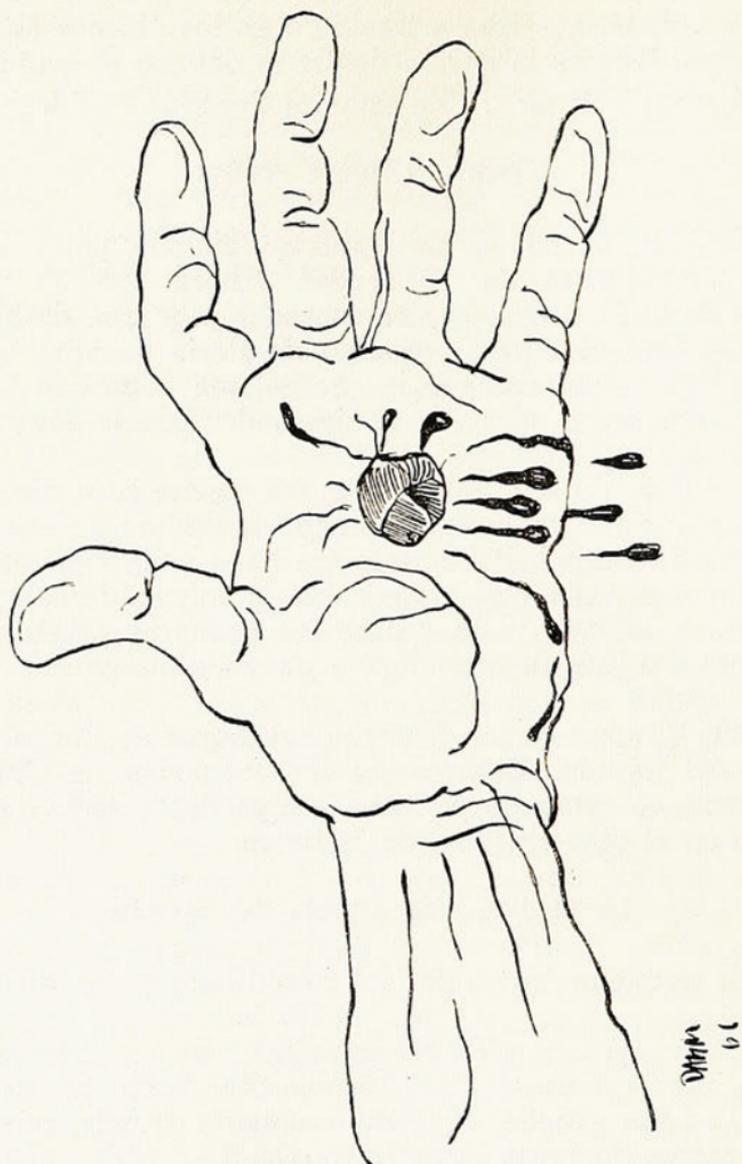
Veintinueve horas. Veintinueve horas de uno al otro lado del mundo. Estamos en las antípodas de Chile y mientras yo estoy de pie, mis compatriotas están cabeza abajo en el otro extremo de la tierra.

La capital más grande del mundo

El pequeño bus sale del aeródromo y se dirige a Tokio.

Todas las capitales del mundo están a veinte minutos o media hora del aeródromo. En Tokio no es así. Tokio es tan grande, tan fabulosamente grande, que nos demoramos cuarenta minutos corriendo a toda velocidad por los caminos más pavimentados del globo, bajo los puentes aéreos, sobre los autoestradas y deslizándose por las carreteras más audaces que el mundo haya construido.

Todo esto fue barrido por las bombas de fósforo de la última guerra. Fué arrasado, quemado, devorado por las llamas. De esto no quedó nada, salvo el silencio y una



estela de cadáveres de ojos rasgados. Y, sin embargo, con la terrible voluntad nipona, fué surgiendo de nuevo una ciudad que ahora es la capital más grande y populosa del mundo. ¡Qué pequeño, qué enano, qué coqueto se ve París al entrar a los suburbios de Tokio! Carreteras que

cruzan el viento, caminos de cemento que se pierden a la distancia, autos, buses, taxis, camiones por todos lados, ríos de metal y de focos encendidos que van cortando el atardecer a medida que nos acercamos a Tokio. Usinas, centrales eléctricas, barcos de guerra, buques de pasajeros, transatlánticos, lanchas, todo un mundo que se agita en las aguas inmóviles que rodean la ciudad.

Pero ahora, como estamos en verano, comienza a descender la noche. Una noche profunda y fragante que los nipones han derrotado con una sola arma: los avisos luminosos. No hay genios en el mundo comparables a los japoneses para construir estas luces que se encienden bruscamente en medio del cielo, que arrollan a la luna y barren con las estrellas. Tokio no tiene noche porque ésta ha sido vencida por este golpe eléctrico de miles de miles de inmensos letreros de cincuenta metros de alto unidos entre sí que forman una especie de ballet sagrado, de gran danza de color y que muestra las marcas de todos los productos que lanza al mercado el Japón día tras día. Están los radios, los televisores, los autos, los camiones, los buses, las cámaras fotográficas. Abajo se abren las grandes tiendas, los inmensos mercados, los cines, los teatros, los estadios, etc. Nueva York es una ciudad oscura al lado de Tokio, Broadway, más conocido como la "Vía blanca", parece una vía gris al lado de este batallón de luces de bengala y de fuegos de artificio que se encienden en el cielo y que bailan alegremente en medio de la oscuridad.

El hotel

El pequeño bus en que viajo parece que estuviera asustado en medio de esta selva multicolor formada por miles de miles de bombillas eléctricas que se encienden y se apagan incansablemente.

A las siete de la tarde llegamos al "Tokio Prince Hotel", detrás del cual hay una especie de Tour Eiffel que han construido estos geniales japoneses para sacarle pica a los franceses y que es diez metros más baja pero exac-

tamente igual. Hay sesenta taxis en la puerta. Sesenta taxis que avanzan con la gravedad de unos sacerdotes lamas que arrojan a su pasajero, toman nueva clientela y desaparecen lenta y ceremoniosamente en la oscuridad. Hasta el olor cambia en Tokio, porque, ha de saber el amigo lector, que los países tienen olor.

Este perfume a brea, a petróleo, a humanidad y a baño turco, es sólo de aquí. No sacan nada los girasoles con mover pesadamente sus cabezas de color, ni los miles de flores que chorrean rojo, verde y amarillo a lo largo del camino. Aquí existe un olor japonés como existe un perfume chino y un hedor que más tarde conoceremos en la India. Así como España huele a aceite, París a chaqueta de cuero y a Coty, Londres a niebla, Nueva York a petróleo, Curaçao a bencina, Río de Janeiro a axila de mulata y otras ciudades tienen su respectivo perfume y su carnet de identidad propio, Tokio tiene su olor estrictamente personal.

Super confort

En el hotel me dan una habitación tan elegante que creo que me han confundido con Su Majestad el Emperador Hirohito. La televisión en colores está encendida. La ducha me espera suave y perfumada. El baño es de mármol negro, los criados parecen jefes de protocolo de alguna potencia importante. Los pasillos están tan encerrados que me puedo afeitarme tranquilamente mirándome en esos riachuelos oscuros que cruzan el hotel y que van a desembocar en los ascensores. Todo tiene una suavidad, una distinción y una elegancia que no he encontrado jamás ni en las más grandes capitales europeas. Esto es el Oriente en el mejor sentido de la palabra. Es el señorío, la elegancia y la clase. Esto tiene algo de Majestad Imperial, de templo budista y de ceremonia sagrada. Los mozos, los barmans, los ascensoristas, las chicas que atienden el teléfono, la jefe de la oficina del personal, los choferes de taxi que esperan en la puerta, todos parecen pequeños príncipes de enormes anteojos y de pequeñas ma-

nos frágiles que alguien hubiera construído en una lejana juguetería y les hubieran dado cuerda especialmente para recibir a este solitario periodista sudamericano que los ha venido a ver desde tan lejos.

La Noche

Llamo a mi amigo mexicano por teléfono y salimos a conocer la noche nipona. Tomamos un taxi y le decimos que nos lleve al centro. En una gran capital existen docenas de centros. En Tokio hay muchos más. Docenas de kilómetros de centro. En ellos estan las plazas, los Ministerios, los cines, los Bancos, etc. Oficialmente el centro de Tokio se llama *Guinza*. A través de la ventanilla del taxi se suceden los teatros, los estadios y los cabarets hasta lo infinito. Los mercados están cerrados, pero de las arterias centrales surgen unas pequeñas callecitas noctámbulas que invitan a conocer no sólo el Japón industrial y estadístico, sino al país del amor y del pecado.

Mi amigo me indica con la mano un pequeño bar para que tomemos la primera taza de té legítimamente nipón y podamos conocer a alguna japonesita.

Dejamos atrás los edificios pesados, los enormes y ceremoniosos Ministerios y Bancos que podían estar perfectamente en Nueva York y ser absolutamente norteamericanos. Estos suburbios laterales, estos pequeños arroyuelos pavimentados, son el verdadero Japón. Aquí está la casita de té, el baño atendido por muchachas, el barcito equívoco, la bailarina solitaria y la *taxi-girl*. Aquí las paredes no son de cemento, sino de papel y cartón. Este es el Japón de juguetería con que habíamos soñado desde niños cuando veíamos las muñecas asomadas en la vitrina de la casa "Hombo" en Santiago.

Las japonesitas

Las japonesas no son de carne y hueso, ni de sangre y nervios como las había soñado cuando muchacho. Están

hechas de porcelana y marfil, sonríen todo el tiempo y hablan con una voz ligera y lejana de pájaro sorprendido o de avecilla nerviosa que quisiera refugiarse bajo el alero de un extranjero que ellas suponen ingenuamente cargado de dólares y de pintorescas noticias sobre tierras lejanas.



Mi amiga se llama Niko, tiene veinte años y a los cinco minutos me declara abiertamente que no le gusta que la besen.

—¿Cómo entienden el amor las japonesas?

Las españolas son celosas y tropicales, las inglesas prácticas y melancólicas, las danesas frías y eficaces, las francesas encantadoras y saben preparar con una sonrisa, una cita de amor sin molestar al marido que está durmiendo apaciblemente la siesta en la pieza del lado. Las japonesas, enemigas del beso, de la caricia, del coqueteo, de la cita en una esquina y de todo aquello a que estamos acostumbrados los sudamericanos y que forman la técnica y la geografía del amor, sonríen con los ojos, con las manos y con el cuerpo, pero no quieren que uno use las manos, la boca, ni nada, sino sencilla y directamente el cuerpo mismo. Ese beso enredado y novelero, esa caricia policial y lenta, ese asedio a la hembra hecho por el macho por etapas, ese amor desenfrenado lleno de caricias y lágrimas, salpicado de cartas y despedidas y que forma la esencia del amor en todos los extremos del mundo, no existe en Japón. Aquí son los ojos detrás de los cuales brilla el pequeño puñal de la sonrisa, los labios entreabiertos, la voz musical, los pequeños coqueteos de gata, la ondulación del cuerpo y miles de pequeños gestos que nos parecen más amabilidad que cariño, y mucho más dulzura que sexo.

Así era Niko, mi compañera de esa noche. Una tarjeta de visita para conocer Japón que resultó tan eficiente como un buen televisor "Sanyo", pero tan frío y mecánico como él.

Al día siguiente me levanté a las seis de la mañana, después de haberme servido el complicado desayuno del Hotel. Un mozo vestido de blanco que más parecía un príncipe de leyenda, me dijo que me estaba esperando un auto en la puerta. Dentro del auto estaba sentado un diplomático chileno que acababa de llegar a Japón y gracias a él conocí el Tokio de día, con los japoneses recién levantados, las calles repletas, los niños uniformados y las escasas mujeres con kimono frente a las cuales sus parientes y amigos hacían miles de cómicas reverencias.

Reverencias

Este dolor a los riñones que tengo en este momento, no se debe al cambio de clima, sino al cambio de país y de continente.

En Santiago saludaba con la mano y generalmente desde lejos. Bastaba un gesto amistoso y nada más. Aquí en Tokio he tenido que practicar el deporte de la reverencia de la mañana a la noche. Reverencias y más reverencias. Inclinationes de cabeza por todos los motivos imaginables. Quebrarme, arquearme y dejar caer sonriente la cabeza hasta el suelo para no pasar por mal educado. Porque los nipones se pasan la vida en esto. Desde que debutan en la cuna, hasta que parten a su propia parcela en el cielo, viven inclinándose amablemente ante los demás. El número de inclinaciones está en relación directa con la importancia de la persona. El primer ministro, los senadores y diputados, los ancianos ilustres y los personajes que están de actualidad, exigen por lo menos 20 reverencias cada uno. Y no termina nunca la noble e incómoda práctica. Se envían saludos a los padres, a la esposa, a los parientes más cercanos, a los antepasados, a todo el nutrido árbol genealógico de cada cual.

En el aeropuerto a la llegada; en el hotel al buscar pieza, en la tienda al comprar una máquina fotográfica, en un café al pedir una taza, en el baño turco, al quedar como Dios me echó al mundo y caer en las finas y ágiles manos de una japonesita que me hará masajes especiales, en un *night club* para saber cómo bailan las muchachas niponas, a la entrada del teatro, en la aduana, en la línea aérea y, finalmente, a la subida del avión para partir a Taipei, me he pasado doblando el espinazo como vulgar mono de cuerda.

Y este terrible deporte, este inclinarme mil veces en menos de 20 horas, me hizo peor que si el invierno de Santiago me hubiera dejado una ciática de recuerdo.

Pero he aprendido una costumbre nueva que se sumará al frotarse la nariz con un amigo esquimal y a sonarse con los dedos en una calle de Peking.

Todo sea por el periodismo y por el maldito espíritu viajero.

Pero ahora mismo vamos a dejar un poco el tono ligero y burlón para hablar definitivamente en serio.

Viraje en 180 grados

¿Qué queda de la vieja leyenda imperial nipona?

Nada o casi nada. Estuve en el Palacio del Emperador como un turista más entre miles exactamente iguales a mí. Antes no podía haber atravesado los fosos por los puentes arqueados, ni mucho menos llegado hasta los jardines imperiales de Su Majestad Hirohito. El respeto al Emperador que existía antes de la última guerra, era sencillamente terrorífico. El ciudadano corriente no era nada ante este pequeño ser de lentes y de uniforme militar que revisaba despectivamente las tropas y que no se molestaba en mirar a sus pobres y humillados súbditos. Únicamente los nobles más nobles de la Corte podían llegar hasta él con la vista baja y el cuerpo doblado en la más cortesana serie de reverencias y de inclinaciones de cabeza.

Vino la guerra y la derrota y el Emperador también tuvo que cambiar. El Japón miraba en menos esa palabrita "democracia", que, según él, era sinónimo de pueblos inferiores y decadentes, y tuvo que aprender a practicarla rápidamente. Detrás de las balas y las bombas americanas, venía el derecho a voto, el Senado, la Cámara de Diputados, la prensa libre, los sindicatos con poder y con derechos, el nacimiento de partidos políticos como el socialista y el comunista, la liberación de la mujer, la liquidación del orgulloso Ejército, de la fulminante Aviación y de la insolente Armada que habían sido las regalonas del Emperador y de la nobleza nipona. La democracia, en una palabra, como se practicaba desde hacía casi dos siglos en el odiado Occidente.

Ahora el Emperador es únicamente un símbolo. Un pequeño y respetado símbolo que no manda, sino que

cumple lo que su pueblo, a través de las instituciones democráticas le sugiere o le ordena sencillamente.

El Palacio Imperial

El Palacio de Hirohito no es ni la sombra de hace veintidós años. Entran los turistas con sus cámaras fotográficas y los periodistas con sus preguntas. Los fosos que lo separan de la capital, son sólo simbólicos. Se atraviesan con la misma facilidad que en cualquier ciudad del Occidente. Y para llegar a Su Majestad Imperial, no hay que bajar tímidamente los ojos, ni caer humilladamente de rodillas, sino que se le puede mirar cara a cara y estrecharle la mano como a cualquier Presidente de la República del resto del globo.

Esta fué otra de las más prácticas lecciones que aprendió el Japón detrás de la lluvia de bombas que lanzaban las victoriosas víctimas del asalto de Pearl Harbour. Pero salió ganando con ella.

Las Casas de Té

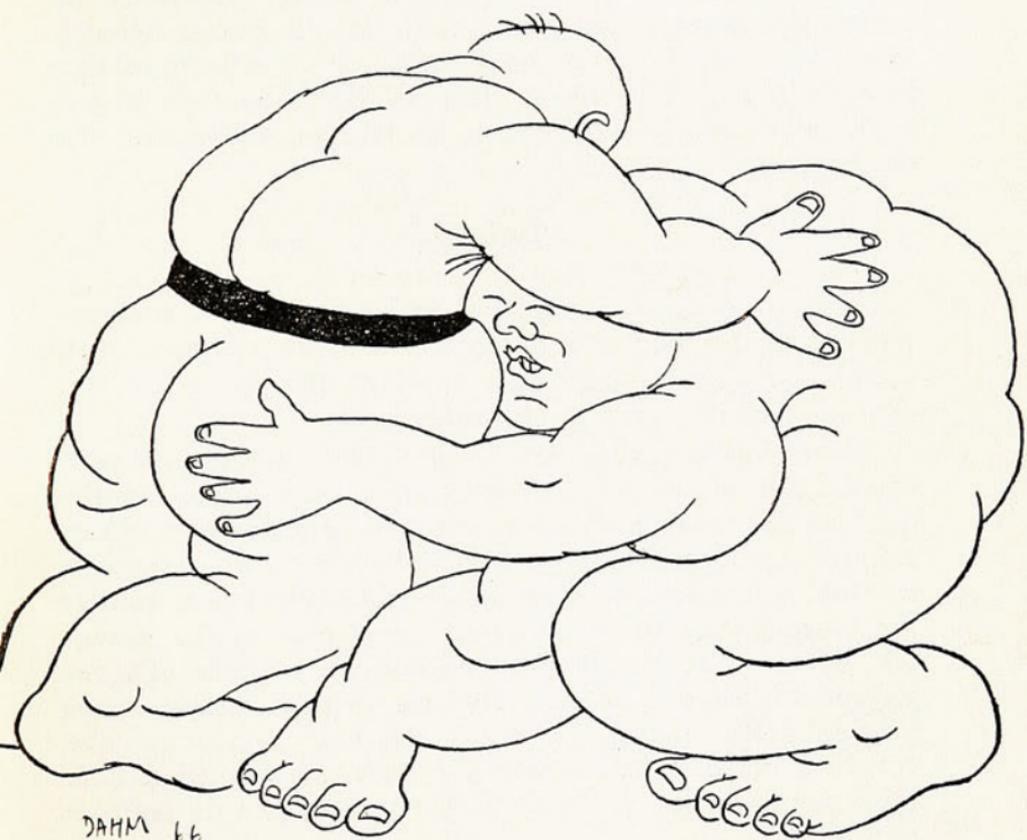
Pero cambiemos un poco porque estamos demasiado serios. Voy a llevar al querido amigo lector a ver otros aspectos del Japón que conocí fugazmente.

Estuve en una casa de té sentado en un cojín de terciopelo y consumiendo lenta y pausadamente esa delicada mixtura que producen los campos nipones. El té es una especie de amigo del paladar, de cómplice íntimo que produce calma y serenidad. El café cargado es violento, vivo y agresivo. El té japonés suaviza las maneras, dulcifica el tono y embellece la sonrisa. Unas niñas japonesas vestidas con kimonos de seda e inmensos moños brillantes y espesos nos atienden con una suavidad que me dió la impresión que yo fuera un Emperador o un millonario norteamericano que estuviera de paso en Tokio. Nunca he visto —ni en el Palacio de Buckingham en Londres, ni en el Elíseo en París, ni en la Casa Blanca de Washington— una finura y una elegancia parecida

para tratar a los visitantes. Son pequeñas estatuas, delicadas y sutiles. Minúsculas muñecas de mejillas pintadas y ojos fijos que tienen una sonrisa vaga e indefinible entre los labios y que haciendo una serie de reverencias, cayendo de rodillas e inclinándose suavemente como monjes, nos sirven una taza de té como si fuera el Santo Graal que nos van a poner frente a nuestros exigentes y delicados labios.

El otro lado de la medalla

Pero el verdadero pueblo japonés está en otra parte. Me tocó ver el *karate*, la lucha típicamente nipona, entre unos gordos que pesaban ciento cuarenta kilos por lo



menos, vestidos sólo con una tira de trapo amarrada a las caderas y que se daban, no propiamente golpes, sino violentos y agresivos empujones y que se desplomaban como catedrales en medio del ronco rugido de una enorme multitud de nipones de un metro cuarenta que olvidaban la dulzura de las casas de té y el culto a Buda, para transformarse en una masa rugiente y aullante igual a la del resto del globo. Esto es como la corrida de toros en España, como las riñas de gallos en México, como el Carnaval en Río. Estos gordos son una especie de monumentos de carne con miles de rollos, con inmensos vientres transpirados, que se golpean como se deben haber golpeado los gigantes y los genios malditos en los primeros cuentos de hadas.

Cuando salí a las doce del día de la exhibición de lucha típicamente japonesa, tuve la impresión de que volvía del siglo IV antes de Cristo, a 1965. Afuera estaba la calle fría, indiferente y gris, se había borrado el sol y un cielo sucio y monótono rodeaba los grandes edificios de Tokio.

Turismo

Turistas. Miles de turistas en las calles. Los turistas están dirigidos por una muchacha uniformada que lleva un banderín de color en la mano para que no se confundan los distintos grupos visitantes.

Cuando Ud. quiere cruzar una calle en todos los países del mundo, tiene que esperar que se encienda un semáforo. En todas partes hay cientos de autos que avanzan por las avenidas y por las calles, pero aquí no hay cientos, sino miles de taxis azules, blancos, rojos, amarillos, verdes y de todos los colores del arco iris. La industria automovilística japonesa es una de las más eficaces y productivas del mundo. De sus garages surgen estos pequeños Rocinantes de metal con olor a bencina que corren a ochenta kilómetros por hora, su velocidad normal, por todas las calles de Tokio y del resto de las ciudades.

Pues bien, basta que Ud. levante la mano derecha y haga un gesto que en todos los países del mundo significa "stop" para que toda esa culebra de metal se detenga ipso facto y Ud. pueda pasar tranquilamente al otro lado de la calle sin que le ocurra absolutamente nada.

Las Casas de Baño

Pero falta otro aspecto, el aspecto más típicamente japonés: las Casas de Baño, esa especie de faena litúrgica y de ceremonia religiosa que es bañarse en el Japón. Y naturalmente me saqué mi chaqueta chilena, mi camisa italiana, mis calzoncillos yanquis, mis calcetines españoles y mis zapatos franceses para bañarme en medio del espeso vapor japonés. Unas muchachas vestidas con enormes mantos blancos que parecían sacerdotisas, me recibieron completamente desnudo y me llevaron a una mesa de metal y comenzaron a acariciarme con una suavidad tan lejos del sexo y de la coquetería, tan al margen de la picardía y de la diablura y tan profundamente oriental, que yo perdí mis arrestos de Don Juan y me transformé en la pequeña pieza de una maquinaria que quisiera ser aceitada y engrasada como un auto cualquiera en un garage.

Las manos de las japonesas tienen relámpagos. Producen un calor especial. Lanzan una especie de resplandores eléctricos que atraviesan la piel y llegan hasta la esencia misma del alma. Ser masajeado por dos manos *made in Japan* significa desprenderse de todas las preocupaciones, borrar veintinueve horas de viaje, barrer las canas y volver un poco a la eterna juventud.

Se entra gastado y pesimista a una Casa de Baño nipona. Se sale joven y optimista después de haber sido amorosamente acariciado por un par de muchachas japonesas que hacen de un cuerpo cansado, un organismo casi recién nacido.

Pero dejemos las Casas de Baño y demos una vuelta por la política nipona.

El Japón espera su hora

Teóricamente Alemania está desarmada por la derrota y los tratados de paz. El Japón, que perdió la última contienda, sólo con dos despiadadas bombas atómicas, está oficialmente sin armas, sin ejército, sin armada y sin aviación.

La verdad es bastante distinta. En Alemania existe en la práctica un ejército de cien mil hombres, pero no es una Reichswher idílica que desfile marcialmente en Bonn a los acordes del "Deutschland, Deutschland über alles", sino un cuerpo atómico que puede actuar mañana en forma efficacísima, apenas USA le entregue a los buenos alemanes las bombitas necesarias. ¿Contra quién? Naturalmente contra Rusia y China, y con el visto bueno del Tío Sam.

Los nipones y el Viet Nam

Se dice que el japonés es el pueblo más guerrero y bélico de la tierra. Toda la literatura nipona, el cine y el teatro, hablan de sangre y de muerte. Basta ver cualquier film o asistir a una ópera para darse cuenta que el culto a la fuerza está en el fondo del espíritu nipón. Recuerdan a los alemanes de otro tiempo y se cree ver detrás de cualquier sonriente y amable habitante del Imperio a un prusiano de punta en blanco. Las canciones, las novelas, los cuentos, los cuadros, los gobelinos, las inscripciones y las estatuas, hablan siempre del mismo tema: la brillante historia militar de la isla.

Pero este país vivió y sufrió la última guerra. Fue el único que sintió dos bombas atómicas en carne propia. Nagasaki e Hiroshima dejaron una salvaje estela de muertos. Mister Truman no se anduvo con chicas. Tokio fue bombardeado despiadadamente. Se barrió con los distritos industriales. Quedaron cientos de cadáveres que le probaron a los descendientes de los viejos *samurais* que por primera vez la palabra *guerra* había llegado a su

propio territorio. Los hospitales se llenaron de muertos y heridos. Los aviones americanos eran dueños de los cielos nipones. Si habían caído dos bombas atómicas, los yanquis estaban listos para dejar caer una docena más. La isla podía volar por los aires. Alemania estaba liquidada. Italia fuera de combate. Hirohito no tenía ya amigos ni aliados. La guerra estaba terminada en Europa y los pesados aviones de bombardeo americanos podían reventar Japón desde el cielo.

Y tuvieron que ceder, levantar bandera blanca y rendirse humildemente a bordo del "Missouri".

Esto pasó hace exactamente 20 años. En 4 lustros hay tiempo para meditar en lo que significa una contienda y una conflagración armada.

Y los nipones han meditado. Meditado largamente. Con la sonrisa entre los labios y el alma en un puño, pero meditado de todos modos.

La prueba la tuve yo mismo en un cine de Tokio al proyectarse un film de la guerra actual en el Viet Nam. Al surgir en la pantalla de la sala repleta, la imagen de un bombardeo, al ver a los ancianos pulverizados y los niños reventados por la metralla, estallaron los gritos y resonaron las imprecaciones. Y yo vi con mis propios ojos como una mujer vomitaba y un pobre viejo salía con náuseas y medio desmayado al hall del cine.

Los terribles ex soldados de tanta guerra, no podían aguantar ya la estampa de otra guerra en perspectiva. La última lección había sido demasiado fulminante. Y además, por primera vez, en carne propia.

La vieja costumbre del Harakiri

Se dice que el Japón ha cambiado radicalmente después de la última guerra. Y que si perdió la contienda armada, ganó por lo menos la paz. Se asegura que no resta nada del pasado esplendor y que las antiquísimas costumbres con más de 4.000 años a la espalda, han desaparecido totalmente.

Esto es verdad a medias únicamente. Ya no existe el *samurai* que conocemos a través del cine y de la leyenda. Los *kimonos* se ven menos en la calle que hace treinta años. La mujer ha llegado a las carreras liberales y trabaja en la oficina y en la fábrica, y la gente joven no practica el terrible *harakiri* como lo hacían solemnemente sus abuelos. No circulan los palanquines ni los coolies, y las callejuelas estrechas de casas de papel y de madera han dado paso a los rascacielos ultramodernos y a los hoteles de cincuenta pisos como en Nueva York o en Chicago. Hay miles de taxis (más que en ninguna ciudad del mundo) y el cielo está animado desde las seis de la tarde por el ballet más fabuloso de avisos luminosos que yo haya visto hasta la fecha.

No hay ejército, no hay armada ni hay aviación. No hay necesidad de consultar a los abuelos para contraer matrimonio y la rigidez típica de la familia japonesa de post-guerra no es ni la sombra de lo que era antes de Pearl Harbour.

Pero esta es sólo la superficie. Averigué rápidamente que si no se practica el *harakiri* como en la época imperial anterior a la guerra, se producen suicidios colectivos entre la gente pobre de las islas pequeñas que en el fondo es la misma cosa. No existe el pesado ropaje, la presencia de la esposa y de los hijos, el complicado protocolo y la serie de ritos religiosos que acompañaban tradicionalmente al sacrificio, pero la trágica solución es la misma. El campesino desesperado ante la falta de alimento, el obrero que se debate en la miseria, el mendigo sin futuro, el pobre de solemnidad, el humillado de siempre, recuerda la vieja costumbre imperial y practica actualmente el mismo sistema de antaño. Menos pompa teatral, menos decorado, menos sables benditos, menos cojines de seda, pero el sangriento final es igual al que conocemos a través de la leyenda y del mito.

Y detrás de la sonriente expresión del japonés moderno, asoma exactamente igual el semblante despiadado de sus lejanos antepasados.

Lo único que ha cambiado es la técnica. Nada más.

Los grupos militares

En el Japón que me tocó recorrer brevemente, anoté también una serie de curiosos y sugestivos fenómenos bastante distintos a lo que transmite la prensa corriente. Japón no puede tener soldados, pero tiene perfecto derecho a tolerar y aún impulsar, organizaciones militarizadas para educar sana y deportivamente a la juventud.

Sobran grupos uniformados en que se educa a los niños nipones haciendo marchas, cargas, desfiles, toma de colinas, asalto de trincheras, etc. Lo mismo hicieron los alemanes después de la derrota del 18. No había soldados (más que los cien mil que les permitía el Tratado de Versalles), pero proliferaban a través del país en la década del 20 al 30, los grupos militarizados que serían la base de las Tropas de Asalto de Hitler y del Ejército que se pondría en marcha contra Europa y contra el mundo en 1939.

El cine, la radio, la televisión, la ópera, el deporte, el teatro, la literatura popular y antes que nada, el tono de los espectáculos que vi en Tokio, en Kioto, la ciudad sagrada, y otros lugares que me tocó conocer fugazmente, tenían un estilo bélico y marcial que parece estar agazapado en el alma de los descendientes de los viejos *Samuráis* y de los deportivos cultores del harakiri. Le gusta la guerra y se aburre en la paz. Triunfa el caballero feudal que lava su honor y su honra, naturalmente con el cómodo quitamanchas de la sangre y de la muerte. Y estos japositos que trotan por las calles de la capital, bajan de los miles de taxis, levantan una selva de rascacielos, alzan cadenas de autoestradas, frecuentan las pacíficas casas de té y beben lentamente en los bares y restaurantes, pueden volver mañana —apenas los dejen—, saltar nuevamente a los aviones y barcos como sus hermanos de Pearl Harbour. Y no se olvide que el Japón que está frente a la China comunista y que fue vencido por Estados Unidos hace veinte años, lleva la venganza en el pecho y, además, tienen la piel amarilla y los ojos

rasgados como sus hermanos rojos del otro lado del Mar Amarillo.

El inteligente lector deducirá el resto...

Okinawa

Es el bélico cinturón de castidad de Estados Unidos en el Pacífico y una base militar armada hasta los dientes, con dos mil aviones de guerra, bombarderos y cazas, a la cual llegamos después de una hora de vuelo.

El avión desciende lentamente sobre la pista mientras esas incurables niñas yanquis que nunca faltan, se dedican a cosas tan importantes como cuidar a sus perros regalones y hacerlos entrar a una jaula especial que ha costado cien dólares. Parece que a los yanquis les interesan mucho más los perros que la gente. Porque este perro juguetero, fino y delicado que usa guantes de cuero en el invierno y zapatos de taco alto en verano, tiene más importancia para el pequeño niño norteamericano que acaba de descender del avión, que el hecho que el mundo pueda ir mañana a la guerra.

Aviadores por todas partes. Pilotos que regresan después de estar tres meses en Estados Unidos y van a estar destinados durante un año en ese pequeño jirón, en ese islote solitario, en esta pobre y desolada roca que se eleva tristemente sobre el Pacífico y que constituye algo así como la dentadura postiza de Estados Unidos en caso de una contienda armada.

Los yanquis cuentan con Japón en caso de que estalle una contienda y naturalmente con Formosa y sus doce millones de chinos para usarlos de carne de cañón apenas se encienda la mecha y emprenda el vuelo la paloma de la paz.

El avión está sólo media hora en Okinawa para abastecerse de bencina y luego parte en dirección definitivamente a ese jirón de China proyanqui que se llama Formosa.

Volando en una Pagoda con alas

De Tokio a Taipei vuelo en línea china. Se trata de la CAT, y el avión tiene un nombre de leyenda: "El Mandarín". Mandarín como en los viejos tiempos de la remota Catay cuando existía la coleta y la dinastía manchú mandaba insolentemente en el inmenso territorio asiático.

El avión tiene un dragón en la trompa. Un dragón que nos sirve de aperitivo del país que vamos a recorrer. Los chinos han sido tan hábiles en materia de propaganda que han comenzado por disfrazar sus máquinas aéreas con el semblante mismo de la tradición. Pero el avión ya es China. No será toda China, pero es una parte de ella. Sobran la laca y los bronces. Estallan los dorados y brillan los faroles orientales. Una luz asiática nace de las pequeñas ampolletas hábilmente disimuladas, y las *hostess*, con ceñidos trajes de seda color crema y el coqueto tajito en la falda que deja ver un trozo de muslo, ya tienen el encanto de las chinitas que conocemos a través de las novelas y del cine. Vestidas como sus antepasadas, pero maquilladas a la moda de hoy, con una sonrisa permanente entre los labios, llevan su piel color marfil más cuidada que la más exigente modelo de un modisto célebre de París. Entre sonrisas y reverencias, nos ubican en nuestros respectivos asientos, nos dan confites y bombones, y nos pasan una toallita caliente para secar la transpiración y lavarnos rápidamente la cara.

Templo aéreo

Este avión no es un avión. Es una especie de pagoda volante. Un templo a Buda con alas, y casi un texto de Confucio con hélices y motores. Despega con toda la estudiada solemnidad del Oriente y vuela con la misma majestad que lo deben haber hecho los pájaros sagrados sobre el Palacio Prohibido de Pekín. Es un mandarín que, a pesar de lanzarse a cuatrocientos kilómetros por hora hacia Taiwán, no deja ni por un momento de ser

un dragón de las viejas dinastías que marcha en busca de los volcanes sagrados y de los inmensos Budas que nos aguardan flemáticamente en medio de la isla.

He visto aviones yanquis, rusos, nipones, franceses y británicos. He viajado en más de la mitad de las compañías aéreas del mundo, pero, por primera vez, me siento, no en una máquina corriente que corta el cielo del verano, sino en un trozo de leyenda y en un dragón auténtico, que salta de nube en nube y de Dios en Dios, en busca de una lejana caverna que lo espera al otro lado del mar.

La próxima guerra

Taiwán es uno de los pocos países del mundo que está en guerra actualmente. Tiene más de doce millones de habitantes y su enemigo es la China Comunista que se eleva fácilmente a cerca de los setecientos millones. El país tiene seiscientos mil soldados perfectamente pertrechados y entrenados, una aviación que no tiene nada que envidiar a la más moderna, y una flota relativamente eficaz. No se ven uniformes en la calle y los chinos se encargan de decir orgullosamente:

—Este es un país libre en que cada uno se viste como quiere.

Pero la guerra está en el aire y al alcance de la mano. Periódicamente (casi día por medio, para ser más precisos), los comunistas del continente bombardean a los de la isla. Y no únicamente con obuses y bombas, sino con propaganda escrita que vuela lentamente sobre Quemoy y Matsu, en la cual se aconseja a la población de Taiwán que se levante rápidamente contra Chiang Kai Shek y que levante la bandera roja.

Los taiwaneses contestan en la misma forma. Todos los días vuelan los aviones de la fuerza aérea sobre las playas de la China de Mao y dejan caer obuses o proclamas en las cuales se sostiene, por supuesto, exactamente lo contrario; que echen abajo el Gobierno de Pekín y que se plieguen al de Taipei.

En dos años solamente, según las estadísticas que me facilitan, han caído más de ochocientos mil pequeños obuses en la isla y la respuesta de Taiwán ha sido más o menos la misma sobre el continente.

Naturalmente, surge la pregunta:

—¿Cómo estos doce millones de chinitos se mantienen aún vivos e independientes a escasos kilómetros de la costa del continente, contra uno de los países más grandes y más potentes del mundo?

La respuesta es la siguiente dicha ceremoniosamente por uno de los mejores periodistas chinos de esta banda:

—“A China comunista no le conviene una guerra en estos momentos. Atacar a la China de Formosa sería de hecho atacar a Estados Unidos y encender la llama de la tercera guerra mundial. China de Chiang Kai Shek es uno de los frentes básicos de USA en el Pacífico y aunque no sea técnicamente una base militar americana, forma parte de la cortina de defensa yanqui en el Oriente.

“La China comunista puede tener la bomba atómica, pero en pequeña escala y a un costo altísimo, que no justifica los gastos y riesgos de una contienda armada.

“La China de Mao tiene conflictos actualmente con Rusia y además está operando fundamentalmente en el Viet Nam. No le interesa ampliar el conflicto y llevarlo a su propio territorio.

“Finalmente, no es fácil invadir en estos momentos una isla con seiscientos mil soldados, una aviación de primera línea, una fabulosa defensa subterránea en Quemoy y en Matsu; y con la flota yanqui a escasos minutos de distancia. En una palabra, Mao no hace AHORA MISMO la guerra chica por temor a la guerra grande. Eso es todo”.

Claro que ésta es la opinión de un periodista oficial de Formosa. Yo opino exactamente todo lo contrario. Nunca como hoy he estado más convencido de que si China comunista se lanzara a una aventura bélica contando con el levantamiento de toda Asia y detrás de ella el Mundo Árabe, con Africa y Sudáfrica a la retaguardia, la tercera guerra mundial sería un hecho, y el Occi-

dente viviría el peligro más grande de la historia del mundo.

Primos que se odian: Chinos y Nipones

Los chinos odian a los japoneses. Los mismos chinos amables y sonrientes que le facilitan la vida al extranjero en todo momento, cambian de expresión y hasta de color cuando se refieren a los vecinos del norte. Y es lógico. Hay dos guerras de por medio, y en la misma isla que escribo estas líneas, los soldados del Emperador estuvieron nada menos que medio siglo. La última contienda armada entre chinos y nipones duró ocho terribles años y, según los chinitos que me acompañan por la calle, fue la más despiadada de la historia del mundo. Me muestran fotos. En una de ellas, un soldado nipón tiene un crío ensartado en una bayoneta. En otra, veinte soldados nipones disparan sobre una masa de cincuenta prisioneros maniatados. En una tercera se ve cómo un infante del Emperador le corta limpiamente la cabeza a un soldado rendido con el sable. En una cuarta se ve un cementerio repleto de cadáveres cuyas cabezas asoman aún macabramente sobre la superficie.

Pero van más lejos los ejemplos. En Taiwán, en los cincuenta largos años que duró la dominación, los nipones no hicieron prácticamente nada por la isla. Los orgullosos dominadores se dedicaron a explotar en gran escala a la población y le cerraron el camino a los naturales a la escuela y a la universidad. Se necesitaba únicamente mano de obra barata y trato de esclavos para enviar el máximo de productos a Tokio. La isla no progresó absolutamente nada. Y la lucha en el continente en las dos guerras, fue la más despiadada del Asia. No se respetó siempre según la apasionada versión china a los prisioneros ni a los rendidos.

Claro que los años no pasan en vano. La guerra terminó ya hace más de veinte. China necesita del Japón y Japón de la China. Lo que se vende en las tiendas (cámaras fotográficas, televisores, radios, etc.) lleva la fir-

ma nipona. China envía sus productos a sus ex enemigos. Hay un intenso comercio entre ambas naciones que crece día a día. Los nipones sufren una crisis de sobreproducción y necesitan vender barato y en gran escala a estos doce millones de clientes que están sólo a mil kilómetros de distancia. La mayoría de la población (por la ocupación militar de medio siglo) habla generalmente japonés: llegan delegaciones comerciales niponas a Taipei; van los estudiantes chinos a estudiar a Tokio; pero en su fuero íntimo, los orgullosos habitantes de esta isla no "tragan" a sus vecinos y lejanos parientes del norte.

Hay un histórico río de sangre que corre todavía entre ambas naciones, y que no se ha secado aún.

Y basta decir la palabra "japonés" para que el semblante amistoso y simpático de los buenos chinitos, cambie de un solo golpe y surja una mueca agresiva entre sus flemáticos labios.

¿Qué queda de la vieja China?

El que no ha estado nunca en el Asia, sueña con la China típica que ha visto en "La Buena Tierra" y que ha conocido a través de las páginas de "La Esperanza" y de tantas novelas más. Una China de set de cine y de relato pintoresco. El Oriente en que asoma el opio y donde los chinitos color marfil trotan por la calle arrastrando pequeños palanquines. Una China con mandarines y coletas en que se siente el perfume al incienso y donde en todo momento un inmenso Buda se mira curiosamente el ombligo.

Pues bien, yo conozco las dos Chinas. La grande y la chica. La comunista y la nacionalista. La roja y la azul. La de los setecientos millones de habitantes, y la pequeña isla en la que escribo en estos momentos y que tiene sólo doce millones. La de Mao y la de Chiang Kai Shek. La que está contra Estados Unidos y la aliada y primera línea de combate de USA en el Pacífico.

El recuerdo y el mito

Y como conozco ambas es que puedo decir que la vieja China, tal como la imaginamos antes de llegar a ella, hay que buscarla un poco en los Museos y en el recuerdo. La China comunista es más comunista que china. La de Formosa está más influenciada por Estados Unidos que por su pasado netamente oriental. Una mira hacia el norte. La otra hacia el Oeste. Y la guerra última cambió la vieja cáscara netamente china. La República se llevó al Emperador, cortó las coletas y abrió una ventana hacia el Occidente. La guerra con Japón alteró radicalmente la auténtica sicología nacional. Y finalmente la lucha entre Mao y Chiang Kai Shek, con los resultados que usted sabe amigo lector, hizo el resto.

Y lo que se perdió en pintoresquismo, se ganó en progreso en ambos bandos. A los chinos comunistas les carga que les digan que están rusificados. A los de Taiwán que están norteamericanizados, pero la verdad es que la China novelesca en que aún creen algunos directores de Hollywood, ya no existe.

Pintoresquismo

O por lo menos no existe en la proporción que se imagina el "inteligente" cine americano. Quedan los triciclos, los sombreros cónicos de paja, las sandalias, las alpargatas negras, los largos camisones, los ancianos de lluviosas barbas como los mandarines de antaño, los templos en que sonríe misteriosamente Buda, los centros en que se estudia a Confucio, las calles estrechas, los letreros verticales y pintados con todos los colores del arco iris, los restaurantes a la calle en que los chinitos devoran el arroz con los típicos palillos, las madres con los críos a la espalda, la infinita gama de bicicletas que hacen el tránsito endemoniado, el respeto a los ancianos y finalmente esa sonrisa permanente que corta el rostro amarillo con un tajo de amabilidad y que recuerda que, aunque estemos en 1965, la vieja sangre de la época de los Ming y los Tang no se ha extinguido aún.



Y aunque marche en auto y monte en jet, en el fondo —en el misterioso y milenarío fondo— sigue siendo la misma.

Sí, China es menos pintoresca y curiosa para el ojo del turista superficial y buscador eterno de lo raro y de lo extraño, pero infinitamente más práctica y eficaz en la marcha del mundo actual.

¿Desilusión? No, señor. Otro decorado y otro estilo únicamente.

El pleno frente de guerra

Yo no vi la última guerra. Estuve únicamente en Argelia para el golpe de Estado de Lagailarde y llegué

a La Habana una semana después que había entrado Fidel Castro. Esta es en consecuencia, mi primera guerra.

Porque se trata de una guerra, de una pequeña contienda, de una conflagración de tipo minúsculo, pero incidente bélico de todos modos.

Volé en avión militar de Taipei a Quemoy que queda a escasos kilómetros de la costa de la China comunista. Usted recuerda, seguramente, este nombre: Quemoy. Y este otro: Matsu. Periódicamente el cable habla de incidentes violentos entre los comunistas de Mao y la gente de Chiang Kai Shek, con obuses y las bombas, y no hay noche que no suene el impresionante tableteo de las ametralladoras de ambos lados. Un solo dato: en dos años, se calcula que Quemoy fue rociado con más de ochocientos mil obuses que le lanzaron los chinos comunistas a estos hermanos suyos que se agrupan detrás del Kuomintang.

Hasta esta zona vuela el avión y en menos de una hora y media aterrizamos en una pista militar, en las barbas mismas del enemigo. Sin necesidad de anteojos de larga vista, podemos ver a los chinitos de Mao caminando cerca de la playa y a los pacíficos pescadores tendiendo sus redes en la arena.

Hay cientos de aviones. China de Formosa está armada hasta los dientes. Las máquinas fueron entregadas por Estados Unidos. Los pilotos son chinos.

Pero no está en la pista misma el interés de la visita. Ni sobre la superficie de la tierra. Tenemos que disfrazarnos de ratas y bajar al subsuelo. Tenemos que descender y llegar hasta una serie de plataformas y terraplenes de cemento y acero que trazan una red impresionante a más de trescientos metros de profundidad. Es una colección de cuevas, cavernas, pasadizos y corredores que corren bajo la superficie y donde está agazapada la verdadera defensa de la isla. Y de Taiwán, detrás de ella. Aquí están los inmensos cañones que mueven lentamente sus cuellos grises y se asoman a través de estrechas ventanillas apuntando hacia el continente. Aquí están los depósitos de bombas y de armas último modelo. Desde

aquí —como una especie de pequeña Línea Maginot o de minúscula Muralla del Atlántico— partiría la contraofensiva de los chinos de Chiang contra los chinos de Mao, que se pasean apaciblemente a menos de treinta cuabras de distancia en línea recta.

La visita tiene que ser breve. Los aviones militares vuelan tres veces por semana únicamente. La máquina en que hemos viajado desde Taipei está protegida por otras máquinas erizadas de cañones pequeños y de ametralladoras. Y como los chinitos del frente pueden olvidar que hay un neutral de visita en la isla, el capitán que me acompaña insinúa, amablemente, que volvamos a la capital antes que comience —siguiendo ya una verdadera tradición de la casa— el baleo con la otra orilla.

Y nos vamos de este minúsculo, pero apasionante jirón de una guerra que sigue aún después de dieciseis años de teórica paz.

Comiendo ratón y culebra

Yo había comido platos chinos en Santiago, en París y en Pekín. En mi barrio, en el centro de la capital y al pie del Cerro Santa Lucía, hay por lo menos cuatro restaurantes netamente chinos. En Chinatown, en San Francisco, devoré las maravillosas aletas de tiburón y no perdí noche en Lima sin ir a las célebres “chifas”. En la última visita a China continental nos dieron toda clase de platillos a base de pescaditos, casi minúsculos, y desfile por toda la vasta gama de las salsas picantes y de los mil aderezos de la complicada cocina oriental. Tengo el estómago entrenado ya en toda clase de platos raros, y, naturalmente, que al bajar al Aeropuerto de Taipei, a sólo 35 horas en avión desde Chile, sabía que tenía que estar preparado para aceptar los manjares más extraños y delicados y los guisos más curiosos y notables. Y comí los platos chinos, paladée los nidos de golondrinas y supe que los buenos chinitos tienen una sandía que es mucho más roja y casi más sabrosa y más dulce que la nuestra. Y

que se dan el lujo de tener hasta siete cosechas de arroz al año.

Pero con lo que no contaba fue con lo que vi, prudentemente desde lejos, en un típico restaurante cantonés de los suburbios de esta ciudad inolvidable.

No haga ascos, amigo lector. No ponga cara rara. No se desmaye. No vaya al baño. Quédese y mire y verá lo que yo estoy viendo y con los ojos cuadrados de impresión.



Los clientes de una mesa comen lo siguiente:

—Sesos de mono, que, —según dicen—, son deliciosos.

—Picante de gato con arroz en tacita y bastante ají.

—Ratón tierno, que no es la misma laucha de la casa vecina, sino una especie de perro chico que tiene, según dicen, la carne más apetitosa y blanda del Oriente.

Finalmente —y aquí viene lo grande— culebra viva. Y no sólo eso. Cobra venenosa que se agita en medio del plato y que mueve siniestramente su cabeza achatada ante la mirada perfectamente indolente del tranquilo consumidor, que se limita a sacarle los dientes envenenados y que se la devora como si comiera el más delicioso de los platos.

Y allí está la culebra semiviva aún en medio de la sopa mientras el *gourmet* se chupa alegremente los dedos ante tanta maravilla culinaria que le brinda la original comida china.

No me dirá usted que sólo por este espectáculo valía la pena hacer este largo viaje. ¿No es así?

El anciano Chiang Kai Shek

En Formosa, aparte de conocer innumerables guías, intérpretes, periodistas, funcionarios, *taxi-girls*, campesinos, obreros, estudiantes, etc., conocí a Chiang Kai Shek, presidente actual de la República, ex director de la Escuela Militar en la China Continental cuando en 1910 Sun Yat-Sen se levantó y terminó en armas contra la dinastía Manchú y llegó a ser rápidamente el jefe indiscutible de la China revolucionaria.

¿Revolucionaria?

No tanto. Semirrevolucionaria. Chiang Kai Shek es un nacionalista de derecha. Mientras Sun Yat-Sen se casaba con una de las encantadoras y millonarias hermanitas Song el joven Chiang, con un olfato extraordinario, descubrió que para triunfar rápidamente en política tenía que casarse con la otra hermana. Chiang fue el héroe indiscutible en la primera etapa de la revolución, pero el más cruel y despiadado de los generales con los soldados enemigos.

La guerra civil

André Malraux en su admirable novela "La Condición Humana", pintó los terribles suplicios a que sometía a los estudiantes chinos comunistas, y cómo en esa época (1929) no se vacilaba en usar a los prisioneros vivos

como combustible en las viejas locomotoras que corrían erizadas de ametralladoras por todo el inmenso territorio oriental. Todos los salvajismos cometidos en la revolución mexicana, en la revolución francesa y en la guerra civil española, son pálidas e ingenuas acuarelas al lado de lo que fue la guerra civil en China.

Cómo es

Chiang Kai Shek fue el jefe político del Kuomintang y uno de los Cuatro Grandes en la famosa reunión de Yalta. No habla ningún idioma fuera del chino y ha salido una sola vez fuera del país para ir a entrevistarse con Roosevelt y Stalin en los días cruciales de la última guerra. Está ya cerca de los ochenta años y trabaja desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. No fuma ni bebe. Usa perpetuamente el mismo uniforme militar de color gris sin condecoraciones y tiene la suavidad, la dulzura y la exquisita cortesía típicamente oriental detrás de la cual late una voluntad de hierro.

Antes de entrar a su despacho en el modesto Palacio Presidencial de Taipei, repaso toda su historia punto por punto. He leído más de quince libros sobre él y me conozco toda su novelesca existencia, lo que no quita que sepa antes de cruzar las primeras palabras con él, que su causa está definitivamente perdida. Tal como se lo dije al Embajador de Formosa en Santiago de Chile, yo he venido a decir la verdad, nada más que la verdad y a contar todo lo que he visto igual que cuando estuve en la China Roja y analicé imparcialmente la labor que están desarrollando Mao Tse Tung y Chou En Lai. He venido sin ningún prejuicio. Como un periodista alerta que ve la situación claramente y que no viene a aplaudir desde el momento mismo en que monta en el avión, sino a contar simplemente lo que le entregaron sus propios ojos en el terreno mismo.

Lo que pudo ser

Chiang Kai Shek pudo ser la gran carta occidental después de la última guerra si Truman —que aparte de

ser un mal educado en la radio— era muy hábil en política, le hubiera hecho caso al General Mac Arthur que le proponía armar al general chino con los fusiles, cañones, aviones y tanques japoneses que habían quedado en el norte del país, y cerrarle el camino a Mao que manejaba unas guerrillas heroicas, pero pequeñas que habrían sido fácilmente vencidas por las tropas del Kuomintang.

No le hicieron caso. Nunca le hacen caso a un General cuando es más inteligente que un Presidente de la República.

Ahí están los resultados. Hoy día el pobre Chiang Kai Shek está rodeado en esa islita minúscula que hay que buscar con lupa en el mapa, con doce millones de chinos que creen tercamente en su futuro y frente a setecientos millones de ex hermanos armados hasta los dientes y donde hasta las guaguas saben manejar el fusil y que están dispuestos el día de mañana a barrer no sólo con Formosa, con Okinawa, y el propio Japón, sino a lanzarse con todo el Oriente, el Asia y el Africa a sus espaldas, sobre el poco perspicaz Estados Unidos.

Chiang Kai Shek me recibe cordialmente. Me sirve una taza de té sin azúcar y un cigarrillo yanqui y me hace esa serie de preguntas amables y corteses que acostumbra a formular a los periodistas cuando están de visita y que yo me limito a contestar con la más cordial y delicada de las sonrisas.

El despacho del Presidente es sobrio. No hay más fotografía que la suya y la de su esposa sobre su mesa de trabajo. En la pared hay un gran retrato de su cuñado Sun Yat-Sen, fundador de la República China hace cuarenta y cinco años.

La próxima guerra

Yo no soy el tipo de periodista aficionado a hacer muchas preguntas. He venido a hacer una sola y se la formulo:

—¿Cree Ud. en el peligro de una próxima guerra mundial?

Chiang Kai Shek parece que está acostumbrado a otro tipo de periodistas latinoamericanos que —aparte de entregarse apenas se bajan del avión— repiten todas las estadísticas oficiales que les entregan los chinos. Me hace un cuadro negro y fatídico sobre la situación interna de la China comunista y de sus perspectivas mundiales y ve oscuro el horizonte. Muy oscuro.

—La China Roja terminará por cansarse de Occidente y creo que nosotros seremos la primera víctima. Pero están equivocados si creen que nos rendiremos fácilmente. Estamos armados hasta los dientes. Nuestros pilotos, soldados, marinos, policías y estudiantes, están listos para tomar las armas en caso de que invadan esta pequeña isla a la que estamos reducidos. Pero yo confío en que el Occidente se dará cuenta de que tiene que ayudarnos porque nosotros somos su vanguardia en Asia. Que Formosa es la primera trinchera del mundo europeo y que si caemos nosotros, detrás de Formosa caerá toda el Asia y la mayor parte del mundo.

Le observo un momento. Tiene los ojos pequeños que brillan como llamas. Su rostro es inmóvil. Su sonrisa parece dibujada sobre la piel. No se mueve un solo músculo. Habla rápidamente con una voz suave y musical que parece susurrar la alarmante declaración. Se vé que cree lo que dice y que entiende perfectamente a donde quiero llevarlo con la única pregunta que le hago.

Madame Chiang

Después de una venia me presenta a su esposa, la magnífica Madame Chiang con la cual, naturalmente, no hablo de política, sino de arte. La Presidenta de la República de Formosa es una pintora extraordinaria y una diplomática estupenda. Habla cinco idiomas, escribe, pinta y dibuja en una salita que parece de cuento de hadas o un verdadero museo oriental con olor a laca y a jade, y me va mostrando las pinturas que han brotado de sus ágiles dedos. Es veinte años más joven que su marido, pero se le vé vestida con los mejores modelos de París

y con los más modernos afeites de Estados Unidos. Se ha mantenido fresca y lozana y se le puede confundir fácilmente con una refinada lady inglesa.

Al salir entre unos soldados que me recuerdan la policía militar norteamericana de uniforme azul y casco blanco, pienso que he estado frente a un hombre que está luchando desesperadamente con el tiempo y que ya está a punto de doblar los ochenta años.

China crece día a día. El horizonte está lleno de pesados nubarrones. Los yanquis no entienden el papel estratégico que pudiera jugar Formosa en una posible contienda y que Chiang Kai Shek es una especie de Robinson Crusoe rodeado de doce millones de pequeños Viernes que por muy armados que estén, no podrán resistir la feroz avalancha que avanza a escasos kilómetros de sus costas.

Donde no existe el domingo

Nunca he visto gente más trabajadora que estos chinos. En el campo no se descansa jamás. Se dice que los campesinos son más ricos que los millonarios de la ciudad. Trabajan sin descanso y llevan más tarde su platita al Banco. Sus hijas, que he visto en bicicleta recorriendo las parcelas al atardecer, van tan maquilladas como una debutante chilena y parecen recién salidas de la peluquería. La chinita de antaño ha desaparecido, para dar paso a la actual, que usa la falda rajada y el cuello cerrado. Los muchachos usan el cabello corto (a la usanza de los soldados de USA) y únicamente los ancianos en los campos mantienen la vieja costumbre de la barba, que los hace ideales para tomarles una foto que pueda figurar en la tapa de la revista "París Match".

Prácticamente no hay analfabetos en la isla. Únicamente los viejos muy viejos se resisten a asistir a la escuela. El resto de la población repleta las universidades y las escuelas primarias y secundarias. Despectivamente, los habitantes de Taiwán llaman "ciegos" a los que no saben aún leer y escribir. Y declaran enfáticamente que

constituyen el 5% de la población total. En la isla se editan 37 diarios, de los cuales hay tres en inglés. La Opera funciona sólo una parte de la semana, pero el teatro, en cambio, está lleno de día y de noche. Lo mismo sucede con la selva de cines ultramodernos que se levantan en todos los puntos de la isla. Hoteles al estilo del Carrera de Santiago, he contado más de veinte hasta la fecha. El



“China”, en que me alojo en estos momentos, tiene diez pisos. El “Presidente”, 15. “El Mandarín” es superior a los más elegantes que vi en Tokio hace sólo una semana. Se mantiene la vieja arquitectura oriental a base de techos arqueados, tejas rojas, bronce y dorados, laca y dragones, pero con todo el confort moderno. Los trenes cruzan la isla atravesando docenas de pequeños túneles. Todos llegan y parten matemáticamente a la hora y en ninguno falta el indispensable aire acondicionado para hacerle frente al calor, que en los momentos en que escribo desnudo estas líneas en mi cómodo departamento, es sencillamente terrible y pariente cercano de los más per-

fectos baños turcos. La población se moviliza fundamentalmente en bicicleta (como en la China comunista y en el resto del Asia) y en los típicos triciclos, nietos de los pintorescos *rickshawa* de otra época. Son verdaderos taxis humanos que por escasos *yuangs* llevan velozmente de un punto a otro de la ciudad. Sobran los buses de todos colores (casi tan llenos como en Santiago, pero sin pasajeros en las pisaderas) y la flota de taxis que hacen sonar la bocina de la mañana a la noche.

Se trabaja toda la semana. No hay domingos libres más que para los estudiantes y los empleados fiscales. Los comerciantes tienen abiertos sus negocios los 365 días del año desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche. La labor manual es rápida. Un traje de seda natural, encargado por mí a las diez de la mañana del domingo, lo tenía en mis manos, listo y puesto, a las siete de la tarde del lunes. Sobran los cabarets, pero no se ven ebrios por la calle. El chino bebe el vino nacional (a base de maíz y de arroz), y cerveza, pero no se embriaga jamás y si Ud. busca la China de las películas, el Oriente del cine, el Oriente novelesco de antes de la guerra, los fumaderos de opio, las prostitutas de doce años y el decorado de las novelas de André Malraux y de Pearl Buck, no la encontrará por ninguna parte. Se la llevó ese caballero antipático, pero práctico, que se llama el Progreso.

El Buda más grande del mundo

Yo había visto docenas de Budas en la China comunista. Modestos Budas de diez o más metros de altura. Budas de bronce que clavan la vista en los jardines de la Ciudad Prohibida en Pekín en medio de unos cerros de cuento y cerca de unas lagunas de leyenda. Unos Budas serios y graves, pero que tienen una sonrisa indefinible entre los labios y que dan la impresión de que se estuvieran burlando de los pobres fieles que llegan hasta ellos. Porque el Buda de los chinos no es un Dios terrible que habla del Infierno ni de las llamas. Es una Divinidad

amable y de buen genio que no ha perdido el sentido del humor y que no vacila en esbozar una sonrisa y mirar amable hacia la tierra. Con los ojos rasgados, las manos juntas y el ombligo a la vista, tiene un simpático aspecto de buen amigo más que de un ser supremo, dueño absoluto de los destinos humanos.

Estos eran los Budas que había visto en la otra China y hasta en los templos orientales de Estados Unidos y de otros sitios.

Pero el Buda que vamos a visitar ahora es el más alto del mundo. Se llama *Chang Hua* (Buda Gigante), y está cerca de Taiolung, a menos de una hora de la capital de Formosa. Ha sido alzado en lo alto de una colina y se ve desde varios kilómetros de distancia.

El auto sube lenta y trabajosamente para llevarnos hasta la imagen. En el camino sobran los peregrinos y los turistas. Y junto a él —como en todos los sitios similares—, hay una nube de vendedores de objetos “sagrados” y de pequeñas reproducciones del tolerante Buda que es para volver loco a un santo.

Ahí está el Buda. Un gigante hecho de cemento, que mide 85 pies, y al que se puede subir por una serie de escalerillas internas. Y así nos metemos al vientre del Dios, caminamos por cada uno de sus brazos y llegamos hasta su cabeza, en la cual brilla —solitario e impresionante— un gran rubí. Únicamente en el estómago de Buda podría caber cómodamente un pequeño templo, y cada mano puede sostener fácilmente a una familia completa.

La gente llega con una mezcla de curiosidad y de respeto. El respeto lo ponen los chinos. La curiosidad, los visitantes, entre los cuales estamos nosotros en primera fila. Y después de bajar cincuenta y seis escalones por dentro de la fabulosa imagen, y unos cincuenta más desde la plataforma en que se encuentra hasta el camino donde aguarda el auto, nos despedimos de su obsesiva mirada, que no sé por qué nos resulta más humana que divina.

¡Que Confucio me perdone!

¿Volverán algún día al Continente?

No hay nada más curioso que el campo chino. En este país que es netamente montañoso y que tiene la forma de una hoja de tabaco increíblemente pequeña, se trabaja hasta el último milímetro de tierra. Se planta en la llanura, la colina y hasta en la montaña baja. No se deja nada sin cultivar. Se aprovecha todo y así surgen el té, la banana, el maíz, el arroz, el tomate, la papaya, la sandía, etc. Y un país teóricamente pobre y mísero hace menos de cincuenta años, cuando vivía bajo la bota nipona, es actualmente una nación que exporta y que tiene solucionados sus problemas básicos. La economía es totalmente libre. Tan libre como en Estados Unidos, y los controles fiscales son mínimos.

La mano de obra es barata. En una fábrica chica (como la mayoría de las que hay en el país), le pregunté a una muchacha de catorce años que trabajaba fabricando ladrillos, cuánto ganaba. La respuesta fue: cuarenta dólares americanos al mes. Si Ud. lo traduce a nuestra moneda, naturalmente le resulta una miseria. Se lo hice ver al intérprete y me sacó la cuenta de lo que gastaba en ayudar a su familia y cuánto le quedaba a ella. Siempre salía ganando una cantidad apreciable.

Comparando el costo de la vida en Japón, el de China de Taiwán es baratísimo. Casi la tercera parte. Los jades, las telas, las sedas, las muñecas, los servicios de laca, etc. tienen precios realmente impresionantes. Únicamente en Hong-Kong iba a ver más tarde rótulos más bajos que los de la isla llamada "de los ojos rasgados". El intérprete que me acompaña y que es funcionario de la Oficina de Informaciones del Gobierno, gana sólo cincuenta dólares al mes, más el departamento que le facilita el Estado. Su mujer, que trabaja como enfermera en un hospital americano, gana tres veces esa suma. Tienen dos hijos y una criada y les alcanza perfectamente con los doscientos dólares que reúnen entre ambos.

Antes, los chinos tenían diez y más hijos. Actualmente la política del Gobierno de Taiwán tiende a limi-

tar la familia a sólo dos niños por razones económicas. La población en la calle y en el campo se ve bien vestida. Y no hablo únicamente del centro comercial, sino de los barrios bajos. No se ve miseria, ni los clásicos mendigos que formaban la típica portada de la China tradicional. La mayoría de los chinos va con un buen pantalón, zapatos cómodos y una camisa liviana. El sombrero y la corbata brillan por su ausencia por obvias razones de clima.

He estado en Museos y Universidades, en el campo, en los teatros y cines, y puedo declarar que esta gente se ve contenta. Pero hay algo que también se nota. El fantasma de la otra China —de la Patria Grande—, está oculto en todos los hombres y mujeres que trotan nerviosamente por la calle. Y la palabra “Regreso” asoma en todos los labios. Y a pesar que no hablan de política, ni menos de guerra, el deseo profundo que anima a cada uno de los doce millones de habitantes de Formosa, es uno solo: la vuelta. Y a pesar de que llevan ya dieciséis años refugiados en su pequeña isla, no pierden la esperanza.

Chinos y japoneses

Salvador de Madariaga escribió un libro magistral que se llama “Españoles, franceses e ingleses”. No pretendo hacer lo mismo ni menos imitar al famoso escritor hispano, pero me voy a permitir un rápido paralelo entre los chinos y japoneses que he conocido brevemente.

Los nipones son los alemanes del Asia. Con un sentido militar cerrado y profundo, con un espíritu fatalista, disciplinados y aficionados a marchar en bloque detrás de su Emperador y de los sombríos “Señores de la guerra” no le dan, o más bien dicho, no le daban mayor importancia a la vida y preferían cargar empapados de dinamita en un avión contra un buque enemigo y conocer la salvaje belleza de la muerte.

Este es el país de los *samurais*, del *harakiri* y de los *kamikasis*. Las mujeres no podían abrir la boca ante el

marido y la esposa era un cero a la izquierda en la vida familiar. El hombre era todo y su dulce compañera no representaba nada dentro de la sociedad nipona. Las japonesitas bajo un kimono temblaban ante el más ligero cambio de tono en la voz de su marido que era una mezcla de patrón con representante de Dios en la tierra.

Los abuelos, los bisabuelos, los remotos ancestros de la familia, seguían pesando sobre ellos a través de años y de siglos y no había nada más grande, más hermoso y más poético para un súbdito japonés que morir por su Emperador o abrirse el vientre con un sable de plata si alguien había mancillado su honra o había manchado su honor.

Por eso el Japón ha sido grande en la guerra y pequeño y minúsculo en los aburridos y burocráticos tiempos de la paz. Estaba hecho para las grandes marchas, los enormes desfiles, los asaltos a mano armada, las cargas a la bayoneta, los bombardeos a las flotas enemigas. En la época pacífica cuando no había ningún país que conquistar, el japonés se transformaba en un pequeño obrero diligente y nervioso que trabajaba fabricando radios, televisores, autos, camiones y arados y tratando de sacarle el jugo a su mísero territorio.

El chino no. El chino es el latino del Asia. Con una historia de casi tres mil años, vive enamorado de la vida y no de la muerte. Sensual en el más amplio sentido de la palabra, amante de la belleza, del paisaje, de la pintura, de los libros amorosamente escritos, de las puestas de sol, de los jardines en sombras, de los nenúfares, de los parques y de los girasoles, era y es un ser super refinado. Para él la vida no está limitada por la guerra, sino que es infinitamente más fructífera y feliz en los tiempos de paz.

El chino ama los pequeños objetos, acaricia las lacas, las tacitas de porcelana, los grandes abanicos, las espesas sedas, los fragantes terciopelos. Come con una velocidad torrencial con sus palillos de marfil y le gusta hacer de cada almuerzo y de cada comida una perfecta obra de arte. Los pescados, las carnes, los langostinos,

las hortalizas y los mariscos son comidas una vez que han pasado por una serie de salsas deliciosas para que el organismo se sienta feliz de absorber las cosas más ricas que Dios y el hombre han creado sobre la tierra.

El japonés es seco, de pocas palabras, estático y poco sonriente. Tiene la fisonomía militar del tudesco y la pesadez de los descendientes de los antiguos germanos. El chino tiene algo de juguete, de miniatura, de tablero de ajedrez, de marfil perfumado.

Mientras las muchachas japonesas bajan la vista tímidamente y le hacen reverencias a los invitados sin osar entreabrir los labios, mientras se deslizan silenciosamente por los pasillos encerados de sus casitas de papel y cartón, las chinas, con su breve tajo en la falda mostrando los muslos, eternamente sonrientes, coquetas y femeninas hasta lo indecible, son, en todo momento, las compañeras del marido, del novio o del amante. Son unos objetos de lujo, unos verdaderos pájaros sagrados que hacen la vida encantadora y que transforman el hogar en una especie de fiesta permanente.

El japonés es físicamente feo, pequeño, con las piernas arqueadas, el cutis color papel de envolver, pelo de quisca, manos gruesas, dedos chatos. El chino parece hecho de resortes, con una juguetería interna y un motor invisible que pone en movimiento apenas da la mano y que lo hace el más encantador de los amigos y el más perfecto de los anfitriones.

Antes de la última guerra el japonés creía que la máxima aspiración del ser humano era morir en un campo de batalla para que sus cenizas cayeran como una especie de ducha refrescante sobre sus hijos, nietos y biznietos manteniendo encendida la llama del honor y de la honra.

El chino ama la vida y hace la guerra de malas ganas como una especie de molestia obligada en la que tiene que defenderse, no porque desee atacar ni matar al enemigo, sino porque no le queda otro camino en vista de que lo están invadiendo y lo quieren borrar del mapa.

El japonés es torrencial y sus ciudades son fabulo-

sas. Las huellas de la última contienda fueron borradas en menos de diez años. Se producen millones de lavadoras automáticas, de aparatos de radio, de cámaras fotográficas, buses y autos. Todo el país es una usina, una inmensa factoría en movimiento y sólo después de 1945 cuando las dos bombas de Nagasaki e Hiroshima sembraron el terror y produjeron la rendición a bordo del *Missouri*, este japonés acostumbrado a una mala vida y a una hermosa muerte, comenzó a convencerse en carne propia que más valía vivir alegremente que morir en forma honorable y heroica.

Entre los japoneses yo me sentí como un coleóptero caminando entre otros coleópteros, como una barata humana deslizándose como otras baratas salpicadas de vez en cuando por la mancha clara de un kimono.

En China (en la comunista y en la otra), me sentí habitante, invitado, personaje, ser humano. Esta es la impresión final que me dejaron estas dos naciones de ojos rasgados, piel amarilla y pómulos mongólicos que voy dejando atrás.

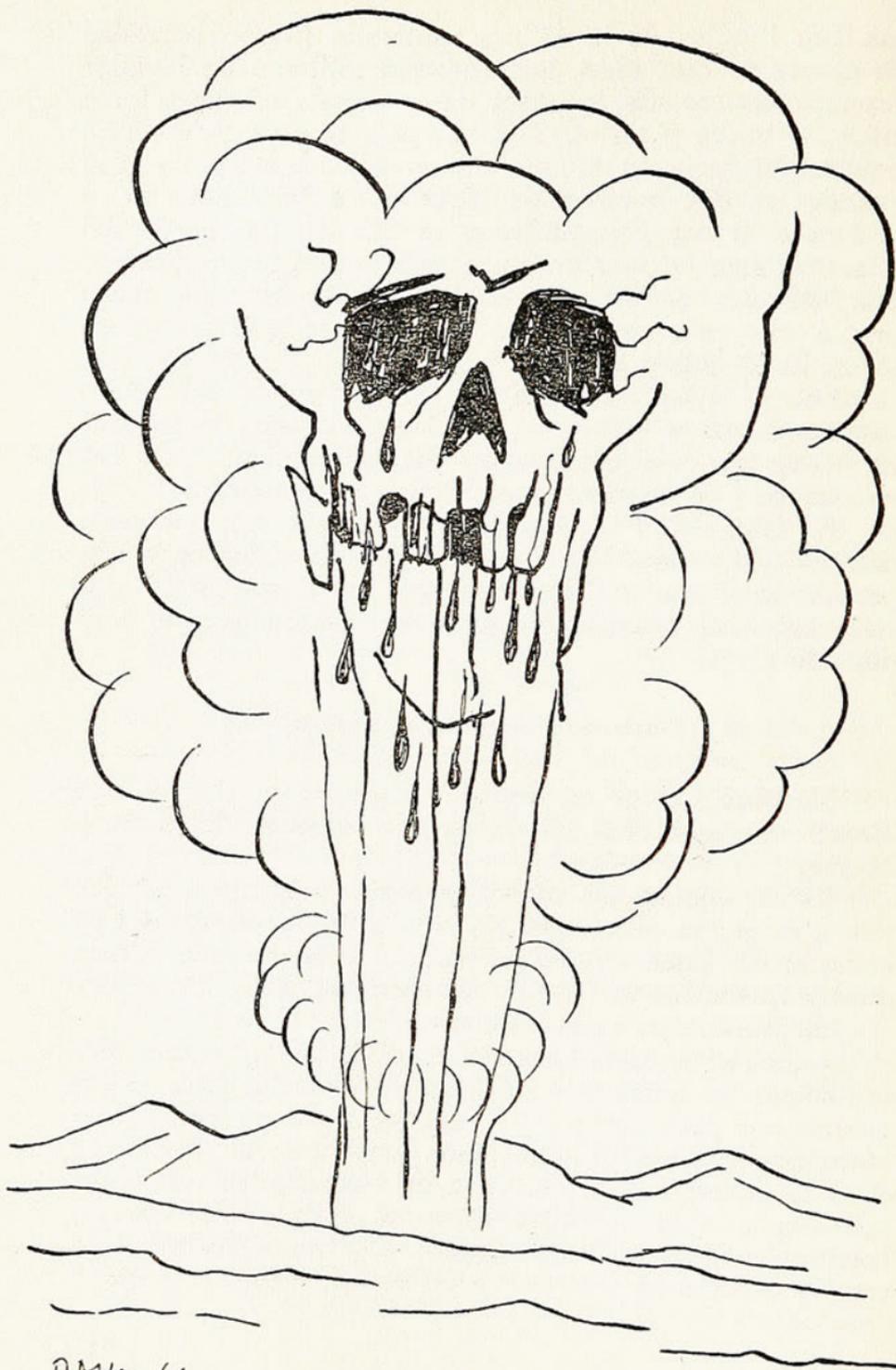
¿Cómo será la próxima guerra?

Me tocó hablar en Japón y después en Formosa e Israel, con militares de carrera y oficiales del Estado Mayor.

Es notable lo que me dijeron con respecto a la táctica que, según ellos, usará China y los comunistas que están en la línea de Pekín para el caso de una futura guerra que ellos ven venir certeramente en el futuro.

Su conclusión es la siguiente:

—China necesita dramáticamente de la guerra por problemas de hambre y de falta de material para la industria. Le pasa como a los nipones antes de Pearl Harbour, que estaban prácticamente cayéndose al mar. Para ellos la guerra era un recurso más económico que militar. Con la Italia de Mussolini (que sabía que el italiano corriente odiaba la lucha armada y gustaba de la “dolce vita”), ocurrió más o menos lo mismo. Mucha gente y



DAHM 66

poco territorio. China tiene territorio, pero le faltan los elementos vitales para una población que crece torrencialmente año tras año. Antes tenía la ayuda técnica de los rusos. Actualmente no la tienen. La URSS mira con simpatía al Viet Nam del Norte, pero no ayuda físicamente con soldados y pertrechos. La China Comunista, no. Mao ya está en guerra con Estados Unidos. Es una guerra local, como la de Corea, pero guerra de todos modos. Además, China tiene la bomba atómica en una escala muy inferior a los americanos y europeos, pero la tiene. Y además, es la única nación que se atrevería a lanzarla impunemente.

¿Qué hará? Lo que hace actualmente en Asia y en algunos puntos de América. Usará la técnica de la guerrilla, que es la más eficaz en el campo, y aplicará el terrorismo en la ciudad. Esto pasa ya en Venezuela, en Centro América, en Colombia y Perú. El experto N^o 1 en guerrillas es Mao Tse Tung. Sus folletos y libros lo prueban, aparte de su famosa "Gran Marcha", y la lucha contra los soldados de Chiang Kai Shek. Fidel Castro usó la misma técnica y ésta ha llegado por ahora al Asia y a América, que por razones lógicas tendrá que ser el decorado de la próxima guerra.

Con las guerrillas en los campos, usando todos los vericuetos del terreno que se conocen mejor que el ejército más adiestrado, vencerá fuera de la ciudad y logrará dispersar hábilmente las fuerzas armadas oficiales de los gobiernos burgueses. Y en las ciudades grandes apelará a las bombas para quebrar la serenidad del enemigo y llevarlo al paroxismo.

La máquina remonta el vuelo y se dirige hacia Hong-Kong que brilla a lo lejos como un resplandeciente diamante solitario.

En la novelesca Hong Kong

El avión cae como un pájaro herido sobre la isla. Estaremos únicamente tres horas, pero basta para conocerla superficialmente y darle la mano a la pasada.

Tengo cien amigos que me dijeron antes de partir: "¡Cómo te envidio de que estés un día en Hong Kong que es la auténtica ciudad de la novela y del cine!"

Y tenían toda la razón. Esto es más Oriente que la China que acabo de dejar. Tiene más color que una calle de Taipei o de Tokio. Hay más ambiente que en una avenida de Kioto o un callejón de Okinawa. Este es el Oriente de la novela, pero mejorado y con una mano de pintura fresca. Aquí está el misterio y el pecado, pero con la comodidad y el confort de por medio. Aquí sobra el espionaje y el contrabando, pero hechos con tanta habilidad y con esa agilidad única de los dedos de los orientales que parecen hechos de resortes y de goma, que casi nos da gusto que nos metan el dedo en la boca y nos traten como vulgares ingenuos en busca de la tarjeta postal y de la estampa con auténtico color local. Aquí está el *coolí*, la *geisha*, el *kimono*, el *pitticab*, el bosque de letreros verticales con letras que parecen pájaros y con pájaros que parecen letras, y antes que nada el puerto que tiene un encanto aventurero que le falta a Marsella y a Génova. Aquí camina la prostituta que habla veinte idiomas y la muchachita que estudia seriamente a Confucio en la intimidad de un templo con olor a incienso y pintado de laca dorada. Aquí hay una novela policial cada treinta metros y un relato de la "Serie Noire" cada media cuadra. Está el *parao* surcando las aguas parduscas del mar como en los mejores relatos de Salgari y se ve un bosque de barcos de guerra, de aviones listos para emprender el vuelo, de yates de lujo, de pesados transatlánticos, pero sobre todo una serie de cafés infectos y de hoteles de lujo que muestran de una plumada toda la inconcebible e indescriptible belleza del Oriente tradicional.

Llegar a Hong Kong es como trabajar de *extra* en una película inolvidable.

Sobre el Ganges

El avión toma nuevamente ritmo de marcha. Avanzamos hacia Nueva Delhi. A través de la ventanilla veo

por primera vez el Ganges. He leído como veinte libros sobre él. Lo he visto en películas, en afiches en las oficinas públicas, en tarjetas postales. Me lo sé de memoria. Sé que es un río sagrado lleno de vacas igualmente sagradas. Me lo imagino una especie de río Nilo desbordante lleno de historias y leyendas. Pero en este verano de 1965 —en Asia, porque en Chile es invierno— me parece un pobre río flacuchento, débil y más esquelético que un fakir cualquiera. El Ganges es una desilusión. La única desilusión que sufro durante todo el viaje.

No parece río. Parece un pequeño riachuelo muy mal vestido y más sucio que los propios habitantes que viven a sus orillas. No tiene agua, sino tierra, lodo, cieno, barro y mugre.

El avión desciende orgullosamente sobre él para que lo conozcamos al detalle. La desilusión es cada vez mayor. Se me achica el Ganges. Cabe perfectamente en la ventanilla del avión. Ni siquiera dan ganas de tomarle algunas fotos. Es una sola culebra color café con leche, pero no del café con leche que nos sirven en la casa a la hora del desayuno, sino de extraña mixtura que nos brindan de vez en cuando en las fuentes de soda de los barrios bajos. A su lado están las vacas, las solemnes y filosóficas vacas hindúes que son totalmente distintas a las demás vacas de los países del resto del mundo. Las otras tienen manchas de color en el lomo y dan leche. Estas vacas lo único que dan son dolores de cabeza y provocan conmociones, revueltas, golpes de Estado, caídas de reyes, asesinatos, etc. Si el Presidente de la Sociedad de Agricultura de Chile tuviera estas vacas, no se atrevería a presentarlas en la Exposición de Maipú todos los años. Estas vacas no son unas vacas alegres, pacíficas ni simpáticas, sino que son unas vacas revoltosas y de mal genio que se pasan armando líos con los habitantes que no encuentran nada mejor que adorarlas de la mañana a la noche como si fueran el Santo Sacramento o la reencarnación de Buda.

El avión vira suavemente sobre los márgenes del río sagrado para que podamos tomarle fotos de todas

clases a esa inmensa masa de mosquitos, faquires ambulantes, dioses jubilados, sacerdotes en vacaciones, encantadores de serpientes, prestidigitadores y toda la vasta gama de seres extraños que produce la India con una fecundidad realmente asombrosa.

La India

Ahora vamos a llegar a uno de los países más importantes del mundo y que dentro de poco va a hacer hablar a las agencias telegráficas de todo el globo (como ocurrió dos meses después de mi visita, con el incidente de Cachemira).

La India, amigo lector, tiene 461 millones de habitantes y sus ciudades principales son Calcuta, Bombay, Nueva Delhi, Madrás y varias más. Su moneda oficial es la rupia que vale casi cinco dólares y los hindúes hablan en su idioma natural y en inglés, aparte de catorce lenguas nativas principales con carácter oficial como idiomas regionales. Como dato curioso para ilustrar al culto lector, debemos agregarle que se hablan ochenta dialectos, por lo cual creo que el mejor negocio que puede hacer un hindú es dedicarse a intérprete, aunque es totalmente imposible que pueda gastar tanta saliva en tan poco tiempo.

Tierra prehistórica

El río que hemos sobrevolado tiene 2.480 kilómetros de extensión y es uno de los más largos del mundo. Esta es la tierra más antigua y más super refinada del globo después de China. Su religión oficial es el brahmanismo derivado de la primitiva religión védica que estableció el concepto cerrado de las castas. Otros grupos practican el budismo, el islamismo y hay seis millones y medio de católicos. La poligamia fue abolida hace muy poco tiempo y se permite el divorcio desde hace algunos años.

Estamos llegando a la tercera ciudad de la India cuya población asciende ya a dos millones y medio de habitantes.

Cuando bajamos del avión hacía una temperatura de 41 grados, record que a través de veinticinco años de viajar por todo el mundo no había experimentado jamás. ni aún en los climas más cálidos en que me había tocado vivir. Es superior a Córdoba, a Sevilla y a Granada en verano, al estío en Nueva York y a las ondas de calor que había sufrido en Cuba y en Centro América. Estas son lenguas de fuego, llamas ondulantes que queman la piel y que cortan la respiración.

Entre el avión y el aeródromo hay escasamente veinticinco metros de distancia, pero esos veinticinco metros son veinticinco kilómetros de transpiración y suplicio. Estoy en mangas de camisa y pantalones cortos y sin embargo, transpiro más que en el más terrible de los baños turcos. No puedo respirar sencillamente y siento un asma que no me habían provocado los miles de cigarrillos que he fumado a través de tantos años.

Avanzo lentamente haciendo equilibrio para poder mantenerme vertical, pero así y todo llego empapado a la puerta del aeródromo dentro del cual puedo volver a respirar porque han tenido la gentileza de poner aire acondicionado.

Una mirada a los pasajeros que van a partir y a los que han llegado, brinda la mejor imagen y mejor síntesis de la India. Los hindúes están divididos por castas, por escalones sociales, por grados humanos. El muy rico no se mezcla con el rico y éste a su vez mira despectivamente al menos afortunado quien, a su vez, se encarga de contemplar despectivamente y de arriba abajo al hombre medio quien no toma en cuenta en lo más mínimo los catorce grados inferiores de la estructura social que se asoman bajo los inmensos ventanales y enormes máquinas de aire acondicionado que funcionan y murmullan en un rincón del hall del aeródromo.

Los hindúes son morenos, de grandes ojeras y ojos vivísimos. Parece que tuvieran una brasa en vez de pupilas. Esas pupilas no miran. Incendian bajo los grandes turbantes. Se los ve delgados, tímidos, asustadizos como

gacelas y al mismo tiempo con algo de gesto monárquico, realista e imperial.

El Sahri

Las mujeres con el típico sahri, no son delgadas ni finas como me las había imaginado. Son gordas y opulentas y los ojos se prolongan, no bajo el lápiz de rimmel, sino en la piel misma que va cambiando de color y pasa de un cobrizo violento a un negro enlutado verdaderamente impresionante.

A pesar del calor, a pesar de los mosquitos, a pesar de la humedad, a pesar de todo, nos acordamos que somos periodistas y decidimos recorrer rápidamente la ciudad de Nueva Delhi.

Nueva Delhi es el mejor muestrario que haya visto jamás de la diferencia abismal de clases que puede haber en un país tan populoso y tan profundamente subdesarrollado. Surgen los minarettes, los palacios, los templos, los inmensos hoteles y las grandes tiendas junto y al lado de las chozas más miserables y de las poblaciones callampas hindúes que son más trágicas, tristes y fatídicas que las de nuestra propia tierra.

India y Bolivia

No sé por qué la India me recuerda —aunque se enojen los hindúes— un poco algunas escenas que vi en Bolivia. Esto es una especie de Bolivia asiática, pero una Bolivia elevada al cubo, con millones de seres humanos divididos y subdivididos en segmentos inatravesables aunque se hagan todos los experimentos sociales y económicos imaginables, y me da la impresión que bastaría una ligera chispa, una brizna de paja encendida, para que toda esta inmensa masa comenzara a arder por los cuatro costados.

Pienso en los 461 millones de hindúes y en los 200 millones de chinos, aparte de los 80 millones de japoneses y los millones de amarillos que están repartidos en

Malasia, en Viet Nam, en Filipinas, en Indochina, etc., y me doy cuenta que el día que éste comience a arder y que la llama sea la misma, el impulso que lo mueva sea similar y el timón de mando que lo dirija esté en una sola mano, el aterrorizado mundo occidental —llámese capitalista o socialista— tendrá que abrir desorbitadamente los ojos.

Pobreza

Los mendigos están tirados a lo largo de las calles, los encantadores de serpientes funcionan a la vista del público como si estuvieran en la mejor pista de un circo. Lentamente se pasean las inmensas caderas y nalgas de las hindúes bajo los pliegues del sahari y unos hombres increíblemente flacos, de barbas bíblicas y apostólicas, con los ojos quemantes como disparos, están parados en las esquinas con la vista clavada en el vacío esperando que un Mesías desconocido los ponga en marcha.

Otros buscarán simplemente pintoresquismo en estas callejuelas estrechas y en estas inmensas avenidas. Otros tomarán *whisky* en los encerados bares de estos grandes hoteles internacionales. Otros montarán en un lento y pesado elefante para sentir todo el encanto y la magia de la India como la describen los grandes novelistas que en el mundo han sido. Otros se bañarán en el Ganges y después lo harán siete veces en el baño de su casa y se rasquetearán con jabón Sapolio para sacarse todo lo que les haya pegado el río sagrado y contarán la emoción que significa sentirse acariciado por las filosóficas aguas del río histórico más importante del mundo.

La próxima contienda

Yo me limito a tomar nota de toda esta humanidad calurosa y transpirada que tengo en torno mío en este verano infernal de 1965 y darme cuenta de que esta pobre gente puede ser usada como carne de cañón en el día de mañana *contra China* y para servir de primera línea de

vanguardia humana al Occidente si se decide a intervenir contra el Camarada Mao en una guerra futura que yo veo cada vez más próxima. (1)

Pero tenemos que salir del calor, de la humedad y de los mosquitos. El avión tiene el buen gusto de estar sólo dos horas en el aeródromo y remonta nuevamente el vuelo hacia Pakistán.

A las dos horas, después de atravesar innumerables picachos y selvas, el avión aterriza en Bangkok, capital de Tailandia.

Ahora cambiamos de moneda y de idioma. La moneda se llama *tical* y el idioma es el *taí* o siamés, pero se habla igualmente el chino y el malayo.

Después de 1949 el viejo reino de Siam cambió de nombre y se puso Tailandia para ponerse al día y a la moda. Siam es la única nación del sudeste de Asia que jamás ha sido colonia de ninguna potencia extranjera. Basta mirar las vitrinas de las grandes tiendas para darse cuenta que el budismo es la religión oficial y que cuenta con veinte mil monasterios y 162 mil monjes que no han permitido hasta la fecha la libertad de culto.

En los alrededores de la ciudad que hemos visto desde el avión, crece el arroz, el maní, la soya, el azúcar, brilla a lo lejos el algodón, se divisa la semilla, se agita al viento la caña de azúcar, se mueven alegremente los cocoteros, mientras tanto el yute, las batatas, las cebollas y el pimiento se multiplican hasta el infinito.

Bangkok es menos pintoresco que Nueva Delhi y ligeramente más chico. Su población asciende a dos millones y medio de habitantes y en las astas se agita la bandera con cinco franjas horizontales: roja, blanca, azul, blanca y roja nuevamente.

A pesar de que aún nos sentimos en el Asia, los tailandeses son ligeramente distintos a los hindúes y chinos. Los ojos todavía son rasgados, los pómulos se mantienen ligeramente mongólicos, la piel es amarilla, pero

(1) Dos meses más tarde comenzaba la guerra entre la India y Pakistán por el territorio de Cachemira. N. del A.

hay una nobleza en los movimientos y una cadencia y suavidad de maneras que no había observado anteriormente en el continente asiático. Las mismas estatuas, los dioses, los símbolos religiosos, todo tiene un tono musical y etéreo que hace pensar que en esta zona del mundo, como ya lo dijo André Malraux y tantos otros novelistas que han viajado por estos lados, está la raza más artística y mejor dotada estéticamente del globo.

En el par de horas que estuve en Bangkok recorriendo las tiendas, entrando en los mercados, cruzando palacios, asomándome a los hoteles, deslizándome en taxi a través de las callejuelas embarradas por la lluvia reciente, bajo un cielo salpicado de pequeños charcos de luces, bajo un sol deslumbrante como una especie de pedernal solitario y completamente oriental, me sentí como nunca en el corazón mismo del Asia.

Pero hay que seguir.

Teherán

Ahora nos aguarda Teherán, donde supongo que me están esperando en el aeródromo.

Teherán tiene casi la misma población de Bangkok. Es decir dos millones y medio de habitantes. La moneda oficial se llama *rial* y se habla persa, árabe o curdo. Estamos en un Imperio presidido por el cinematográfico Shah de Persia y la estupenda Farah Diba.

Apenas nos bajamos del avión nos persigue su foto por todos los sitios de Teherán. Está en las tiendas, en los negocios públicos, en los Ministerios, en el aeródromo, en los cabarets, en todas partes.

El Shah, según dicen, es adorado por su pueblo y a Farah Diba la consideran la mujer más linda que ha habido en la historia de Persia desde los tiempos más remotos, incluyendo reinas, diosas y sacerdotisas.

Un león empuñando una espada preside la bandera verde, blanca y roja de la enseña nacional y tenemos que comenzar a sacar los primeros dólares para poder

obtener algunos de los brillantes riales que constituyen la moneda oficial del país.

Estamos ahora en una meseta: la meseta del Irán que tiene una altura que oscila entre los 900 y 1.500 metros. Dos cadenas de montañas que arrancan del monte Ararat la separan por el norte de los montes Zagros que corren cubiertos de nieve al este y sudeste.

Pero dejemos a un lado las cifras y vamos a los persas mismos.

Estamos saliendo de las puertas mismas de la raza amarilla y penetrando en la zona blanca. Ahora desaparecen los ojos rasgados y crecen los ojos occidentales a medida que el cutis se hace menos aceitunado y menos color limón. Casi nos sentimos en casa cruzando entre estos persas solemnes y serios que no tienen la infantil timidez de los chinos, el tono reverencial del japonés ni mucho menos el sabor internacional y turístico que domina en Hong Kong.

Ahora no son los hindúes de grandes ojeras, sino los descendientes de Darío que avanzan con paso lento y casi europeo por las calles de Teherán. La arquitectura misma es casi la de Occidente. No surgen en medio del cielo los finos y delicados minaretes hindúes, los techos rojos y arqueados de la China ni las pesadas torres japonesas. Estamos pasando insensiblemente del Oriente al Occidente y casi sin darnos cuenta, gracias a la habilidad gimnástica del avión, hemos saltado de un continente a otro.

Yo no sé si es el idioma, las costumbres, el físico de sus habitantes, la arquitectura o lo que sea, lo que me hace sentirme poco a poco saliendo del Asia y llegando definitivamente a Europa.

Claro que esto no es Occidente, ni es el mundo blanco, ni el mundo europeo en definitiva, pero es la antecámara, el prólogo, el capítulo cero de mi próximo punto de desembarco que ya se divisa a lo lejos y que se llama Tel Aviv, en plena Tierra Santa y colocado en la página Nº 1 de la Biblia.

El bíblico Israel

A la una de la mañana llegamos a Tel Aviv. Hace un calor infernal en el aeródromo y sólo bajan cuatro pasajeros: un hindú, un chino, un japonés y yo.

En el campo aéreo me esperaba un señor con cara de guía. ¿Se ha fijado, amigo lector, que los guías tienen cara de guías, así como los ascensoristas tienen rostro de ascensoristas y no rostros de mecanógrafos y las señoras de la Salvation Army tienen semblantes de cualquier cosa menos de viudas de un General en retiro?

Pues bien, este amigo que me esperaba trasnochado, con ojeras, aburrido y fumando un cigarrillo en el aeródromo, tiene que ser un guía. Y lo es. Se llama León Elpern y lo saludo en inglés. Me contesta en castellano y me dice:

—¿Por qué hablamos un idioma extranjero cuando yo soy tan latinoamericano como Ud.? Nací en Uruguay y hace cinco años que estoy en Israel.

Es un muchacho joven, alto, vigoroso, extraordinariamente simpático y con una facilidad para manejar idiomas que sólo la tienen los judíos en el mundo. Montamos rápidamente en un auto con chapa fiscal y avanzamos cruzando la noche, el aliento del desierto, las estrellas de Judea, las plantas de Tierra Santa y la luna de miel de Palestina que alguien ha desplegado como una bandera en el cielo.

Después de diez días de haber vivido hablando inglés en la China de Formosa puedo por fin desatar ansiosamente los labios.

Mi amigo es culto y está al día en todo. Se conoce la historia de su patria al detalle y habla con un cariño, con un entusiasmo y con un fanatismo que me demuestra inmediatamente por qué Israel será una gran nación.

A los cuarenta y cinco minutos, después de correr por un camino vacío, casi sin árboles, despoblado y solitario, comienzan a brillar las primeras luces de Tel Aviv. Pasamos por un extremo de la ciudad y llegamos a un hotel que está en los suburbios. El hotel es el más curioso

y original en que me ha tocado estar en mi vida. Es una serie de pequeños *bungalows* de dos pisos, separados por jardines, caminitos enarenados, pequeños parques cubiertos de flores y una enorme piscina azul.

Hace calor.



La noche de Tel Aviv es cálida y dan ganas de quemar diez cigarrillos y discutir horas y horas.

León es un guía perfecto. Ya no tengo que hablar

lenta y pausadamente como lo hacía con Ho en China para que me entendiera. Aquí puedo hacerlo igual como hablaba por radio en Chile y darle a mi joven amigo un cuadro sinóptico de lo que he visto hasta la fecha en este viaje maravilloso.

León me hace un resumen de la política de su país. Está periodísticamente al día de lo que ocurre en Europa y América.

Dan las dos, las tres, las cuatro, las cinco y las seis de la mañana y nosotros seguimos conversando. Avanza un pequeño coleóptero por el jardín y trata de introducirse a la pieza. León lo mata con un gesto despectivo. Alguien ha ido borrando poco a poco las estrellas y surge ese amanecer color añil, color de fondo de taza de porcelana, que tiene Israel y que rezuma una poesía y una delicadeza extraordinarias. Sólo en ese momento me doy cuenta de que estoy en la tierra de los profetas, de los grandes viejos bíblicos de inmensas barbas y cabellos erizados que proclamaron la llegada del Mesías. La tierra del establo de Belén, de los sabios admirados frente a un muchachito de sólo doce años que se llamó Cristo. La patria de José y de María. Los senderos que cruzara Jesús en su maravillosa juventud, los desiertos sofocantes, los dátiles, los pinos, las piedras hurañas, el agua del río Jordán, el lago Tiberíades, el Mar Muerto, el huerto de Getsemaní y la colina del calvario donde se alzan aún tres cruces invisibles marcadas por el dedo de Dios.

Vengo de China. He estado en los templos mayas de México. He cruzado la lengua de nieve de Alaska. He caído sobre el Japón. He pasado sobre Hiroshima y Nagasaki. He visto la flota de aviones y de barcos de guerra que tienen los Estados Unidos y Chiang Kai Shek para hacerle frente algún día a la invasión de los chinos de Mao.

Ahora estoy en el país más viejo y más nuevo del mundo.

Son las seis de la mañana. Nos desnudamos rápidamente y nos lanzamos a la piscina. ¡Qué agradable, fres-

co y tonificante es sentir la caricia del agua tibia después de tanto hollín, tanta grasa y tanta bencina acumulados durante el largo viaje en un avión.

A las nueve de la mañana, después de un rápido desayuno y sin haber dormido una sola pestañada, partimos en un solemne auto oficial a recorrer la ciudad.

Perfil de tres ciudades

Tel Aviv es la ciudad comercial y progresista mil por mil de Israel. Jaiffa es la más moderna y más recién hecha y Jerusalén es la capital política del país. Claro que se arman líos y enredos porque hay una serie de Embajadas (como la esencial de Estados Unidos) que están en Tel Aviv en vez de estar en la capital.

Hay una frase gráfica para anotar las diferencias entre las tres. Se dice que "Tel Aviv se divierte, Jaiffa trabaja y Jerusalén estudia".

Y es la verdad. Pocas veces he visto una ciudad más recién puesta en el mapa de una nación, que el puerto de Jaiffa. Son barrios enteros colocados junto al Mediterráneo, pero a las puertas mismas del desierto. Se ve la lucha heroica de un pueblo para vencer a la arena y hacer casas de ocho y más pisos en medio mismo de las dunas.

Tel Aviv es la típica ciudad importante de cualquier país. El movimiento de las calles centrales, la cantidad fabulosa de taxis y de autos, los teatros y cines, los bungalows y las casas de departamentos, tienen un estilo... sin estilo particular.

Esto podría estar en otra parte y no pasaría absolutamente nada. Parece un barrio de una ciudad grande americana y con los años será seguramente una pequeña Chicago llena de fábricas y de vitalidad humana.

Jaiffa no. Jaiffa es el puerto recién hecho y al que se le nota aún el rótulo "Cuidado con la pintura". Todo es fresco, todo es nuevo, todo da la impresión de haber sido levantado hace sólo una semana.

Jerusalén, que tiene el mejor clima del país, me re-

cuerda las ciudades italianas. Coronando los cerros, se eleva dramáticamente hacia el cielo con sus edificios modernos y sus magníficos museos, pero se sabe, se nota, se siente que estamos en uno de los decorados básicos de la Historia Mundial.

Aquí estuvo Cristo, aquí caminó a través de la Vía Sacra, aquí alzó desesperadamente la vista hacia su Padre en el Huerto de Getsemaní y aquí finalmente fue crucificado entre dos ladrones.

Y eso está vivo ahora en el aire de Jerusalén, en este quemante verano de 1965, veinte siglos después de la muerte de Jesús.

Los vitreaux de Chagall

En la moderna Sinagoga de Jerusalén están los célebres *vitreaux* de Chagall. Son los mismos que se expusieron ante el asombro de los franceses, hace dos años en el Louvre.

Son doce en total, que, siguiendo la vieja e inalterable norma israelí, no exhiben figuras humanas, sino juegos de luces y de colores.

Como se trata de una Sinagoga, tuvimos que usar el típico casquete de los religiosos judíos, y caminar a través de un breve perímetro viendo cómo el sol jugaba con el derroche de luces.

Claro que esto no es Chartres ni Notre Dame. Chagall, a pesar de que no usa rostros humanos, tiene una tónica y una fuerza netamente moderna detrás de la cual late la vieja alma judía. Se ve el camino hacia los cielos y no cae en el tono pesimista y un poco amargo de la pintura típica de su país. La vida en Francia lo ha hecho más ligero y alado. Y me atrevería a decir más optimista y alegre. Chorrea el azul y el rojo y todo tiene un aire de gozo y de vida.

Se busca el cielo. Se busca a Dios. Se recuerda la vieja historia de las persecuciones. Se vive con la vista vuelta hacia el terrible pretérito con los *progromns* y los éxodos en masa, pero en otro tono detrás del cual está

indudablemente Europa. Y concretamente el paso del pintor por los cafés de Montparnasse y de Saint Germain.

Y el efecto es curioso. Se sabe que estamos en una Sinagoga y no en una catedral católica. Que esto está hecho para romper la monotonía de la piedra y de la muralla lisa y en penumbra, pero no sé por qué parece asomarse a través del cristal de colores incendiarios un Cristo internacional y divino, y no únicamente nacido en la tierra de Judea.

La impresión es doble. Se goza estéticamente, pero al mismo tiempo se experimenta una emoción de marcado sabor religioso detrás de la cual caminan unos apóstoles y se escucha el lejano rumor de las páginas de la Biblia más allá de la etiqueta católica o judía.

Ben Gurión

Ben Gurión es uno de los fundadores de Israel. Es un viejo de pelo blanco, erizado como una aureola que lo hace semejar, desde lejos, a un santo de la Edad Media. Me recuerda no sé por qué al León de Tarapacá. Lo he oído hablar en la Cámara, discutir en un mitín. Da la sensación de un demagogo, de una especie de Churchill mezclado con Alessandri y un poco de Gambetta. Es una especie de Clemenceau israelita; un as para la réplica y un orador extraordinario en el discurso improvisado. Gesticula, transpira, mueve los labios, los ojos, las cejas, sube la voz, baja la voz, muerde, ladra y parece un gran dogo que vigila como un guardián la vida de Israel.

Cuando yo pasé por Jerusalén todavía estaba en el poder. Cuando llegué a Chile ya lo habían hecho a un lado. Esto me recuerda al Alessandri triunfante del año 20 y saliendo desterrado en el 24. Esto me hace pensar en Churchill, Lord del Almirantazgo, durante la guerra del 14 y expulsado después del fracaso de los Dardanelos para ser llamado en el segundo cumbre de la última Guerra Mundial a ocupar la jefatura del Gobierno inglés, en el mismo momento que los aviones nazis arrasaban el

territorio británico. Parece ser el destino de los grandes jefes que salen, entran y se pasean como Pedro por su casa y ensayan en la soledad de su destierro las palabras que van a decir en la hora del triunfo y que quedarán esculpidas definitivamente en el mármol; es dramáticamente parecido.

El solitario y fracasado Ben Gurión es la prueba.

Golda Maier

Es el Ministro de Relaciones Exteriores de Israel y exactamente todo lo contrario de Ben Gurión. La conocí en Chile hace un año y ahora la volví a ver en su despacho que queda a poca distancia de la Embajada de Chile en Jerusalén. Si no se llamara Golda se podría llamar simplemente Gorda porque es gorda, sana y robusta y recuerda a ratos a esas reinas de Holanda que apenas caben en las estampillas por los desbordantes kilos y la simpatía que lucen. Se conoce de memoria la política de su país y tiene una agilidad mental que ya se la quisiera un periodista de veinte años. Salta, brinca y se pasea sobre la historia de su patria con la agilidad de una pesada mariposa que brincara de flor en flor, pero que se conoce el nombre hasta del último de los estambres y del más pequeño de los pétalos. Desmonta toda la política israelita, la del Medio Oriente, la política mundial, y como si fuera poco me da una clase de la política chilena donde no hay un solo error en el detalle. Esta es otra de las mujeres claves del nuevo Israel.

En plena historia

Pero como si me faltara más historia, como si estos nueve días en Israel no fueran bastantes para haber visto tantas cosas en tan poco tiempo, bajé a la tumba de Abraham que queda a escasos metros de la alambrada que indica la frontera con la vecina Siria. Subí al Monte de los Olivos, me detuve en el sitio exacto del Huerto de Getsemaní en que Cristo dijo aquella noche llena de relám-

pagos y truenos: “Aleja de mí este Cáliz”, descendí con el Embajador de Chile en Israel, Manuel Francisco Sánchez las polvorientas gradas de la casa de José y de la Virgen María, donde Cristo jugaba cuando niño y que —¡paradoja de las paradojas!— tiene una serie de comodidades que parecen de hoy, porque cuando hacía mucho calor la divina pareja bajaba al subterráneo donde estaba mucho más fresco y cuando hacía frío se reunía en el primer piso en torno a un enorme brasero que casi lucía la comodidad de una moderna estufa en un departamento actual.

San Juan de Acre

En San Juan de Acre entré a la fortaleza romana que vio surgir las velas latinas desde el fondo del Mediterráneo. Del mismo mar que andando el tiempo, los años y los siglos, viera aparecer las cortantes quillas de los barcos cargados de cruzados y las naves repletas de sarracenos.

Aquí se dibuja la Cruz y la Media Luna. Aquí se combatió y se murió pensando en Cristo y en Alá. Por aquí se lanzó el último suspiro viendo surgir a lo lejos una hurí morena y de ojos rasgados del brazo de Mahoma y agitando las caderas, y en esta tierra hay unos pálidos y castos angelitos que según cuentan, esperan a los muertos en el cielo, al final de la jornada.

Aquí están las troneras para disparar las flechas, las enormes torres desde las cuales se lanzaba la pez hirviendo sobre los ingenuos soldados que trataban de tomarse la fortaleza y aquí asoma el perfil de la Media Luna sobre el circo romano que tenía casi las mismas características de sus colegas de la ciudad Eterna. Aquí se vieron alabardas, espadas, sables, tizonas, flechas, arcos, arcabuses, cañones, culebrinas, etc. Y como si fuera poco, aquí —donde indico con la mano— se alza una colina donde llegó un joven oficial enfermo de sarna, con 40 grados de fiebre y ojos fuera de las órbitas que no vaciló en estrechar la mano de los leprosos y que subió en un

delgado jamelgo blanco, y que algún día se iba a llamar Napoleón Bonaparte, General del Ejército de Egipto, todavía a las órdenes del lejano Directorio que funcionaba en París. Por estas dunas caminaron los Apóstoles. Aquí mismo está dibujada la huella de la sandalia de Jesús; aquí Judas recibió las treinta monedas de su traición y allí lejos, en las colinas que cierran el horizonte, un hombre deslumbrante fue colocado en una Cruz entre dos ladrones por haber querido rescatar al mundo de su triste y fatal destino.

Estas sombras se dibujan en el viento, se deslizan por el aire, atraviesan las aguas que hoy se mecen tan calmadamente y reflejan en el día el brillo quemante de ese brasero que hay en el cielo y que se llama sol, y que de noche recogen la palidez mortal de la luna.

Esta es la tierra más vieja y más nueva de la historia del mundo y en esta misma tierra —en Julio de 1965— un periodista chileno, con una cámara fotográfica alemana colgada a la bandolera y con un cigarrillo *Chesterfield* en los labios, camina lentamente y copia su silueta en la arena tratando de encontrar en esta piel ocre que cubre los huesos del viejo Israel, el lejano eco de la historia.

A 10 metros de la guerra

La noche del 12 de Julio, antes de partir de Jerusalén para tomar el avión en Tel Aviv y seguir luego a Roma y París, me tocó hablar por radio.

Fue una entrevista en español, hecha por el mejor periodista de Israel, en la cual me preguntaron la opinión que me había formado en la fugaz visita a su país.

Estaban presentes Manuel Francisco Sánchez, Embajador de Chile, y Patricio Carrasco, el simpático y amable primer Secretario de la Embajada.

No repetiré, naturalmente, lo que dije, sino que subrayaré un hecho estratégico. Los estudios de la radio están situados en uno de los barrios más peleados durante la última guerra. A una cuadra escasa están aún los

restos de una casa volada y crece el pasto sobre las antiguas trincheras.

Pero eso no es nada. A media cuadra —o sea a cerca de sesenta metros— corre la frontera entre el Jerusalén judío y el Jerusalén jordano. Dos noches antes ha habido tiros y hasta quedó un muerto. Las esquinas en sombra están llenas de soldados con el arma al brazo y es fácil desgarrarse los pantalones recién comprados en una tienda judía en los alambres de púas que están camouflados en la oscuridad.

Y lógicamente y después de las estratégicas explicaciones del guía y del hecho de mostrarme la vecindad de la peligrosa frontera que estaba asomada por la ventana del estudio, hablé por el micrófono con bastante menos calma y serenidad de lo que lo había hecho en una pacífica radio de Santiago de Chile.

Hablando en ladino

En 1542 Isabel la Católica y su esposo Fernando vencieron a los moros, descubrieron América y expulsaron a los judíos de España. Estos tres grandes acontecimientos fueron vitales en la existencia del gran país europeo que había barrido con la Media Luna y que izaba el crucifijo católico sobre las mezquitas y los viejos minaretes.

Los judíos españoles tuvieron que salir del que había sido el hogar de sus abuelos y partieron al exilio. Muchos de ellos se establecieron en el norte de Europa e incluso llegaron hasta Israel. Con ellos viajó su pintoresco idioma: el ladino. Un castellano deformado y antiguo como el de los viejos textos que hojeamos en más de una ocasión en la Biblioteca de Madrid o en algún Museo español.

Son las mismas palabras que asoman en el Quijote y en las obras de Lope de Vega y Calderón. Ese mismo español cerrado y adusto, duro como un aldabonazo y de un tono metálico y seco que golpea los oídos.

Cuando el periodista Abraham Bernstein me entre-

vistó en la Radio de Jerusalén y me pidió que dijera dos palabras al público de Israel, dije textualmente:

—Y ahora con Uds. el *journalista* Tito Mundt que va a *facer* un *reconto* de sus impresiones. . .

Es el mismo idioma que hace quinientos años se usaba en la vieja España. La antigua lengua que se ha mantenido intacta a través de los siglos y que estos judíos descendientes de aquellos que tuvieron que partir de la Península Ibérica, han guardado celosamente y encerrado bajo cuatro llaves para usarla frente a un micrófono en un remoto punto de Jerusalén a pocos metros de la frontera con Jordania.

La muchacha de Israel 1965

Estoy en la tierra clásica de los profetas, por la cual caminaron las sandalias de Jesús y, al mismo tiempo, el país de la guerra de la Independencia hace menos de ocho años, donde de hecho, se vive con el dedo en el gatillo. Pues bien, en esta tierra la mujer es tan soldado como el hombre. Tiene que estar veinte meses en el ejército y de allí sale generalmente a la universidad, a la oficina o. . . al matrimonio. Se llama burlonamente a la fuerza armada femenina: "La gran fábrica de bodas de Israel".

Las he visto en la calle y en una parada militar. Tienen el mismo empuje de los hombres, pero conservan la ligereza y la suavidad de la muchacha típica.

Me acordé de las "paquitas" chilenas cuando vi a la policía femenina dirigiendo el tránsito en la calle, o pasándole partes a los automovilistas. O con la boina roja de los paracaidistas, que es la fuerza más cotizada de la nación desde el punto de vista militar.

La mujer tiene los mismos derechos que el hombre y practica las mismas costumbres que en Estados Unidos, en Europa o en Sudamérica. Recorrí los cuarteles y presencié los ejercicios hechos con la misma seca marcialidad que sus compañeros de pantalones.

Claro que no podía faltar la nota exclusivamente

femenina. El gorrito que llevan (azul en el ejército y blanco en la policía) tiene una nota en que se ve claramente que ha intervenido el modisto profesional.

Las NO soldadas, critican a sus colegas del ejército por la manera de caminar, un poco militarizada, por la calle. Y por tener cierto aspecto "ahombrado", que es natural viviendo cerca de dos años la dura vida del cuartel.

Pero, dígase lo que se diga, se ven encantadoras en la calle o desfilando con la metralleta al brazo y con un tono que ya se quisiera el más marcial de los soldados.

Y son vitales para un país que está actualmente en estado de guerra y con la frontera misma pasando por el medio de la vieja y bélica Jerusalén.

Frente a la pintura judía

Pocas veces me ha impresionado más una pintura que la judía. Se nota el fondo religioso y la nota amarga. Se ven los miles de años de persecución con la Biblia y los profetas al fondo. No sé por qué me recordó a Modigliani. Los mismos rostros largos y pálidos y el mismo tono espiritual que ya conocía en el Greco. Una manera de escapar de la tierra hacia el cielo que había visto en las salas del Prado de Madrid y en el viejo y eterno Toledo. Los pintores de Jerusalén y de Tel Aviv tienen la misma tónica. Se ven los viejos profetas, los rabinos de largas barbas, las mujeres de caras delgadas y finas que se pierden entre las nubes.

Pero no es únicamente ésto. No hay que olvidar que el judío no gusta de reflejar el rostro humano. Prefiere la interpretación filosófica del modelo y casi la idea en sí. Por eso el nuevo pintor de Israel busca en el paisaje lo que no puede hacer ante el modelo humano. Jerusalén—una ciudad que sube hacia los cerros y que tiene uno de los cielos más dramáticos del mundo— asoma a cada momento en la pintura. Son las casitas viejas, las murallas, los templos, las mezquitas árabes, las sinagogas, los modernos edificios de departamentos, los cuarteles, y antes que nada, la selva de finos pinitos que recuerdan a la Italia clásica.

¿Y qué tiene que ver esta tierra tan vieja con Italia? Nada. Y, sin embargo, nada me ha recordado más a Pisa y a Florencia, a Siena y a Verona, que una visita que hicimos con Manuel Francisco Sánchez, el activo y sonriente Embajador de Chile ante el gobierno judío, a un viejo convento de monjas cerca del llamado Pozo de la Virgen.

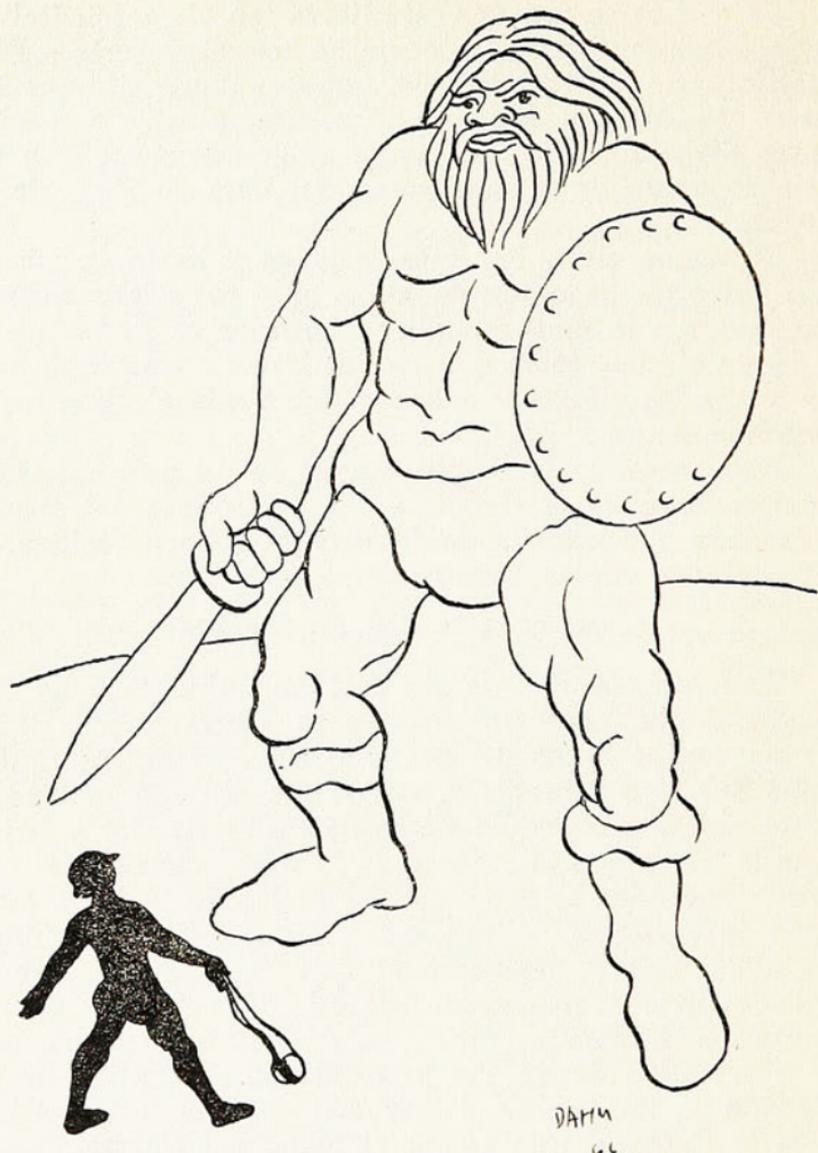
El mismo cielo, los mismos pinos y hasta la misma luna entre un decorado de nubes que recordaba a Fray Angélico y a la pintura italiana anterior al Renacimiento. Hasta el cielo tenía una claridad, una ausencia de nubes y una luz clásica y delicada que ponía el alma franciscanamente de rodillas.

Para resumir: la pintura nueva de un país tan viejo como es Israel tiene el sello y casi la firmeza del pasado angustiado y adolorido de la raza que llega fácilmente al pincel y se vuelca desgarrado sobre la tela.

A través de la Historia Sagrada

No hay necesidad de ser católico militante y de comunión diaria, para emocionarse en Tierra Santa. Basta ver las verdes aguas del pequeño río Jordán, las azules ondas del lago Tiberíades, saber que allí fue bautizado Cristo, entrar a la pequeña casa de José y de María, bajar hasta la cueva que aún conserva la ventilación con el exterior, descender al pozo, ver los restos de la mesa que, según la tradición, se usó en la Última Cena; caminar por la Vía Crucis, detenerse en el lugar exacto en que la Verónica secó el rostro del hijo de Dios, caminar por el huerto de Getsemaní que escuchó su último ruego, subir a la colina donde fue pronunciado el sermón de la Montaña y, finalmente, llegar con el alma estremecida hasta la Catedral que ocupa el lugar del Calvario para saber que estamos en uno de los sitios en que se escribió el capítulo N^o 1 de la historia de la Humanidad.

Abísmese, amigo lector. El decorado ha cambiado bastante poco. Claro que hay buses y pasan los autos. Que la gente lee los diarios en los quioscos y que suena a lo lejos la radio, pero la esencia del telón de fondo es



casi la misma. Pasan lentamente los asnitos de la Biblia y el agua corre por el centro de la calle. Crecen los olivos color plata y los viejos muros no han cambiado gran cosa. Hasta el rumor de la multitud debe ser el mismo de los días de la Pasión.

Claro que para ver todo el decorado, hay que pasar al otro costado de la muralla y cruzar del lado judío al jordano. Con los contactos secretos que tenemos a veces los periodistas, logramos hacer el milagro y entrar lentamente en las páginas del Viejo y del Nuevo Testamento.

Vemos la pequeña colina que presenció el desafío de David y Goliat. Nos muestran casi el lugar exacto del bautizo en el Jordán. Tomamos agua en el Pozo de la Virgen. Nos indican vagamente el árbol en el cual Judas puede haberse ahorcado después de la traición y del arrepentimiento, y sobre todo el gigantesco escenario de Belén en que comienza la vida del Crucificado y el último telón de su muerte en Jerusalén.

Nos indican con la mano la tumba de Herodes y el primer sitio en que comienza a actuar Abraham, y en todo momento sentimos que estamos viajando entre los cielos desgarrados de hace dos mil años con las mismas nubes de la Pasión, en presencia del mismo sol y contemplando el escenario de las mejores páginas de Gabriel Miró y del propio Renán. Llevamos a Papini en la mano y sentimos antes que nada que estamos hojeando las amarillentas páginas de un libro inmortal que se llamó y se llama la Biblia.

Por eso no podemos escribir serenos estas rápidas impresiones de viaje por una tierra en la cual queda aún la huella de unas sandalias que incendiaron al mundo hace veinte siglos.

En un Kibutz

En un típico Kibutz a la orilla del lago Tiberíades, cerca del río Jordán y de la colina donde el pequeño David desafió y venció al inmenso Goliat, estuve en contacto con el primer Kibutz.

Mi amigo León me presentó a un arquitecto que trabaja con la pala, a un ingeniero que maneja un tractor, a un pintor que servía a la mesa, a un profesor que barría el pequeño restorán, a un sabio que revisaba la contabilidad de la comunidad y, en fin, a cincuenta perso-

nas entre hombres y mujeres, venidos de los cuatro rincones del mundo hablando veinte idiomas distintos, pero con la profunda sangre israelita en las venas, que habían dejado patria, familia, casa, ocupación, decorado y manera habitual de vivir, para viajar miles de kilómetros a estas áridas tierras y levantar los cimientos de un país.

Esta es la tierra más vieja del mundo, amigo lector, porque ya era vieja en las páginas de la Biblia y, sin embargo, no nació oficialmente como tal, sino hasta hace pocos años.

A ratos el turista se encuentra con una escena de Samaria con las murallas de hace dos mil años al fondo y las mujeres sentadas al anca de un pollino camino del mercado y de la feria, y sólo a quince metros de distancia de unos investigadores científicos que inclinados sobre los más modernos aparatos estudian la manera de producir la bomba atómica. Culebrean los ríos a través de la tierra desolada. Sopla el viento quemante del desierto sobre la arena que no es suave sino arisca y filuda. Se abre la boca del Mar Muerto o del lago Tiberíades. Corre jugueteando el pequeño y travieso río Jordán y al mismo tiempo se construyen rascacielos, escuelas, hospitales, cuarteles, estadios, torres de radio y se fabrican velozmente refrigeradores y aparatos de televisión. Este es el país del contraste. El pobre asno bíblico tiene que saltar rápidamente antes de que lo aplaste el moderno bus y, mientras unos niños que parecen sobrinos de los apóstoles, saltan y se bañan en las aguas de la bahía de San Juan de Acre como en los días remotos cuando los cruzados y sarracenos se disputaban el control del mundo.

Una muchacha que usa uniforme de la moderna policía israelita, le pasa un parte a un automovilista porque iba demasiado rápido.

Pero hagamos una pequeña pausa.

Los rusos inventaron el *koljos*, los israelitas han inventado el *kibutz*. El *kibutz* es una comunidad agraria absolutamente voluntaria en la cual un grupo de hombres y mujeres se comprometen a trabajar de común

acuerdo en una tierra determinada, sin cobrar un centavo y regalando cuatro o cinco horas al Estado, mientras les dedican otras cuatro o cinco a su verdadera profesión.

Esto no está ordenado desde arriba. No hay ningún fusil de por medio. No existe ninguna pistola automática detrás de la nuca. No hay un paredón en perspectiva ni nadie los piensa fusilar. Porque sí, porque les dio la gana, porque quieren hacer una nación grande e independiente encerrada como está en un anillo de naciones enemigas, dejaron su pasado, cambiaron de nombre, se pusieron otro absolutamente distinto y recién inaugurado y que tiene el lejano perfume de la historia, y se decidieron a trabajar con la pala en la mano y montados en unos lentos y pesados tractores.

Cae el sol de fuego. Hierve el lago Tiberíades. Apenas respiran los delgados arbolitos famélicos que decoran la colina donde David tomara la piedra para dejar K. O. a Goliat. No sopla una gota de viento. En medio de esta aparente desolación, en este paisaje africano ubicado en pleno Medio Oriente, surge un hotelito para los turistas de paso con sus cabinas para que alojen los viajeros, su gran restaurante, su pequeño bar y su piscina, mientras al lado se extienden las parcelas o áreas verdes donde trabajan las "camaradas" del kibutz. Estas mujeres no se pintan, no usan rimmel ni rouge, no tienen la menor coquetería femenina. Por el calor usan shorts y blusas, están inclinadas y transpirando sobre la tierra, pero lo hacen con alegría. Con una alegría fanática como si estuvieran pintando un cuadro o esculpiendo una maravillosa escultura, y ese cuadro y esa escultura se llama simplemente, Israel.

Hombres y mujeres de veinte años desfilan en los cuarteles, montan guardia en la frontera con el dedo en el gatillo y enfilan cañones sobre el enemigo custodiando su país desde las sombras, listos para saltar al cuello de los países vecinos. Este pueblo sin estatuas, casi sin recuerdos históricos, que odia la guerra y ama la paz, que prefiere estar quemándose las pestañas en una bibliote-

ca o estudiando en un enorme laboratorio, vive uniformado y con el arma en el brazo por la necesidad física y biológica de subsistir.

En este kibutz israelita he visto a viejos de setenta años trabajar codo a codo junto a muchachos de veinte. Entre ellos encontré a un ex profesor de la Universidad de Concepción, a un abogado de Santiago, a un notario de San Fernando, a una muchacha que estudiaba en la Escuela de Leyes y a un novelista que prefirió colaborar en esta novela colectiva que es su país a escribir una romántica novela subjetiva. Pasé cuarenta y ocho horas en el kibutz trabajando con ellos. Me quemé con el mismo sol, comí en el mismo restorán, limpié las migas de la mesa, me bañé en el lago Tiberíades como un kibutzin más. Me tendí sobre la arena en medio de esas tierras bíblicas e inmemoriales, y nunca me sentí más feliz y más joven que siendo un pequeño grano, un corpúsculo, apenas un glóbulo dentro de esta sangre inmemorial que estaba fabricando una patria con sus propias manos.

Humor judío

No hay nadie en el mundo que se ría más de los judíos que los propios judíos. Los mejores chistes, las más sabrosas anécdotas y las alusiones más punzantes no las oí en Berlín ni en Nueva York, sino en las calles de Tel Aviv y Jerusalén. Los judíos tienen un gran sentido del humor y saben burlarse de ellos mismos mejor que reírse de los demás. Se ríen de su presunta avaricia, se ríen de sus millonarios y le sacan el cuero a sus magnates.

Y entonces se me derrumba otro mito que llevaba desde Chile sobre este pueblo admirable. Había oído desde niño que los judíos eran capaces de comerse los huevos con cáscaras para no desperdiciar absolutamente nada. Que les gustaba, a la luz de una vela vacilante, contar amorosamente las monedas y acariciar los billetes.

No es así. Estos judíos de Israel venidos desde los cuatro puntos del mundo, producto de miles y miles de persecuciones, arrasados casi por Hitler, con diez pa-



rientes —por lo menos— asesinados en las cámaras de gases, sobrinos de las víctimas de Auschwitz y de Dachau, son mucho más generosos que algunos habitantes de ciertos países europeos que hablan todo el día de libertad, igualdad y fraternidad y que practican en cambio en forma celosa la avaricia y acumulan fortuna que transmiten de padres a hijos y de éstos a nietos, sin que se escape una sola moneda fuera de la bolsa.

¿Avaricia?

Estos israelitas que he conocido durante mi breve gira, son mucho más abiertos, desprendidos y derrochadores que las tías solteronas y los notarios de provincia de algunas naciones europeas donde el matrimonio da un suculento negocio y donde el testamento se estudia en la forma más minuciosa y detallada posible como si se tratara de un artículo del Código Civil, para que no se extravíe un franco o un marco de las alforjas de la familia.

Habría que ser poeta para descubrir la lucha heroica de este pueblo contra la falta de agua, contra el desierto, contra las tierras peladas, contra los mares llenos de sal donde no se puede pescar ni navegar, arañando los terrones de tierra y poniendo una pobre capa artificial sobre un campo estéril para que surja un trigo débil y unas cuantas flores raquíticas.

Están rodeados por un anillo de pueblos árabes con el fusil en la mano. Las tuberías petrolíferas que han logrado construir y que corren como culebras bajo tierra, están perpetuamente bajo el peligro de ser bombardeadas por los aviones libaneses, árabes o jordanos. Jerusalén está dividida, igual que Berlín, en dos zonas. Los alambres de púas corren por las calles y las muchachas antes de pintarse los labios y pensar en el matrimonio, tienen que pasar veinte inaguantables meses en el cuartel haciendo maniobras y probando los aviones último modelo.

Otro tipo de judío

Estos judíos que viven en Israel no son los millonarios de Hollywood, ni los dueños de las grandes fábricas, de los inmensos *trusts*, ni de las fabulosas cadenas de diarios. No son esas enormes narices y esos pesados anteojos que hemos visto tantas veces en los noticiarios yanquis cuando surge algún millonario que es dueño de medio Estados Unidos y que lleva un apellido que termina invariablemente en *Berg*, *Baum* o *Stein*.

Estos son los judíos que vinieron de América, del Asia o de Europa sin un centavo en los bolsillos a construir simplemente una gran nación. Borraron su pasado, se cambiaron de nombre, saltaron de un país a otro y están en mangas de camisa trabajando día tras día para levantar una nueva patria.

Balance final

Las casas de Tel Aviv, Jaiffa, Jerusalén, San Juan de Acre, Nazaret y Belén no son casas bonitas sino funcionales para hacerle frente al desierto, al polvo y a la arena. Sus avenidas son prácticas e impersonales. Los grandes edificios son escasos. No hay estatuas en cada esquina, ni derroche de grandes perspectivas, ni fabulosas construcciones urbanísticas. Las sinagogas, los Museos, las Bibliotecas, los Ministerios, los cuarteles, las universidades tienen un sello trágico, triste y solemne. Detrás de ellos se notan las persecuciones, los éxodos, los campos de concentración, las cámaras de gases, el eterno ir y venir del mundo, cruzando todas las fronteras, eternamente perseguidos por un asedio invisible. Aquí no hay tiempo para hacer bellezas ni fiorituras. Este no es un pueblo descansado y sereno que en la paz de la tarde construye palacios y castillos para leer una novela policial a la vacilante luz de una chimenea o para jugar golf o matar elegantemente un ciervo en una cacería. Este es un pueblo que está día a día, minuto a minuto, segundo a segundo luchando contra el desierto para poder subsistir. Sitiados por los cuatro costados, con millones de antepasados asesinados a bala o en las cámaras de gas, están tratando de hacer simplemente una nación.

He visitado una Cámara de Diputados que es más modesta que la Municipalidad de Santiago. He entrado a una Sinagoga en que la luz del sol chorreaba como sangre a través de los cristales. He estado en los Kibutz donde ingenieros brillantes y arquitectos que podrían haber sido millonarios en cualquier parte del mundo están trabajando desde hace cinco años, en *shorts* y en camisa, em-

pujando el arado para arrancar un puñado de riquezas sobre una tierra sedienta. He visto muchachas sin coquetería desfilando bajo un sol de fuego y de la estrella de David sobre la bandera blanca y celeste. He visto a los paracaidistas ensayándose para la próxima contienda. He oído hablar en alemán, francés, inglés, portugués, español, turco, chino, ladino y japonés, y cuando monto en el avión de la Air France que me espera silenciosamente en una esquina del aeródromo, me doy cuenta que estas arenas quemantes y este *simoun* que sopla del desierto, me han conquistado sin querer conquistarme y me han dejado una huella imborrable aquí, en esta zona que está a la izquierda del pecho y que creo vagamente que se llama corazón.

Esa es la sensación que me dejó Israel cuando mi amigo León me tendió la mano por última vez en el aeródromo de Tel Aviv a las ocho de la mañana del día 13 de Julio de 1965.

Camino a Roma

El avión deja Tel Aviv y vuela sobre el viejo Mediterráneo que ahora no está lleno de velas latinas, sino de yates de lujo. No es la hora de Julio César, sino de Onassis. Abajo está Grecia con el Acrópolis brillando bajo el sol como si estuviera hecho de estalagmitas de mármol. Pasa el ojo azul del Adriático y bruscamente a lo lejos, asoma Ciampino que arde como una brasa con un calor de treinta y cinco grados. Se transpira a la llegada. Se transpira en las *vías* y en las *rúas*. Se transpira en las ruinas y a la sombra de las estatuas. Se transpira cerca de la Fontana de Trevi y en las vecindades de ese verdoso queso de Gorgonzola que se llama el Coliseo. Arde la Vía Venetto y la Vía Imperial con sus viejos mapas hechos en tiempo de Mussolini... la expansión de Roma a través de Europa y del mundo. Y en ella transpiro yo mismo hablando con periodistas, políticos, directores de cine, sacerdotes y novelistas, en busca de noticias.

Son sólo cuarenta y ocho horas llenas de informacio-

nes y de datos que anoto rápidamente y que van a continuación.

Vi o me contaron lo siguiente:

Oyendo al Papa

Una tarde de verano de 1965 un hombre bajito, de ojos brillantes, de nariz afilada y de barbilla puntiaguda habló desde el balcón de su palacio junto a la Basílica de San Pedro en Roma. Había cincuenta mil peregrinos en la plaza que le escuchaban respetuosamente. El hombre bajito que hablaba era el Papa. Uno de los peregrinos que le escuchaba en religioso silencio era yo.

Pero lo más importante no era lo que decía el Jefe de la Iglesia, sino lo que daba a entender a través de sus palabras dichas en un italiano musical y dulce.

Había ido a Israel hacía poco a visitar los lugares por los cuales caminó Jesús a la Crucifixión. Estaban cambiando radicalmente las viejas estructuras de la Iglesia. El Concilio Ecuménico estaba reunido en esos precisos momentos. Se anunciaba su próximo viaje a las Naciones Unidas, y había dado a entender que estaba dispuesto a llegar a Polonia, católica y comunista al mismo tiempo, que está más allá de la temida Cortina de Hierro.

El Papa hablaba en forma febril. No era el pastor sereno de otros tiempos, sino un hombre que sabe que hay que aprovechar al máximo los minutos porque en algún punto del horizonte avanza un fantasma que hay que detener por todos los medios.

Dos meses más tarde el mismo Papa hablaba en las Naciones Unidas entre los hombres más importantes de todos los países del mundo y repitió la terrible frase del Presidente Kennedy que sirve de epígrafe a este libro: "O la Humanidad acaba con la guerra o la guerra acaba con la humanidad".

Pero el Papa dijo algo más. Declaró que había que abrir las puertas de las Naciones Unidas a la propia China Comunista y dio a entender en forma dramática y emocionante que el mundo marchaba a pasos acelerados

hacia la más feroz de las contiendas que el hombre ha presenciado.

Medite un poco amigo lector. La Iglesia es el partido político internacional más inteligente, más hábil, más preparado y más zorro que ha tenido el mundo hasta la fecha, organizado a través de todas las naciones, dirigiendo indirectamente la política de muchas de ellas, manejando el gobierno de Italia, España, Alemania, Bélgica y con fuerte influencia en la totalidad de las naciones de centro y sudamérica, decisivo en todos los países que están más acá de la Cortina de Hierro aunque sus gobiernos sean protestantes, o en todo caso no católicos, con influencia decisiva en algunos de los propios países que están dentro de la Cortina de Hierro como el caso de Polonia, controlando la educación en la mayoría de las naciones de raza blanca, con acceso directo a la mujer a través del confesionario, del matrimonio y de los últimos sacramentos, dueña de Bancos, diarios, fábricas, radios, cadenas de televisión y medios de información en todo el mundo, con una experiencia diplomática y política de dos mil años, *tiene* que ser el organismo internacional mejor documentado del mundo, más alerta, más dúctil, más sutil y más sibilino que existe hoy día sobre la tierra.

No es ninguna casualidad que el conservador Disraeli en el siglo pasado para modernizar el partido *tory* y que el bolchevique Lenin cuando organizó el Partido Comunista ruso y la Internacional, se inspiren en las cautas y habilísimas instrucciones de San Iñigo de Loyola.

Pues bien, esta potencia de tonelaje mundial, superior en preparación, habilidad y sentido político a occidentales y orientales, a comunistas y católicos, a blancos y amarillos, que se llama la Iglesia ha dicho por intermedio de su Jefe supremo Paulo VI en forma desesperada, nerviosa y acezante que el mundo está al borde de la guerra.

¿No cree Ud. amigo lector que hay que tomar muy en cuenta lo que ha dicho el Jefe de la cristiandad en una encrucijada decisiva de la historia y sacar las deducciones del caso?

El misterio de Ben Bella

Poco antes de que yo partiera al Oriente cayó Ben Bella. En Chile me tocó la noticia de la misteriosa desaparición del Ché Guevara. Ambos hechos, aparentemente independientes, están ligados entre sí.

El mundo árabe está actualmente con China y no con Rusia. Nasser se entiende mucho mejor con Mao que con Breznev. Ben Bella significaba una carta demasiado independiente que mañana podía colocarse junto a Rusia en un punto estratégico y tan importante como es Argelia. Entonces, por mano ajena, se hizo a un lado a Ben Bella y se colocó a un silencioso coronel como Boumedienne que puede ser más dócil a los mandatos árabes primero y a los chinos después, en la futura disputa con los Estados Unidos, o con Rusia misma.

Pero había otro personaje que también había que eliminar del juego internacional por las buenas o por las malas. Violenta o voluntariamente. Ese personaje era el Ché Guevara, íntimo amigo de Fidel Castro, héroe de la Sierra Maestra, uno de los doce apóstoles que comenzaron la campaña contra Batista, médico argentino nacionalizado cubano, estratega de la revolución, ídolo popular. El Ché era experto en guerrillas y gran admirador de las tácticas de Mao Tse Tung. Fidel —según todos los datos que teníamos a mano— estaba en la misma línea que él.

Pero hace pocos días el misterioso Gromiko hizo una visita a La Habana y esta visita se realizó poco después de la famosa carta de despedida del Ché Guevara a Fidel en la cual le decía que “no quería poner trabas a la revolución y que se iba a otro punto del mundo a luchar por ella”.

Hace seis meses que el Ché Guevara no es visto por ninguna parte. Se ha dicho sobre él que se habría suicidado, que lo habrían asesinado, que estaría luchando en el Perú, que combatiría en Viet Nam, que habría perecido en Santo Domingo, que estaría en China, que habría viajado al Africa o que podría estar enterrado en

un cementerio cualquiera de La Habana. El mismo día que Fidel leyó públicamente por radio la emocionante carta de despedida del Ché Guevara, la esposa de éste (o su viuda), estaba con sus hijos vestida rigurosamente de negro.

¿Golpe espectacular, teatral o de propaganda?

Puede ser. En materia de habilidad, diablura y picardía para engañar a los adversarios, los comunistas son maestros como fueron maestros los nazis durante la última guerra.

Lo importante es que la política de Fidel de mañana, no será la misma que la de hoy. Coqueteaba entre Pekín y Moscú. Tenía poderosos cohetes rusos y recibía la ayuda soviética. Al mismo tiempo contaba y cuenta con expertos agrícolas chinos y con la generosa colaboración del gobierno de Pekín.

Pero —y escuche bien amigo lector— como los hechos se están resolviendo en forma cada vez más rápida y como se están dibujando en forma cada vez más nítida los contornos de los posibles bloques que se enfrentarán en un tiempo muy próximo y que llevarán al mundo a ser cortado por un solo tajo en dos frentes irreconciliables, Rusia con paciencia de araña, va tejiendo su red a través de todo el mundo sin dejarle nada a su suerte, y “arregla” a Fidel Castro para que éste se vea obligado a colocarse en la órbita soviética y se aleje de la influencia china.

Esto lo sabía Fidel hace seis meses. Y también lo sabía el Ché. Fidel es el líder máximo. El ídolo de su país, Fidel no puede desertar, Fidel tiene que estar al pie del cañón le guste o no le guste. Fidel no puede lanzar por la ventana todo lo que ha hecho por la revolución cubana. Pero el Ché sí. El Ché puede cambiar, no de posición, pero sí de decorado y partir a otro punto del mundo, donde se vaya a levantar en los próximos meses la futura guerrilla que será la quinta columna del comunismo mundial ubicada a la retaguardia.

Y allí surgirá algún día cuando comiencen a hablar los cañones.

Lo que significó Goldwater

Goldwater es algo más que un personaje pintoresco que llegó a ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos el año pasado y que logró entusiasmar a la parte más exaltada de la derecha norteamericana que es bastante cercana en el terreno espiritual a los Hitlers suicidas de Berlín y a los Mussolinis fusilados en el norte de Italia.

Su campaña se basó simplemente en el slogan "Hay que hacer la guerra *ahora* para que no tengamos que sufrir la victoria comunista mañana".

Fracasó en la partida porque todos los elementos relativamente progresistas y todos aquellos que querían correr la aventura de una guerra *ahora mismo*, se colocaron, de buenas o malas ganas, detrás del sombrero tejano de Johnson que si no les convenía y entusiasmaba mucho, por lo menos era un mal menor que su violento antagonista.

Pero si Goldwater perdió la campaña presidencial, su línea política se ha ido incorporando lentamente al actual pensionista de la Casa Blanca y yo creo que en el fondo de su fuero íntimo el propio Goldwater celebra en estos momentos la acción de los *marines* en Viet Nam y en Santo Domingo.

¿Qué perdió Goldwater al ser derrotado?

En el fondo nada. El *goldwaterismo* con otro nombre un poco entibado y pasado por agua, es el que está dirigiendo a Estados Unidos en estos momentos.

En el Japón y más tarde en Formosa me dieron a conocer la verdadera razón del por qué había sido eliminado el General Mac Arthur, muerto hace cerca de dos años. Mac Arthur fue partidario, apenas se rindió el Japón en 1945, de frenar a Stalin y sobre todo a Mao Tse Tung que en esos momentos *todavía* podía ser detenido. Mao dominaba el norte y tenía unas guerrillas malamente armadas, sin cañones, tanques, ni aviones.

Chiang Kai Shek había sido uno de los Cuatro Grandes de la Segunda Guerra y podía ser vitalizado con ar-

mas y dólares norteamericanos. Si se dejaba libre a Stalin, no sólo ganaba Rusia, sino que toda la China sería comunizada como efectivamente ocurrió. Ni Roosevelt ni Truman entendieron la vasta maniobra. Roosevelt tenía una especie de complejo ante Stalin y además sabía que sus días estaban contados y no creyó nunca que el silencioso jefe ruso fuera tan hábil, tan genialmente buen político y tan frío estratega. Consideró siempre a Rusia como un país que aunque había resultado vencedor por la ayuda de los aliados, estaba desangrado por dentro por los tres terribles años de guerra con los alemanes.

Roosevelt no se dio cuenta de que Stalin tenía una fabulosa retaguardia que podía ser puesta en marcha algún día y que se llamaba China. Si Estados Unidos armaba a Chiang Kai Shek, lo ponía en pie de guerra y lo ayudaba en todo sentido, éste habría avanzado desde el sur hacia el norte, habría pulverizado a las guerrillas de Mao y esa China pro yanqui (que hoy no existe), habría sido una aliada efectiva de Estados Unidos en la gran contienda que ya se estaba perfilando entre Occidente y Oriente.

Hoy China, que comenzó como aliada de Rusia, se ha independizado y actúa contra su ex ídolo con un comunismo integral que ya no se puede discutir. El socialismo satisfecho, un poco burgués, evolucionista y liberal de la URSS, no tiene nada que ver con una raza amarilla puesta en marcha y armada hasta los dientes como es actualmente el país que dirige Mao y que mañana dirigirá seguramente Chou En Lai.

Para bien o para mal, no fue Mac Arthur el que se equivocó. Los que se equivocaron fueron dos Presidentes de Estados Unidos.

Y ahora el mundo está pagando su error.

¿Qué queda de los nazis?

Teóricamente los nazis están liquidados y los criminales de guerra han muerto colgados en las siniestras horcas de Nuremberg hace algunos años. Los rusos han

declarado en forma oficial que varios médicos han analizado los restos calcinados de la dentadura de Hitler y que el dictador nazi está técnicamente muerto.

Mussolini fue fusilado por el Coronel Valerio y luego colgado cabeza abajo en la plaza de Milán. Los fascistas japoneses fueron barridos por los norteamericanos con las bombas atómicas sobre Nagasaki e Hiroshima. Franco ha ido cambiando insensiblemente de órbita y de bando, y después de haber usado los aviones italianos de Mussolini y la Legión Cóndor de Hitler durante los días de la Revolución del 36 al 39, se negó ir a la guerra junto a los nazis en la histórica entrevista de Hendaya que hizo decir a Hitler la famosa y amarga frase: "Prefiero que me saquen cinco muelas antes que volver a hablar con este hombre".

Los innumerables grupos nazis que había en el mundo y colaboraron directamente con Hitler y Mussolini en la última contienda junto al Eje, han sido disueltos. Los falangistas españoles, los rexistas belgas, los grupos de Doriot, de Diat, de Laval y del propio Mariscal Petain en Francia, la Guardia de Hierro de Codreanu en Rumania, los caricaturescos fascistas ingleses que seguían a Mosley y los nazistas holandeses, húngaros, griegos o de cualquier otro país, han desaparecido teóricamente del mapa.

Y digo teóricamente, porque el nacismo está latente y vive dormido, pero no muerto, en Europa y en el Asia. No es ninguna casualidad que no haya aparecido Martín Bormann ni vivo ni muerto hasta la fecha a pesar de que se repite en Europa que estaría en Paraguay, en Argentina o en Chile. Tampoco es una simple casualidad que Von Papen, criminal de dos guerras por falta de una, esté perfectamente vivo y coleando y que yo lo haya visto y oído en Madrid dar una conferencia sin que las Embajadas norteamericana, inglesa, francesa o alemana hayan dicho una sola palabra y menos se lo haya impedido el Gobierno español.

Otto Skorzeny, que se raptó a Mussolini en los días finales de la última guerra, vive perfectamente tranquilo

en la capital de España y hay innumerables jefes tanto italianos como alemanes que hacen una vida anónima, pero libre, en diversas capitales de Europa, y sobre todo de América.

Los mismos millonarios y jefes de la Banca y de la Industria que financiaron el movimiento de Hitler en los primeros tiempos y que más tarde lograron zafarse de la horca de Nuremberg, están vivos en Alemania y ejercen un extraordinario poder económico a través de los diarios, de la radio, de la industria y de la economía más fuerte e importante del país. Los aliados han tenido buen cuidado de no tocarlos.

Hay cientos de fascistas italianos que mandaron desmanchar rápidamente su camisa negra y se colocaron el frac demócrata cristiano italiano con la bendición de los "signores" Saragat y Fanfani. Hay grupos militarizados en el Japón a los cuales les falta únicamente la bandera y el slogan para desfilar por las calles de Tokio como en los días anteriores a Pearl Harbour, y en Alemania hay cien mil técnicos atómicos que trabajan febrilmente para estar listos el día de mañana y constituir la vanguardia occidental pro yanqui en el centro de Europa que actuará contra China en caso de guerra. Los aislacionistas norteamericanos con su lema "América Primero" y que fueron generosamente financiados por Alemania en los días anteriores a la intervención de EE. UU. en la última guerra, según cuenta con pelos y señales William Shire en su libro "Auge y Caída del III Reich", fueron los que apoyaron a Eisenhower primero, atacaron a Kennedy después, levantaron la bandera de Goldwater y actualmente forman el ala derecha que se siente perfectamente satisfecha con la agresiva política del Presidente Johnson en Asia, en Cuba y en Santo Domingo.

El fascismo no ha muerto sino aparentemente, pero está listo para surgir en el momento oportuno y sacarse violentamente la careta que luce en estos idílicos y apacibles tiempos de paz en que existe un gobierno demócrata cristiano de centro en Italia, uno demócrata cristiano de derecha en Alemania y en que el Japón todavía no

ha comenzado a afilar las garras, con un pasado a la espalda demasiado reciente como para ser olvidado.

También de esto tomé nota en mi rápido viaje por el Asia y por Europa y es lo mismo que sostienen los columnistas más importantes de los diarios en forma pública, y los políticos decisivos y más destacados en forma privada y lejos de los oídos alertas de la prensa.

Hay que sumar estos antecedentes para irse formando un cuadro de cómo se van colocando hábilmente las piezas del ajedrez en el tablero para el jaque final que veremos a lo mejor dentro de muy poco.

¿Y la muerte de Kennedy?

Después de dos años del asesinato de Kennedy se mantiene aún el misterio de su muerte envuelto en sombras. En París encontré más de cuarenta y tantos libros sobre el apasionante tema y la pregunta de quién fue la mano que disparó la carabina en la trágica ciudad de Dallas. En los círculos periodísticos, tanto en Europa como en Asia, se discute en todos los tonos quién y sobre todo, *quiénes* habrían preparado la muerte del joven Presidente, y la conclusión —sin pruebas concretas hasta la fecha— es que la ultraderecha norteamericana, dueña de trusts, cartels, cadenas de radio, diarios y televisión, los círculos más reaccionarios del Partido Republicano y de la Banca habrían tenido vivo interés en eliminar al joven Presidente como primer paso para iniciar una política de *big stick* (palo duro) en el Gobierno norteamericano.

Las deducciones son bien claras: Kennedy estaba realizando una política progresista y de coexistencia pacífica. Esa política no le convenía en lo más mínimo a los círculos ultrarreaccionarios y, sobre todo, a los fabricantes de armamentos que hacen su mejor negocio con la preparación de la guerra.

Kennedy estaba ensayando también una política de amistad y tolerancia hacia los negros, hecho que no podía caer bien en lo más mínimo a los círculos racistas más

exaltados de un país que en 1965 tiene todavía una organización incurablemente fascista como es el Ku Klux Klan. El joven Presidente quería mantener relaciones de amistad con Rusia y no llegar al terreno bélico por el que se estaba deslizando el mundo en forma cada vez más rápida y sangrienta en Viet Nam, Santo Domingo, Cuba y otros puntos.

En una palabra, el Mandatario asesinado era inconveniente para los altos intereses de determinados círculos que veían en su desaparición y en su reemplazo por otro hombre más manejable, la primera etapa de una gran ofensiva contra Rusia y sobre todo contra China en todos los frentes.

Y, a pesar de que no se dice, se insinúa en voz baja que la caída de un hombre como Kennedy fue fatal, no sólo para Estados Unidos, sino para la causa de la paz abriendo al mismo tiempo las puertas al más feroz racismo, al más trasnochado fascismo y al más incurable colonialismo que el mundo haya conocido.

Todos los periodistas con los que conversé en doce capitales del mundo, coinciden en un punto: con Kennedy vivo no habría habido Viet Nam, ni Santo Domingo y lo que es más grave, no estaríamos caminando cada vez con paso más acelerado hacia la próxima contienda.

Su cadáver puede ser el punto inicial de una montaña de cadáveres.

De nuevo en París

El año pasado estuve en París por esta misma fecha, el 14 de Julio cuando De Gaulle tenía que despedirse de Frei que había estado seis días en Francia.

El mismo París en verano sin franceses, pero lleno de turistas. La misma ciudad que nadie pintara mejor que el viejo Utrillo y que me recibió como un viejo amigo al final de la jornada que me estaba esperando con una copa de perfumado vino en la mano.

Orly, los alrededores, los nuevos edificios de departamentos de todos colores, las carreteras aéreas, los ca-



DAMM
66

minos que conducen a Versalles, los barrios bajos, los primeros policías dirigiendo el tráfico, las primeras muchachas dirigiendo su vida, los primeros bohemios con la pipa colgada entre los labios bajo las enormes boinas, los estudiantes con anteojos, las estatuas, los palacios, los monumentos, los museos, los grandes boulevares, las anchas avenidas, la delgada arteria azul del Sena, los grandes puentes llenos de luces y de relámpagos, esa esquelética amiga mía que se llama la Torre de Eiffel, las delicadas nubes de este estío que pesan sobre la ciudad y dejan caer de vez en cuando algunas gotas débiles sobre Francia.

Las *concierges*, las buhardillas de los edificios, los cafés, los restaurantes, las Catedrales, las capillas y esos existencialistas que pasan por la calle barbones y en mangas de camisa y que son únicamente de aquí.

Tengo que cerrar con cuatro llaves el pecho para que el corazón no salte y brinque porque estoy de nuevo en *mis* calles, en *mis* paseos, en *mis* jardines y absorbo de nuevo el aire liviano, exacto y clásico. De nuevo la gente es tan inteligente en las esquinas, que hasta Dios se sienta en las mesas de los restaurantes para oírla conversar. Estoy de nuevo en esta tierra dorada que está al final de todos los caminos y que nadie sabe por qué me espera cada año al pie de una escalerilla de un avión.

Y como un muchacho de pantalones cortos con un globo en la mano, camino alegre y feliz por estas avenidas en las cuales me encuentro a mí mismo con un tomo de la Historia de Francia en una mano y la espada de D'Artagnan en la otra.

En el legendario Chez Popoff

En la pequeña Rue de la Huchette, que corre a veinte metros escasos del Sena, en pleno *Boul Miche*, está el cuartel general de la bohemia mundial. No se trata de la bohemia intelectual de Montparnasse. Ni de los barbudos de Saint Germain de Prés que andan en busca de la huella de Sartre o de Simone de Beauvoir, ni de los

últimos pintores que explotan hábilmente el turismo y que pueblan la colina de Montmartre, sino la última palabra de la más desesperada, pobre e industrializada página que no alcanzó a conocer Murguer para ponerla en sus "Escenas de bohemia".

Aquí está el melenuado único en el mundo que se lava una vez al mes; la niña que parece hombre y el hombre que parece mujer; la sueca que vino en busca de amantes y de romances; el músico pobre que canta en la calle para conseguirse unos magros francos que no le alcanzan ni para comer lo más indispensable; el negro que se siente motivo de dibujo o de cuadro y que transpira betún; la americana de buena familia que quiere vivir su vida en alguna buhardilla miserable antes de casarse con un millonario de Chicago o de Cincinatti; la inglesita triste que tiene color manteca rancia y unos ojos de pájaro desesperado; el alemán gordo y solemne que se peinó la última vez poco después de la última guerra, y en general, la vasta fauna de los poetas que no escriben, los pintores que no pintan, y los autores de teatro que jamás se han sentado frente a unas carillas para iniciar una comedia.

Este submundo, producto típico de los escombros de la última contienda, consume marihuana, opio y coca en las tardes mientras unos turistas técnicamente bobos e ingenuos los miran, los fotografían, los entrevistan, les piden autógrafos y se regresan a sus respectivos países creyendo que esto es realmente París.

Un loco que se creía Víctor Hugo

La frase no es mía, sino de Cocteau. El fue el que dijo: "Víctor Hugo era un loco que se creía Víctor Hugo". Y es verdad.

Toda la pompa imperial del siglo pasado está en los poemas, en las novelas y sobre todo en los admirables dibujos del padre de "El jorobado de Notre Dame". Tenía la manía de lo grandioso y de lo sonoro. Parecía un tenor de ópera que diera un do de pecho cada vez que abría los labios.

Y esto está vivo aún en la vieja Place de Vosgues (que fue el paseo predilecto de la Corte en la época de los mosqueteros y de Luis XIII). Allí asoma la casita en que vivió diez años antes de partir hacia el destierro. Allí escribió la mayoría de sus novelas y de sus poemas eternos y allí preparó hábilmente la candidatura de Luis Napoleón Bonaparte que, andando los años, iba a ser el más terrible y tenaz de sus enemigos y al que él mismo bautizara para siempre con la despectiva expresión "Napoleón le Petit".

La casita tiene cinco pisos, que se suben angustiosamente con una temperatura de 36 grados en este terrible verano de 1965, en un París que ha batido los records de calor, lluvia y frío casi al mismo tiempo.

Pero lo notable no son las estatuas, los muebles, y el lecho en que cerró los ojos, sino sus dibujos; Hugo, que además de poeta y novelista, fue político y que llegó a ser Par de Francia en la época anterior a Napoleón III, era un estupendo dibujante y un pintor de primera línea. No se trata de la labor vacilante de un *snob* ni de un aficionado, sino de un verdadero maestro que a ratos recuerda al propio Rembrandt. Usa el ocre y el negro, maneja la acuarela y el óleo, y tiene esa misma técnica dramática y un poco trágica del gran maestro del Renacimiento, y sus calles, sus ciudades, sus casas perdidas en la niebla, sus valles y colinas, sus montañas y sus mares, alcanzan una majestad que sólo se puede encontrar en las mejores salas del Louvre o del Prado de Madrid.

Sí. En realidad, Hugo fue genial en todos los aspectos. Comenzó conservador y terminó como defensor de los perseguidos de la Comuna de 1871 que se refugian en Bélgica después de la despiadada persecución de ese gordito implacable que se llamó Monsieur Thiers. Pero, antes que nada, fue un estupendo dibujante que habría brillado en la época de Degas y de Manet con relieves totalmente propios.

Esta es la lección que me llevo prendida a la memoria al dejar la emocionante casita de la plaza más linda del mundo y que es la joya del Marais de París.

A la busca de Marcel Proust

Nunca ha estado más lánguido y lejano el autor de "A la sombra de las muchachas en flor", que en la exposición que se realiza actualmente en la vieja Biblioteca Nacional y en la cual se han reunido todos sus recuerdos.

Es emocionante ver sus fotos de niño, las de adolescente y de muchacho, y más tarde, la de caballero de la típica *Belle Epoque*. Están los manuscritos de sus novelas y sus cartas. Hay trajes que tienen por lo menos 80 años y las terribles correcciones de sus obras que son más desesperantes que las del propio Balzac, que era célebre por el arte de hacer veinte veces de nuevo cada novela y cada relato.

En esta materia, Proust era un verdadero enfermo de perfección. No le bastaba con tachar el manuscrito, sino que le agregaba papeles y más papeles que pegaba con goma en los ángulos de la carilla escrita. Y no sólo eso. Llegaba angustiado hasta la imprenta a ver los últimos detalles y no quedaba jamás satisfecho. Estaba seguro de que siempre faltaba o sobraba algo y buscaba el matiz exacto y la palabra precisa para llegar al giro justo y que despertara la emoción que pretendía reflejar.

Balzac, a su lado, era un principiante en la manía de corrección llevada hasta el último extremo. Yo me imagino el drama de los pobres linotipistas y de los correctores de pruebas de su época. No hay una línea completa ni una frase totalmente indemne del fanatismo de la perfección llevado al máximo. Marcel Proust no dejaba nada al azar. Todo tenía que ser leído diez y hasta veinte veces y no quedaba nunca contento...

Todo esto está en la penumbra de la sala de la Biblioteca Nacional, que una masa de admiradores fanáticos recorre con el alma en vilo. Aquí está la atmósfera de "A la busca del tiempo perdido" y el alma de los Guermantes. Aquí asoman las muchachas en flor y las inolvidables tías del Faubourg Saint Germain en la época anterior a la Primera Guerra Mundial. Y un perfume lento y netamente proustiano se desprende de estos vie-

jos papeles amarillentos y de estas fotos detrás de las cuales late la palabra "tiempo" enfocado de una manera única en la historia de la literatura universal.

París y los pintores chilenos

Me tocó ver la Exposición Latinoamericana de Pintura y Escultura en París. Y el papel que juega la gente nuestra junto al Sena, con el pincel o el buril en la mano.

Es de primera línea.

Desde luego, el comisario era Iván Contreras que hace cinco años que vive en París y que se casó con una sueca. Me muestra uno de sus cuadros. Se trata de una obra en movimiento en que la quietud clásica del arte ha sido reemplazada por esta otra técnica que hace que la obra se mueva, se agite, vibre y palpите frente al espectador. Son tres rectángulos llenos de ventanitas y colocados paralelamente a breve distancia. Basta empujarlos levemente con el dedo para que comiencen a vivir y den la sensación de un pequeño rascacielos en movimiento. La impresión es maravillosa. La obra de arte vive de otra manera y le comunica su vibración al que la mira. Los argentinos han llegado más lejos aún. Son los reyes de un arte que tiene que ver más con los tornillos, las ampolletas, los cables y la electricidad, que con la paleta o los tubos de colores. Son los magos de un mundo que baila, se agita, sube y baja, brilla y danza en medio de la penumbra del Museo de Arte Moderno. Me recordó a Tokio y Nueva York de noche, pero con una elegancia a la que no han llegado aún los vendedores de Coca Cola ni de los TV baratos y prácticos.

El chileno Eugenio Téllez (hijo de Jorge y que tiene un inolvidable taller en la Rue de la Gran Chumiere, cerca de la estatua de Balzac, de Rodín), presenta tres cuadros inmensos, de una fuerza y de una potencia extraordinarias. Se nota que el muchacho (no llega aún a los treinta años...) va rápidamente hacia arriba y llegará a ser uno de los grandes valores, más que chilenos, americanos.

Cierra la lista la piedra de Marta Colvin, que vive del rictus y la mueca. Su material aparentemente fijo, se agita y estremece su dura y lenta piel.

En una palabra, tres chilenos que le dan lustre a su país cerca de las melancólicas aguas del Sena. Y eso que no hablamos de Roberto Mata (Matás, a la francesa), que es el maestro indiscutible de la pintura moderna y que trabaja febrilmente con la misma facilidad en su casita del Boulevard Saint Germain, frente a la estatua de Diderot, o a la sombra de los familiares rascacielos de Nueva York.

¿Y cómo son? Sencillos, naturales, sin la pedantería incurable de ciertos snobs nuestros que no han salido más allá del Mapocho.

Y ellos están triunfando en el corazón mismo del mundo. Y no mandan un recadito pleno de farsantería ni piden un parrafito de dos columnas, sino que se limitan a trabajar.

Una nueva moda: el "happening"

París está siempre *a la page*. Es la ciudad que dicta la última moda y donde se pinta siempre y en todo momento el cuadro más audaz de la pintura mundial.

Pero esto lo quiebra y lo supera la nueva manía de la gente joven de esta ciudad única en el globo, en que lo nuevo parece viejo. Y el último alarido de la audacia resulta ya *demodé* y casi académico.

Esto es justamente el "happening". Se hace generalmente en un bar de mala muerte, en un galpón o en un teatrillo *snob* que funciona en un barracón de pésima fama.

La otra tarde me tocó justamente asistir a uno. Lo básico es que se trata de un teatro sin libreto e improvisado desde la primera hasta la última escena. Los poetas recitan lo que se les da la gana; los bailarines danzan, los novelistas leen trozos inventados de futuras novelas; los gimnastas brincan y el clima es parecido al de un circo trágico y *degoutant* como diría un viejo habitante de París, que provoca asco y náuseas.

Una muchacha se desnuda en escena y realiza posturas lúbricas con un crucifijo. O un muchacho mata a golpes de hacha a unos pobres pollos auténticos recién comprados en el mercado vecino, un viejo se llena de sangre el vientre desnudo, y finalmente la troupe entera se pone a tomar vino desesperadamente hasta caer borracha en escena.

¿Y qué dice el público?

El público, que está formado por el último turista americano recién llegado que quiere ver "cosas nuevas", que no se divisan en Nueva York, la solterona inglesa, el pederasta sueco, el escritor sudamericano, el millonario yanqui, la chica histérica que huyó de la falda materna en Italia, todos, en una palabra, pagan y estallan de histeria ante este "asco organizado" que es la rúbrica exacta de un submundo devorado por una especie de sífilis mental.

Los españoles se toman la Avenue Wagram

Este es otro de los misterios de París. En Francia vive más de un millón de españoles que pelearon heroicamente en la Guerra Civil y que tuvieron que salir del país cuando Franco llegó a la frontera. Son los mismos que lucharon en el *maquis* y que entraron antes que nadie en la capital francesa con el general Leclerc. Los mismos que pusieron la bandera tricolor en las torres de Notre Dame antes que nadie y que fueron los héroes de la Resistencia.

Son los que frecuentan el Café Select en Montparnasse y que trabajan en todos los oficios imaginables, añorando la Puerta del Sol y el aire que viene de la Sierra de Guadarrama. Los que abren librerías en la rue Monsieur le Prince y que tienen editoriales de primera línea. Los que trabajan como *concierges* o como obreros, y que dieron clase de coraje en los días de sangre de la última guerra.

Pues bien, los domingos en la mañana "se toman" París de nuevo como en los días de agosto de 1944. En la

Avenue Wagram, que nace como un riachuelo hecho de majestad y de piedra, del Arco de Triunfo, se reúnen a hablar en castellano, a pedir cervezas en español, a picar gambas al ajillo y a probar los mejores y más evocativos jereces que atraviesan por un vericuetto de los Pirineos.

La otra mañana, en compañía de Alfredo Renard —que se conoce mejor París que el propio General De Gaulle— llegamos a la Avenue Wagram a sentirnos caminando de nuevo cerca de las Cibeles y de la fuente de Neptuno.

Por milagro se habían acabado los franceses y se escuchaba la vieja lengua de Cervantes con la misma tumultuosa vitalidad que cerca de ese pozo de sombra y de imperial grandeza que se llama la Plaza Mayor.

Y por un momento viajamos y salimos de Francia, atravesamos la frontera y aterrizamos en Barajas con sólo sacar alegremente la cabeza fuera del Metro, bajo un cielo perfectamente cartesiano y francés, pero pintado con legítima pintura española que venía directamente de las mejores salas del Prado.

El fascismo sólo queda en las murallas

Me tocó ver en los Metro de París una serie de frases escritas con tiza o pintura que muestran otra cara secreta de la Francia actual. No hay nada que indique más claro lo que piensa en el fondo una parte del pueblo, por lo menos, que esta literatura política improvisada y que estas breves anotaciones hechas al pasar a falta de prensa, de radio y de otros elementos técnicos más adecuados y cómodos.

Leo, por ejemplo:

—“Mueran los negros”. “Los negros son la sífilis de Francia”. “Argelia tendrá que volver a ser francesa”. “De Gaulle debe pasar a retiro”. “Volveremos a Indochina”. “Preocupémonos menos de los demás, y más de Francia”. “De Gaulle a la Lanterne”, etc.

¿Quién los escribe? El fascismo que está dividido en varias fracciones, pero que es muy activo. Son los mu-

chachos de la Jeune Nation, los veteranos de la guerra de Indochina y de Argelia, los últimos vestigios de la terrible OAS que aún trabaja en la sombra con todos sus jefes presos, perseguidos o en el exilio, los ex Camelots de Roi que aún sueñan ingenuamente con la vuelta de un Rey que tendría que ser el alegre y deportivo Conde de París, los ultraderechistas que le alfombraron el camino a De Gaulle y que luego fueron despedidos por éste sin la menor diplomacia, los exaltados que tratan de levantar el fantasma de Petain que ha vuelto a surgir en la carátula de las revistas y del cual se habla como si estuviera vivo aún, etc.

En general es la gente que está detrás de Tixier de Vignacourt, el célebre abogado de los militares de la OAS que será candidato de la extrema derecha francesa en la próxima elección presidencial de fines de año. Pero no tienen la menor chance. Si les sobra pintura, tiza y audacia para actuar en la calle, no tienen la menor posibilidad de triunfar y les guste o no, el anciano general seguirá en el Elíseo hasta donde la salud le alcance.

Y el fascismo galo se quedará con los crespos elegantemente hechos.

¿Cómo está De Gaulle?

La última vez que lo vi fue en Chile. Ahora lo divisé el 14 de julio, a la pasada para asistir al desfile Militar de los Campos Elíseos y me pareció que los años le habían hecho mella.

Se le ve excesivamente canoso y lento. Se le descubren *tics* nerviosos, y se le nota fatigado y con la carne suelta. Habla con la misma voz lenta y grave que le produce tan buena impresión al ciudadano corriente y especialmente a la concierge, al veterano de las dos últimas guerras y al hombre común. Pero con sus 77 años está todavía al pie del cañón como nunca. Lo oí hablar. Lo vi a la pasada con la mano en el quepis, lo analicé largamente en la TV, y más tarde recogí el testimonio de gente de todos lados que le sigue la pista física hasta en los menores detalles.

Pero naturalmente hay un hecho fatal. De Gaulle tendrá que morir —desgraciadamente— algún día. ¿Y quién lo reemplazará? El nombre está a la vista: Pompidou, actual Premier, de 60 años únicamente, (muy joven para Francia, que usa generalmente ancianos en los puestos claves), y que es la figura número dos del degaullismo militante. En caso de faltar el General, será el Primer Ministro el que tome el timón.

Pero Pompidou no es De Gaulle. Ni nadie es De Gaulle. Hay un estilo único, una manera de ser, una postura exterior, una grandeza indiscutible, una armonía entre el pasado y el porvenir, un juego de gran estilo, una capacidad de estadista más que de político, que no tiene doble en la Francia actual.

Y el día que falte el anciano General, Francia perderá al mejor y más discutido, pero más genial de sus hijos de los últimos tiempos y que está a la altura de los grandes constructores de la nación en el pasado.

Y Francia, la extraordinaria Francia actual, derrotada y ocupada en la última guerra, pero potencia de primera línea en estos momentos dentro del cuadro europeo, dejará de ser la misma que tengo a la vista mientras escribo estas líneas, con la cúpula de los Inválidos a través de la ventana y el recuerdo del Gran Corso a dos cuadras de distancia.

Así se vigila su vida

El General ha sufrido hasta la fecha ocho atentados terroristas. La OAS no existe con la violencia y la potencia de hace tres años, pero opera aún aisladamente. Hace muy poco que el General escapó por puntos. Durante su visita a México viajó con cota de malla. En Chile le conocimos a los "gorilas" galos. En la propia Embajada de Francia en Santiago yo mismo fuí protagonista de un incidente por haber tratado de tomarle una fotografía de cerca al anciano General. La policía especializada que vigila día y noche la preciosa existencia de *Monsieur le President*, no se anda con chicas y golpea duramente. En

Buenos Aires, en la Plaza Francia, cuando llegó el General la policía argentina cargó contra la masa y hubo bombas y petardos. La guardia secreta de De Gaulle tuvo que actuar sobre la marcha. No hay que olvidar que una serie de elementos fundamentales de la OAS está en América y que el propio Bidault vive en Brasil.

Por eso no tiene nada de raro que en la Embajada de Chile durante la visita de Frei a París (como en todos los actos oficiales), se tomaran las medidas del caso. Se colocó policía en los edificios vecinos de La Motte Picquet y de la Latour Maubourg y se estudió estratégicamente el terreno para hacer frente a posibles sorpresas. Fue estudiada cada persona que asistía a la comida que ofreció el Presidente de Chile a su colega francés, la ubicación de las ventanas, la colocación en la mesa, las entradas a la casa de Chile, se chequearon los autos, etc.

En una palabra, se montó un aparato policial perfecto en la mansión nuestra en París para vigilar la vida del Jefe máximo del Estado en las dos horas que duró el banquete que le ofrecimos a escasa distancia de la tumba de Napoleón y al frente de la pequeña, pero emocionante Place "Santiago du Chili".

Y estas mismas medidas se tomaron, naturalmente, a la llegada de Frei a Orly, a su arribo al Elíseo, en las entrevistas privadas de ambos Mandatarios, en la "Gala" de la Opera, etc...

Y se explica, perfectamente, porque los asesinos y fanáticos de la OAS no duermen y pueden usar cualquier pretexto de exhibición pública del General, para apretar los siniestros gatillos de sus metralletas.

Lo que cuesta vivir en París

Me imagino que les interesa a los chilenos, y sobre todo a esas chilenas que tienen deseos de saltar a un avión o montar en barco, saber cuanto cuesta vivir actualmente junto al Sena.

Este París no es el mismo que dejé hace sólo un año. Lo mismo ocurre con la España, superbarata de hace sólo tres, y que ahora ha trepado algunos escalones.

En París hay que pensar de partida en que nos veremos obligados a multiplicar por cuatro o por más. Un cine de estreno vale nueve veces lo que cuesta en Chile. Un cine de barrio, tres veces por lo menos. Una comida corriente, el doble. Un traje, tres veces más. El autobús en la carrera más corta, cuesta casi seis veces lo que vale en nuestro país. No hablemos de los restaurantes de lujo y de las *caves* que están dedicadas a los snobs y a los turistas. Los precios son sencillamente prohibitivos.

Yo venía del Japón que tiene fama de ser lo más caro del oriente.

Esto es más. Hay que vivir pensando que cada franco nuevo (cien de los antiguos) equivale más o menos un Escudo. Un desayuno, en el café de la esquina, con un pancito, vale por lo menos un par de francos. El diario vale tres veces el precio de Santiago. Y el teatro, la ópera, el cabaret de lujo, el viaje en tren y hasta el más modesto de los placeres que están aparentemente más al alcance de la mano, tienen un fúnebre y trágico signo cuatro para los que vivimos cerca del Mapocho.

Claro que hay una cosa. Y una cosa fundamental. El aire, el clima poético, la atmósfera histórica, el ambiente de esta ciudad, es impagable

Y total y definitivamente gratis.

Y con eso basta.

En el islote de Monsieur Balzac

En pleno Passy está una de las casitas que ocupó en su andariega vida el autor de "Pére Goriot". Hay que bajar hasta un parque solitario y caminar a través de jardines en sombra que estarían perfectos en el mejor poema de Verlaine. Tiene toda la poesía de la campiña francesa, pero en el barrio más aristocrático y elegante de París.

Allí están sus bustos, su mesa de trabajo, los muñequitos que él mismo hacía para que le sirvieran de ayuda memoria y recordar los personajes que salían en tropel de su portentosa imaginación de la que se dijo, con



razón, que le hacía competencia al Registro Civil. Están sus batas, sus hábitos de benedictino, sus plumas y sus tinteros, sus sellos, las cartas de amor a Madame Hanska, los manuscritos corregidos miles de veces y las galeras que más parecían jeroglíficos, sus cuentas de hoteles y, lo que es más trágico e indignante, los documentos policiales y las órdenes de embargo de sus innumerables acreedores. Balzac vivió con el fantasma de la palabra deuda flotando sobre su gigantesca cabeza. Lo persiguieron enconadamente. Y de allí, de sus propios perseguidores, extrajo el fabuloso material de esa selva inmortal de sus personajes. Allí están los avaros, los prestamistas, las tías solteronas, las pálidas novias de provincia, los arribistas, los viejos veteranos de las guerras de Napoleón, los periodistas sensacionalistas, los cazadores de dotes, los viejos casamenteros y las ancianas aristocráticas que vivían con la obsesión de los títulos nobiliarios. Está en una palabra, esa página de honor de la literatura mundial que se llamó "La Comedia Humana".

Y en el jardín en sombras, a la hora de la caída de la tarde con el débil sol de París asomado a través de las ventanas, parece que es el propio Balzac, en bata, el que me va a dejar hasta la puerta y me da su rechoncha y transpirada mano, para volver a sentarse a meditar en la vieja mesita en la cual lo espera el perfil de la propia Cousine Bete.

Entre Gambetta, Rochefort y Baudelaire

París es la ciudad que tiene los rincones más emocionantes del mundo y donde la historia camina por la calle como un flic cualquiera.

Pruebas al canto. La otra tarde, con Alfredo Renard y Cucho Picó llegamos hasta el Café "Le Madrid" en los grandes boulevares y cerca de la Porte Saint Dennis. El café lo fundó hace un siglo un español listo y rápido que supo aprovechar que su país se había puesto de moda en Francia con el matrimonio de Eugenia de Montijo (el mejor busto de su época) con el triste y sombrío Napoleón III.

Y allí está el café. Y le sobra la historia. La vieja y la nueva. Me siento y pido un cognac en la mesita de Gambetta, enciendo un pitillo en los viejos sillones de peluche rojo de Baudelaire y, finalmente, escribo un par de carillas emocionadas a mi mujer en el mismo mantel que usaba hace cien años el mejor periodista de la época del Segundo Imperio, el genial Henri de Rochefort.

El resto del local ha cambiado y se ha hecho moderno, pero el nieto del antiguo dueño, que demuestra tener tanto olfato como su abuelo, ha dejado este rincón, esta especie de nostálgico islote, con las mismas mesas, los mismos sillones *capitoné* y los mismos faroles a gas que tenía en la época de las "Leonas", de la Castiglione y la Paiva, de las últimas cargas de Sedán y los primeros resplandores de la Comuna.

Y eso no es nada. A la entrada del café, que ahora luce una insolente comodidad yanqui, que nada tiene que ver con el perfume de la Belle Epoque, está la misma bicicleta que inauguró oficialmente la primera "Tour de France".

Como ustedes ven, sobran los recuerdos y se explica perfectamente que un enfermo de cariño al pasado y, concretamente a París, como yo, se haya emocionado en este pequeño riachuelo del siglo pasado en el que camina tan suelta de cuerpo esa vieja dama que se llama simplemente, la Historia.

Y que me haya tomado una copita entre un par de discursos de Gambetta, unos versos de Baudelaire y unos artículos con la tinta fresca aún de esa barbilla mosquetil que se llamó Rochefort.

Con el fantasma de Wilde en el Fiacre

Está cerca del Metro Sevres Babylone, en pleno corazón de París y camino a Montparnasse.

Me recuerdo una página de Jean Cocteau en su libro "Dessins", que se llama "Los malos lugares".

Esto le habría encantado a Wilde, a Proust, a Gide, a Platón y a los "mignons" de Enrique II de Francia. Esta

es la tierra del Tercer Sexo y seguramente del Cuarto. Son una serie de muchachos que ondulan por la calle, se dejan caer coquetamente sobre las sillas, mueven las caderas, "ligan", se toman de la mano y piden tragos a gritos. O más bien dicho a grititos débiles y pueriles que recuerdan a una fina y delicada alumna de las Monjas Francesas en Chile.

Todos usan la misma tenida: pantalones ceñidos, chaqueta coquetona, pelo largo y ondulado y un color especial sobre la piel que indudablemente se debe a afeites y a cremas de la más próxima de las tiendas de lujo.

¿Son artistas? No señor. No se trata de genios incomprendidos, ni de poetas en potencia o de autores por consagrar. Ni de franceses siquiera. Son alemanes, ingleses, suecos, americanos, etc., que juegan por el equipo opuesto y que tienen la pérfida y coqueta delicadeza de una muchacha de 17 años con la voz de un cargador de puerto.

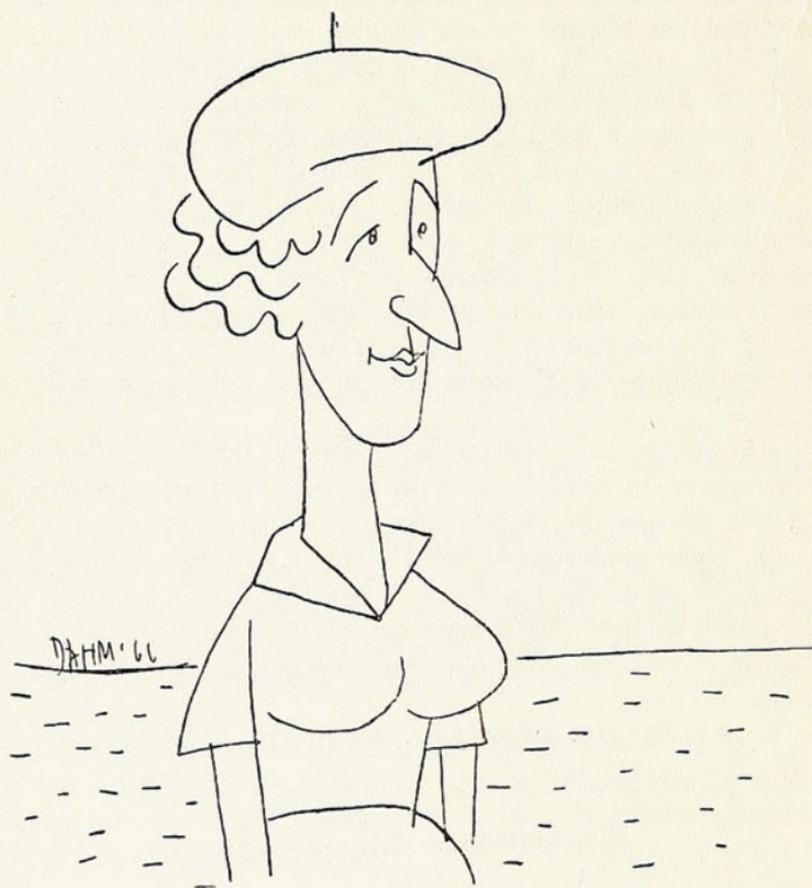
Allí están... y mientras escribo mentalmente estas líneas sobre la servilleta, veo a una pareja espectacular. El tiene menos de veinte años. Ella unos diecisiete. Ambos se besan apasionadamente. Más que en el más calcinante y tropical de los films italianos. Más que una calle del "Boul Miche". Más que en un suburbio equívoco de Londres y mucho más que en una calle de Atenas o de Sicilia.

Y resulta que mientras "él" es él... "ella" también es él...

Montparnasse está de vuelta

La vieja barriada de la bohemia mundial ha vuelto por sus antiguos fueros. Claro que no es el mismo de entre las dos guerras, ni mucho menos el de la época de Modigliani, pero ha recobrado parte de sus antiguos colores. En una mesa de "La Coupole" está de nuevo un japonés viejito de chasquilla blanca, con las flácidas mejillas teñidas de rosado, que es Foujita con uno de sus gatos en las rodillas. Faltan naturalmente los fantasmas

célebres que partieron, no ya del barrio ni de los cafés, sino sencillamente de la vida, Blaise Cendrars y su brazo menos; Pierre Mac Orlan y su pipa marinera; Cocteau y su pelo blanco, que parecía erizado por un ventilador invisible; Bracque; Picasso, Chagal, Pizarro y el resto



faltan en estas mesas llenas de historia. E igualmente falta el viejo y eterno Utrillo, siempre pintando en las servilletas. Y hasta la perilla mongólica de Lenin y la melena de Trotsky, pero el clima es casi el mismo. Falta únicamente que rueden los viejos coches en la calle como antaño y se escuchen los nombres de los diarios y revistas que ya no existen.

Pero los camareros tienen la misma simpatía y la misma sonrisa que hace cuarenta años. Los muchachos de larga barba parecen más auténticos y más comienzos de siglo, que los de Saint Germain o del *Boul Miche*. Las viejas con los gatos o los perros a los que dan amorosamente un platito de leche, son las mismas y se ha realizado el milagro que esta gente que debía haber muerto hace por lo menos medio siglo, esté polvorienta, pero perfectamente viva aún.

En el "Select" y en el "Dome", el aire es el mismo de otra época. Se adivina la decadencia de Saint Germain y de los cafés de la Rue Bonaparte y de la de Seine. Se percibe que la gente joven vuelve por los viejos decorados de hace cerca de medio siglo. Únicamente en "Chez Popoff", en la angostísima y maravillosa Rue de la Huchette, a menos de veinte metros del Sena, permanece fiel a sus barbas, sus cabellos a lo Cristo y su inaguantable olor a cuadra.

Lo demás, lo que tiene el aire eterno de París, ha tomado las maletas de los barrios lejanos y las ha dejado caer en este eterno cuartel general de la bohemia del mundo que es Montparnasse.

Napoleón sigue vagando por París

Hace años un amigo me dijo:

—París es Napoleón. . .

Cuando vine por primera vez a Francia me di cuenta que tenía toda la razón y me dediqué durante meses a seguir la huella del Gran Corso desde Grenoble a Fontainebleu, y desde la Ecole Militaire hasta lo que queda de la última imprecación que lanzara Cambronne en la colina de Waterloo.

Pero ahora el napoleonismo ha llegado al máximo. En el Museo de los Inválidos (aparte naturalmente de echarle un vistazo a los siete ataúdes en que reposa el "cabito con botas" y de desfilar a través de un bosque de banderas desgarradas con los nombres de sesenta batallas victoriosas), llegué hasta la nueva sala dedicada úni-

camente a Napoleón y que ha sido abierta hace unos días.

Aquí sí que está el hombre de la "N" perfectamente vivo y al día, como antes de lanzar el último suspiro en el criminal destierro de Santa Elena. Aquí están los libros anotados por él en su época de cadete, los primeros mapas que usó en la campaña de Italia, el reloj que funcionaba la tarde de Austerlitz, tres de los célebres bicornios que lució a través de toda Europa, del Egipto y de las piedras de San Juan de Acre, la levita azul de Primer Cónsul, y antes que nada, la pesada corona que le arrebató al Papa en Notre Dame para colocársela en tono desafiante sobre sus propias sienes.

Y además las cartas de amor a Josefina, el acta de nacimiento y la cuna de oro del Rey de Roma, la diadema de María Luisa, el *necessaire* del Emperador en la campaña de Italia, el sable que le regalaron los mamelucos, el sombrero de paja que usaba en el destierro, los pañuelos con que le secaron la transpiración poco antes de morir en 1821, en medio del mar, la banqueta en que se sentaba para ver la caída de la tarde, las cuentas que llevaba personalmente en las Tullerías en pleno reinado, y el verdadero bosque de medallas que ganó en todos los campos de batalla del mundo.

Todo está aquí presidido por la nariz aguileña del célebre busto que le hiciera Cánovas en mármol y que parece palpitar con una luz especial esta calcinante tarde de pleno verano en que vengo a hacerle la visita de costumbre cada vez que llego hasta la vieja Europa, y hasta las piedras eternas de París.

Pablo Neruda junto al Sena

Dejemos a un lado la clásica envidia criolla y veamos únicamente los hechos, nos gusten o no nos gusten. Actualmente se conoce a Chile fuera de Chile, por la gira de Frei y por la popularidad de que goza en todos los círculos Pablo Neruda, que, en estos momentos, debe estar en Italia donde lo dejó hace un mes.

En las librerías de Madrid (del Madrid actual que

él atacó política y poéticamente en "España en el corazón"), se puede comprar sus libros y detenerse emocionadamente ante la "Casa de las Flores", camino a la Ciudad Universitaria.

En París la gente habla de Neruda mucho más que de la mayoría de los poetas franceses y se le coloca al lado de Verlaine y de Baudelaire... En la bohemia *Rive Gauche* los muchachos discuten sobre "Los Versos del Capitán" con más pasión que sobre la próxima jugada política del General De Gaulle. En mi hotel, el nochero (que era árabe) se aprendía de memoria las estrofas inmortales de "Crepusculario" y la *concierge* recitaba los "Cien sonetos de amor".

Como Uds. saben la gris y grave Universidad de Cambridge lo hizo "Doctor Honoris Causa" hace unos meses y se pensó seriamente en el solitario vate de Isla Negra, amigo de las olas y del viento, para el próximo Premio Nóbel.

En busca de España

Pero hay que irse. Siempre hay que irse. Me esperan en España. Me espera la Embajada, el Instituto de Cultura Hispánica, el representante de Barreiros, que es la firma que me ha invitado por dos semanas, y tengo que dejar Orly que parece una Catedral de Chartres totalmente azul que dispara sus aviones hacia el cielo. Y salto sobre mis viejos amigos los Pirineos, la mancha ocre de Burgos, y al fondo surge Madrid que está con los ojos y los brazos abiertos como de costumbre.

Y comienzo a caminar por la Gran Vía y a ver atardecer en la Plaza Mayor que está más Mayor y más imperial que nunca para ver a...

El gran Mihura

Fue en el Café de Gijón de Madrid, que es un poco el Bosco de Santiago, donde domina la muchacha *snob*, el melenudo, el escritor joven y el maestro consagrado.

Allí estaba Mihura. El enorme Mihura, el mejor comediógrafo que existe actualmente en España y el más brillante y estrenado de los autores de teatro. Se dice que Mihura es el Jacinto Benavente de la hora actual.

No es para tanto... , pero el viejo de gafas negras que tengo al frente tomándose lentamente un Moriles, que brilla como una joya, es uno de los hombres más ingeniosos que yo haya conocido hasta la fecha. Humor español en que asoma el pasado, y la inolvidable revista "Gutiérrez", de la época de la República, y la sonrisa negra, o más bien dicho, la mueca de la hora actual.

Bajo, quisquilloso, amargo a ratos, pelador en el sentido más clásico de la palabra, culto y lejano, Mihura tiene todos los ingredientes para llegar fácilmente a un público que se escapa ágilmente a través del humor. No prepara las frases ni los chistes. Le brotan solos de los labios y participan en la charla mientras la mejor luna de verano de Madrid se iza en el viento como un volantín cualquiera. Hay gente en las mesas vecinas. Se habla de política, de toros y de cante jondo. Sobran las mujeres bonitas que, cuando son españolas y sobre todo madrileñas, tienen el mejor sindicato de ojos negros de toda Europa. Los camareros (esos camareros que tienen mejor pinta que los embajadores de ciertas potencias que más vale no nombrar), corren entre las mesas, mientras el viejo Mihura me dice entre dos chatos blancos:

—Mire, joven... el humorismo no consiste sólo en ver la vida en broma como cree cierta gente, sino verla en trágico. Sí... Tal como suena. Verla en negro. O a todo color. Los mejores humoristas son o somos, los amargados más técnicos y científicos del mundo. A ratos respiramos hiel, pero una hiel deliciosa. ¿Un consejo para hacer teatro? Mirar la vida y hacer que la gente suba espontáneamente al escenario. Y hacerla decir lo que lleva bajo el chaleco del alma. Tienen de todo. Arde el amor y los celos. Tiembla la envidia y la avaricia. Vive el odio y asoma el arribismo. Se desnudan en escena. No hay nadie más nudista que el ser humano. Yo todavía no me explico la hoja de parra ni el traje. Andamos en

tenida de Adán, y los autores de teatro o los humoristas, como humorísticamente nos llaman, somos los llamados a hacerlos ver cómo son efectivamente. Mi papel recuerda el de un dueño de casa de baños turcos. Desnudo por dinero (taquilla) a mis hermanos, y éstos trabajan felices frente al telón, mientras el resto aplaude en escena.

Y Mihura apura el último trago de blanco y se despidе con la enlutada elegancia de un personaje del Greco.

Por algo nació en esta contradictoria tierra bendita que se llama España.

Viviendo en plena Edad Media

Fue en Santiago de Compostela antes de venirme de Europa. El día estaba más alegre que un par de castañuelas y brillaba el mejor sol de España para celebrar el día del Apóstol Santiago. La ciudad es de piedra. ¿Oyó, amigo lector? Cada casa es de piedra y tiene una pátina de siglos. Santiago es la ciudad de la Península en que más llueve en España. Los habitantes dicen que cae el agua por lo menos trece meses en el año. Y ahora —para hacerle una diplomática venia a los turistas— tenemos un sol de dieciocho quilates que es una maravilla. Pasan curas y más curas. Monjas y más monjas. Monaguillos y más monaguillos. Cardenales y más cardenales. Nadie sabe cómo y en qué rincón está la fábrica de sotanas de España, pero ésta funciona con una perfección de usina netamente europea. Están en la magnífica Catedral, en la Plaza Mayor, en la Av. José Antonio, en la Calvo Sotelo, en el Hostal de los Reyes Católicos y en el Burgo de las Naciones.

Debemos anticipar que el primero es el hostel más elegante de toda Europa y fue inaugurado oficialmente por Franco hace sólo unos meses.

A ratos da la sensación de un Palacio de Oriente que se hubiera dedicado al turismo sin perder prosapia ni *cachet*. Lo único que falta es que los graves camareros y los maîtres anden de armadura y con la lanza en ristre para dar la sensación exacta de que estamos en plena Edad Media.

Pero en la noche la impresión es perfecta. Frente a las ventanas del hostel asistimos, con unos treinta mil turistas más, a un torneo absolutamente medieval. ¡Cómo le habría gustado a Sir Walter Scott para agregarle una página a "Ivanhoe"! Los estudiantes montados en vistosos corceles, luciendo casco y armadura, con la espada a una mano y la lanza en la otra, combaten como lo hicieron sus lejanos antepasados y en el mismo sitio. Brindan por la dama que les sonríe (perfectamente ataviada como en la época de los Reyes Católicos) y se lanzan a la brega. Y se pegan. Y caen. Y se hieren. Y finalmente el vencedor avanza hacia el palco de honor y recibe una rosa de manos de la casta doncella que tiene los mismos ojos de Isabel y la misma sonrisa de Santa Teresa de Jesús.

Yo he estado en las partes más raras en mi errabunda vida de periodista, pero, jamás había saltado de 1965 a 1492, como esa noche inolvidable en que la mejor luna española boga por el cielo como la más romántica y fugaz de las piraguas.

Tarareando "La Verbena de la Paloma"

Ir a Madrid y no ver "La Verbena de la Paloma" es como ir a Linares, en España, y no ver el lugar exacto en que está aún la mancha de sangre del gran Manolete.

Y la otra noche con Hernán Amaya compramos una entrada de patio de butacas en el viejo Teatro de la Zarzuela y vimos "La Verbena de la Paloma".

No se trataba de una Compañía de primera línea, pero era española, era la famosa Zarzuela, y las "gatas" y los "chulos" paseaban por la escena cantando aquello de:

"¿Dónde vas con mantón de Manila?

"¿Dónde vas con vestido chinés...?"

Y yo sentía en la butaca que no estaba en Madrid ni cerca del Palacio de las Cortes en 1965, sino en el lejano Politeama de hace cuarenta años, cuando mi papá me llevaba de la mano a ver los cómicos españoles de

paso en Santiago y de cuyos labios brotaba el alegre chorro de la simpatía y del ingenio hispano. Asoma en escena el Madrid de comienzos de siglo con vigilantes azules, de casco y varita, los cerilleros vendiendo tabaco picado, los faroles a gas, las manolas llenas de garbo y de brío, los valentones con la gorrilla inclinada sobre el ojo izquierdo y el pitillo entre los labios, las viejas sentadas en el portal de la casa, tejiendo, cantando y pelando, y, finalmente, el coro de las mozas y los mozos de la época cantando el más inolvidable manojito de canciones de una época ya definitivamente archivada en los pliegues mismos de la historia.

Y además de la obra, estaba el teatro. Un teatro con viejas lámparas, antiguos palcos en que sentaron los ojos tristes de Alfonso XII y los bigotes de Alfonso XIII. Un teatro con el encanto de la *Belle Epoque*, cuando los ancianos de hoy eran unos críos, y unas mujeres incurablemente bonitas no sabían que un día llegarían a ser tatarabuelas con los ojos húmedos de lágrimas y de nostalgia.

Eso fue para mí "La Verbena". Un viaje hacia el pasado y la más emocionante y dolorosa de las evocaciones de un perfume ya incurablemente desvanecido.

A la salida tomé un taxi. Debía haber tomado una calesa, haberme puesto ceremoniosamente el colero y arreglado la pajarita blanca sobre la pechera del frac con olor a naftalina.

Filman a Neruda en España

¿Qué dirán los chilenos cuando sepan que una de las mejores obras de Pablo Neruda, ex senador comunista y autor de "España en el Corazón", será filmada precisamente en Madrid y cerca de la Casa de las Flores del célebre poema de la guerra civil?

No lo creerán a primera vista, pero tengo en estos momentos sobre el escritorio el volumen de "El habitante y su esperanza", la pequeña y única novela que ha salido de las manos de Pablo, corregida por él mismo y

con las anotaciones de su puño y letra, para partir en breve a los *studios* e ingresar oficialmente al cine. Y al cine español que es lo importante.

"El Habitante" que usted seguramente recuerda, amigo lector, exige la presencia de un solo personaje, pero un personaje de una extraordinaria ductilidad. No se trata de un actor corriente, sino de un superactor que lleve a la pantalla toda la grandeza y el dolor contenido de la prosa de Pablo.

Pues bien, en estos momentos, se vacila entre Paco Rabal y Luis Rivera, para el papel protagónico. Rabal es español, y Rivera un argentino, que hace años que vive cerca del Manzanares.

Ya está listo el libreto y apenas se elija al actor definitivo comenzarán a rodar las cámaras.

Y eso no es nada. En una librería de la Gran Vía, acabo de comprar los "Versos del Capitán", de Neruda, y mañana, a primera hora, adquiriré las obras completas de Rafael Alberti, que hasta hace pocos meses era tabú en la España oficial y que ha vuelto a ingresar en gloria y majestad en las librerías de Madrid.

Y eso que no he contado que el cubano Nicolás Guillén, comunista con carnet y poeta con genio, acaba de estar en Madrid como en su casa y recorrió el país de punta a cabo. Y lo que es mucho más cómico y paradójico, que al atravesar los Pirineos, se encontró con que la policía de la democrática y libre Francia, le ponía toda clase de "pegas" para entrar al país, por un pequeño incidente personal que había tenido hacía años en París.

"A. C." y "D. C."

La historia de la Humanidad se divide entre dos siglas: A. C. y D. C. o sea, "Antes de Cristo" y "Después de Cristo". La historia de España en los últimos años se divide igualmente entre las mismas iniciales: "Antes del Cordobés" y "Después del Cordobés". Porque nunca, ni en los lejanos tiempos del Gallo y de Lagartijo, ni en la época reciente de ese trágico personaje del Greco que se

llamó Manolete, la opinión pública hispana había llegado al fanatismo que siente por este ex albañil que un día saltó al ruedo en calidad de “espontáneo” y que llegó a la fama, a la gloria y a las pesetas, con un mechón rebelde sobre la frente, simpático y tímido, al mismo tiempo, enamorado de los toros... y de los ojos de las españolas, con una suerte única para escapar de los pitones de los Mihuras, que se llama el Cordobés.

Hace cinco años no lo conocía ni su madre. Ahora es noticia de primera plana a ocho columnas en todos los diarios y revistas del país. Un turista puede no saber qué hay en el Prado y si Las Meninas son una compañía de zarzuelas o un cuadro célebre; si Franco sigue en el poder o no, si viene la república o la monarquía, ni dónde queda Málaga, pero se conoce al detalle la vida del popular torero. En el bar del Hotel Palace; en el Ritz, en Chicote, en La Ballena Alegre, en el Café Gijón, en Casa Cándido de Segovia, en la calle de la Sierpe en Sevilla, en el Hostal de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, o en la popular calle de Echegaray, se habla únicamente de él.

Hay “cordobesistas” y “anticordobesistas”, como en su época hubo “manoletistas” y “antimanoletistas”. El país está dividido matemáticamente en dos posiciones. “En dos bandos”, como dice García Lorca en esa enlutada obra de teatro que se llamó “Bodas de Sangre” y que le vimos hace veinte años en el Municipal a Margarita Xirgú.

¿Y qué tiene de especial el Cordobés para que se hable tanto de él?

Lo vi torear tres veces y más tarde me tomé un chato de manzanilla con él. Y mi opinión no es la del técnico ni del entendido mil por mil en la “Fiesta de la muerte”, como la llamara certeramente Hemingway, sino la de un profano fanáticamente aficionado al ruedo.

Esto es lo que pienso de él:

El Cordobés es el mejor suicida que ha tenido hasta la fecha la historia toreril de España. Desprecio al peligro, habilidad para meterse entre los pitones, elegancia para los pases por alto y por bajo, verdadero genio para

las verónicas más ceñidas, y una distinción para clavar la espada en la faena final, que no se había visto jamás en los ruedos de este maravilloso país.

No es un torero en la plaza, sino la más maravillosa máquina de precisión y el más perfecto aparato de relojería que yo haya visto jamás.

Y cuando le dije que en Chile no había corridas y que estaba prohibido el toreo, me miró con ojos de sincero asombro y me dijo:

—¡Hombre!... Ud. siempre de guasa. ¿Cómo va a ser eso que no haya toros en un país tan civilizado como dicen que es Chile? ¡A otro perro con ese hueso!...

Terminó la baratura

Sube el costo de la vida en Chile, pero también sube en España. Madrid ya no es la misma ciudad regalada de hace cinco años. Los chilenos tenemos que comenzar a cuidar celosamente la billetera y no podemos hacer las hazañas monetarias que realizábamos en "El Corte Inglés" y en "Galerías Preciados", hace menos de un lustro.

Si París es carísimo para los vecinos del Santa Lucía y tenemos que multiplicar por cuatro o por cinco, si Roma está por las nubes, si en Tokio únicamente las radios, los aparatos fotográficos y los TV todavía son baratos, España ya se ha puesto al día en la fatal y anti-pática carrera de los precios.

La explicación es obvia. Los 18 millones de turistas que han llegado al país, trajeron dólares... y carestía. Subió la comida, el hotel, los trajes, los *souvenirs*, todo. Y los chilenos que adoran el Tajo y el Guadalquivir, tienen que pensarlo dos veces antes de partir a Sevilla o hacer las maletas y emprender la ruta de la Costa del Sol.

Claro que no nos asustemos mucho. Todavía se puede venir a España así como prácticamente no se puede partir hacia Inglaterra, Francia o Italia donde los precios son prohibitivos para el chileno corriente. Aún se

puede recorrer la Mancha, Asturias o Galicia sin tener que poner cara de Avaro de Moliere. Todavía se puede llegar a las viejas ventas, a las posadas y entrar al Prado a ver el cuadro de las lanzas o trepar fatigosamente una colina en lo alto de la cual se alza la estampa dentada de las murallas de un viejo castillo que vio pasar la espada del Cid y la cimitarra de los moros.

Claro que para los jubilados que vivían cómodamente en Madrid con los dolarcitos que llegaban de Chile el problema se ha puesto realmente delicado. Y más que delicado, gravísimo, y conozco más de diez antiguos parroquianos de la Posada del Mar —viejo cuartel de la nostalgia chilena— que ya están pensando seriamente en hacer las maletas y meditar tristemente en la vuelta.

Los dólares que parten de Los Cerrillos no son de goma.

En la novelesca Casa de la Troya

Ud. seguramente es tan amigo, querido lector, de Pérez Lugin, como yo. Se devoró sin duda a los 18 años esa maravilla que está más allá de la crítica hueca y de los críticos pedantes, lo que es mucho más importante, que se llamó y se llama "La Casa de la Troya". Se enamoró de Carmiña de Castro y vivió la intensa existencia de los estudiantes de esa ciudad de piedra y lluvia que se llama Santiago de Compostela.

Estuvo en la Casa de la Troya donde los estudiantes de la época amaban, discutían sobre Dios y sobre el Diablo, y en las noches salían de "tuna" a pelar la pava bajo los ventanales de piedra mientras caía la más despiadada de las lluvias y sonaban a lo lejos los pesados aldabonazos de la campana de la catedral.

Pues bien, hace unos meses yo estuve en Santiago, no de Chile, sino de Compostela (18 mil kilómetros de diferencia...), en la misma casa que pintara magistralmente Pérez Lugin. Subí los viejos escalones, llegue a las antiguas habitaciones, me tendí en las blancas camas de los estudiantes, me asomé a las ventanas enrejadas y hasta

probé la paella que preparaba en esos momentos la familia que vive actualmente en este monumento de la historia literaria de España.

Porque la Casa de la Troya es actualmente una casa como todas las casas del mundo y hace sólo unos años que se le ha colocado en el frontis un perfil en bronce del autor de la novela más leída por la juventud española de hace sesenta años.

Pero la emoción es la misma que si estuviéramos en los tiempos en que se pelaba la pava y los mozos se enamoraban de unos ojos negros y una sonrisa de fuego asomaba a una ventana mientras estallaban los claveles y la lluvia caía indolente y aburridamente sobre la calle solitaria.

Eso es España. Eso es Santiago de Compostela. Eso es la Casa de la Troya. Y eso —y ahí está lo más grave—, eso soy yo que llevo una melancolía incurable y un amor por la Madre Patria que me salió a los ojos el día que llegué a la tierna calle donde quedaba la vieja pensión estudiantil.

Y si no me enamoré de una nieta de Carmiña fue únicamente porque en el antipático pasaporte con que viajé a Europa decía la frase: "Estado civil, casado..."
¡Qué lástima! Otra vez será...

¿Monarquía en España?

¿Qué pasará el día que falte Franco por muerte natural o por alejamiento voluntario del Poder?

La contingencia está perfectamente estudiada, contra la opinión que reina en América. Aquí se habla abiertamente de que vendrá la monarquía. Y de que el Infante Juan Carlos asumirá el poder y se colocará la corona de los viejos reyes de España en el Palacio de Oriente.

Para ello ha sido largamente educado en los mejores colegios, con los maestros más cotizados de Europa y se le ha colocado simbólicamente en los desfiles y paradas militares junto a Franco.

Durante un tiempo se habló de una variación de la política española que podríamos llamar "hacia la izquier-

da", usando la terminología internacional. Se produjo un cierto deshielo con respecto a la oposición exilada y se liberalizó en parte la prensa y los libros. Se le permitió un mínimo de libertad al teatro, a la TV y a la radio. Bruscamente la tónica de deshielo varió. Hubo cambio de Gabinete y la totalidad de los Ministros fue tipo "Opus Dei", o sea la extrema derecha católica hispana. Los estudiantes que habían salido a la calle, fueron perseguidos y los profesores que los apoyaron públicamente, procesados.

Actualmente se sabe que en caso que Franco deje el poder, habrá una breve regencia y luego se llamará a Juan Carlos para que se mude al vacío Palacio de Oriente.

Claro que hay que destacar una cosa. La monarquía que vendrá será de corte liberal y recordará a la inglesa, la belga o la de los países nórdicos. Existirán los partidos políticos, y de hecho ya está formada la base del futuro partido conservador (naturalmente monárquico), los demócrata cristianos y finalmente, a la izquierda, un partido socialista del que podrían formar parte los actuales falangistas que siguen la vieja línea de José Antonio, los sindicalistas verticales y sobre todo los hombres realmente de izquierda que volverían del exilio. Sería una monarquía sin odios ni resentimientos que pasaría una esponja sobre el pasado y que trataría de reunir a la España exterior y perseguida y a la interior y oficial, en un solo bloque que prescindiría de los recuerdos de la Guerra Civil y del millón de muertos que costó.

¿Y qué dirá el pueblo español de la llegada del Rey?

—Absolutamente nada. El hombre medio lo mirará con total indiferencia.

El inolvidable Café Gijón

En la Castellana, en pleno riñón de Madrid, está el Café más famoso de España y uno de los más célebres de Europa. Allí se reúne el día y la noche la gente de teatro, de cine, los periodistas, los dibujantes, los pintores y caricaturistas, los bohemios incurables y los amigos de la charla y de las estrellas. Allí, a las once de la noche arde

la conversación, y a las tres de la mañana aún corren los camareros con los últimos cafés, los postres y los chatos de manzanilla. Allí conocí a José Manuel Salgado, a Anteno, a Juan Rá, a Margarita Torino, a García Pavón y estuve con Arturo Soria, mientras que la madrugada trepaba ágilmente sobre las torres de Correos que quedan a dos cuadras de distancia. Allí me enamoré de España y de los españoles. Y especialmente de las españolas que tienen unos ojos tan grandes que se los pueden amarrar fácilmente detrás de la nuca.

Allí se habla de toreo y de política, se salta ágilmente sobre la censura del régimen y se dice cada cosa que haría temblar los tímpanos al sensible pensionista del Pardo si los oyera. Allí se discute la próxima obra de teatro y Berlanga o Summers cuentan los argumentos de su próxima película. La artista sin trabajo busca un rol, y el dibujante genial hace apuntes inolvidables en pequeñas servilletas de papel. Allí Mingote de "ABC" piensa sus monos, y llega Santiago Ontañón con sus 120 kilos, su bonhomía y su proyecto de una nueva escenografía detrás de la frente. Allí están López Lagar, que conocimos en Chile en el dramático rectángulo tan terriblemente español de "Bodas de Sangre", y a veces asoman los lentes ahumados de Mihura, que está listo para comenzar una nueva obra que le dé fama... y pesetas.

Allí me despidieron hace una semana inolvidable unos amigos chilenos, españoles y colombianos y una muchacha gallega, y allí quedé prendido yo para siempre y sentado en una mesita con un café al frente mientras el avión volaba como un triste pájaro herido camino a la patria que estaba sólo a 18 mil kilómetros de distancia, al otro lado del mar.

Por eso lo llevo amarrado para siempre al corazón.

En el emocionante Museo Romántico

En la calle San Mateo 13, cerca de la Embajada de Chile, está uno de los rincones más emocionantes de la Villa del Oso y del Madroño. Allí un viejo conde ha reunido todo lo que queda de la época romántica española.

De esa época genial en que las muchachas enfermaban literariamente de amor y concretamente de tuberculosis. En que los jóvenes adolescentes creían que la vida estaba en la muerte y se suicidaban tristemente al borde de una tumba solitaria, en que los clavicordios, las arpas y las cítaras formaban el sonoro decorado de las viejas mansiones, y en que una juventud entera se aprendía de memoria los versos de Gustavo Adolfo Becker.

En Francia triunfaba Lamartine con las sombras trágicas y ensangrentadas de sus Girondinos y Víctor Hugo construía su prosa y sus versos de bronce y mármol. En los salones se escribían largas cartas de amor que llevaban a la tumba y en las ventanas reventaban unos clavos que el viento, las máquinas y las chimeneas iban a podar implacablemente. Las muchachas tenían una palidez mortal llena de miriñaques y de crinolinas, y los poetas se batían en los parques más sombríos rodeados de pinos y de cipreses estrictamente vestidos de etiqueta.

Todo ese clima está aquí, en la pequeña casita de dos pisos de la calle San Mateo. Están los planos, las lámparas, los clavicordios, los lechos con dosel, los pesados escritorios, los coquetos "bis a bis", las arpas en los rincones, las sillitas increíblemente frágiles, los taburetes, los candelabros y los espesos cortinajes de terciopelo, las mesitas para jugar tresillo y hasta los pintorescos "inodoros" que más parecen *secretaires* que otra cosa.

Estar una tarde en ella, a la luz de los viejos cirios y bajo la mirada implacable de la vasta selva de antepasados que tratan de sonreír aún con una mueca distante que ya huele a muerte, es saltarse cien años y pasar de 1965 a 1865 con sólo pagar el billete que nos tiende el fantasma que hace de portero.

España y la gira de Frei

Frei estuvo en cuatro naciones de Europa y no pasó por Madrid. ¿Qué dicen de esto las autoridades españolas?

Oficialmente nada. Extraoficialmente les cayó mal y en la intimidad me lo dicen abiertamente. La prensa trató de no darle mayor importancia a la gira del Presi-

dente de Chile por Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, y se destacó únicamente —como era lógico— la cordial visita de Frei al Papa.

El resto de los diarios no dijeron una palabra, salvo uno que trató el tema en forma irónica y que dijo textualmente que “el Presidente de la República de Chile se había saltado a la torera a los treinta millones de habitantes de la Madre Patria y que esto se explicaba en parte, por su origen helvético”.

Fuera de esto, como en los versos, nadie dijo nada...

Pero hay algo más. Y algo mucho más importante y oculto. Ni a Frei ni a Franco les convenía la visita del primer mandatario chileno a la Madre Patria en estos momentos. En Chile le habría caído mal a la mayoría de la democracia cristiana, que es antifranquista. Y en España lo habrían aprovechado políticamente los demócrata cristianos españoles para hacerle propaganda a la bandera DC que está contra el actual Gobierno. En una palabra, si venía Frei a Madrid salían los demócrata cristianos a la calle al grito de “Viva la libertad”, lo que no le habría caído muy bien a los finos tímpanos del actual ocupante del Pardo.

Por este motivo que es el auténtico, pero que no se dice oficialmente, tanto unos como otros salieron ganando con el no paso de Frei por Barajas.

Y esto no significa que el clima con respecto a Chile haya variado en lo más mínimo. Las noticias sobre el lejano país del sur aparecen habitualmente en los diarios y el cariño del español corriente hacia Chile es el mismo, o mayor, que hace dos años. La “Esmeralda” estuvo en Cádiz y fue recibida jubilosamente, y el nuevo embajador Julián Echavarrri goza, en el breve tiempo que lleva en Madrid, de simpatía en todos los círculos.

Granada de noche

Yo conocía Granada de día, pero jamás me había tocado verla tan nítidamente de noche como esta vez. Fue hace tres semanas cuando viajé en un camión de Ba-

rreiros de Madrid hacia el nocturno corazón de la vieja Andalucía.

Salimos en la noche en busca de la historia. Allí en lo alto de la colina, nos esperaba la Alhambra con su tierno bosque de pequeñas columnas, su Patio de los Leones y su Salón de los Embajadores. Nunca los moros han trabajado más en serio. El moro no amaba la imagen humana y prefería hacer arte abstracto. Usaba las matemáticas y la geometría con un arte incomparable. Fueron los reyes de la línea y de los círculos. La visita se pierde en medio de una selva de arabescos que dan la sensación de poner el cielo —al buen cielo de Boabdil— al alcance de la mano. Los ojos patinan sobre el agua del Patio de los Leones, y el corazón —y no uno— camina lenta y nostálgicamente por los senderos y jardines que decoran el palacio.

Abajo está la ciudad, el hotel, la tasca, la calle y la gente. Abajo están el cante jondo y la jota. Arde la fiesta y suenan los "olés". No importa. Lo que interesa es este rincón maravilloso; este islote en sombras; este territorio de la noche; este perfume que sale de las piedras y que viene de los senderillos enarenados y de los rosales y claveles que tiemblan en la oscuridad. El aire se masca en los rincones y nunca el amor ha sido más amor, y la ternura más ternura que al pie de estas piedras eternas. Todo huele. Huele la noche y las estrellas, y hasta la luna mora —sacada directamente del Corán con el visto bueno de Mahoma— ha sido más morisca que en esta hora solemne y casi trágica que me tocó vivir en medio de la blanca blusa de seda de Andalucía.

Córdoba es blanca, Sevilla verde, Málaga azul. Sólo Granada tiene ese indefinible color noche, que es tan parecido a la palabra nostalgia.

De regreso sobre el Atlántico

Me voy con pena de España después de discutir una hora en Barajas para poder pasar unos cuantos kilitos de más, —libros y recuerdos— y tomo el Iberia en medio

de una noche cruzada de relámpagos, con un calor infernal y mientras cae el "pedrusco" sobre las metálicas alas del avión.

Nunca he querido más a esta tierra adorable. Nunca la he recorrido con más cariño y he aspirado hasta el fondo su magnífica esencia.

Si algún día hubiera guerra y por una extraña y maléfica jugada del destino España volviera a ser víctima de una contienda armada y estas tierras eternas desaparecieran y estos molinos de Don Quijote fueran barridos por la insolencia de las bombas, no habrá nadie que lo sienta más que yo que llevo a España pegada al alma con una goma invisible.

La noche está por todas partes. Somos unos pequeños islotes flotando en medio del viento. Hay 18 mil kilómetros hasta Chile. Tenemos dieciséis horas de vuelo por lo menos. Abajo se encienden unas pequeñas lucesitas solitarias que son pueblos, ciudades, villas, aldeas, estatuas, monumentos, palacios, vecinos, gente.

Sobre Portugal

Se va terminando España. Comienza el Portugal con su sempiterno señor llamado Oliveira Salazar y ese decorado inolvidable que es el barrio de Cintra a cuyas sombras viven los reyes destronados, las duquesas apolladas y los marqueses jubilados. Desaparece el Portugal en medio de la noche y Dios se encarga de borrarlo de una sola plumada para dejarnos solos y tristes sobre las pesadas aguas del Atlántico. Como no tengo otra cosa que hacer me dedico a dormir científicamente, y tomo antes tres pastillas de somnífero por falta de uno. A los cinco minutos una señora protestó por el ruido que hago y que apenas deja escuchar el sonido de los motores del avión. Toso y el avión casi se cae. En medio del Atlántico comienza a amanecer. Unas luces suaves, borrosas, se van dibujando en las ventanillas del avión. Abajo está el mar. El mar que se atrevió a cruzar Colón hace 473 años sobre unas especies de micros de madera de quince

metros de largo por cuatro de ancho y con las cuales España iba a descubrir un mundo y a tener el alto honor de fundarnos a nosotros los chilenos. Al decir chilenos incluyo también a las chilenas, que si no las hubieran fundado no estaría aquí yo para escribir este libro.

Por qué creo en la próxima guerra

Y aprovecho estas breves horas en el avión y sobre la piel del mar, para hacer un pequeño balance de lo que he visto.

Ya estoy a punto de volver a mi patria. He estado dos meses fuera de ella. He recorrido doce países y tocado cuatro continentes. He conversado con la mayoría de los periodistas más brillantes que existen en América, Europa y Asia. He discutido hasta el cansancio la dramática situación por la que atraviesa el mundo y he llegado a las siguientes conclusiones.

Rusia

A Rusia no le conviene la guerra porque pasa por un momento difícil en el terreno agrícola, ha tenido cosechas deficientes y viene saliendo todavía mal herida de los efectos de la última contienda que le costó quince millones de muertos. El comunismo de hoy no es el comunismo de antaño. Breznev no es Stalin y entre la URSS de 1966 y la Rusia bolchevique de 1917, existe el abismo que se abre entre una nación satisfecha y con una revolución definitivamente asentada, y los primeros intentos y ensayos revolucionarios del comienzo.

Los chinos

En Rusia existen diferencias de clases. Los técnicos no ganan lo mismo que los obreros. La nación tiene necesidad de capitales y de mayor intercambio comercial con los países capitalistas. Controla políticamente a todas las naciones de la Cortina de Hierro y —salvo la China

de Mao Tse Tung que es independiente y está dispuesta a caminar por su propia cuenta—, le basta tocar un timbre para que Polonia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Cuba, etc. obedezcan militarmente.

Y no sólo ellos. En todos los países del mundo hay partidos comunistas, salvo en aquellos en que han sido prohibidos específicamente, que siguen disciplinadamente las órdenes que se dan desde el Kremlin y que cambian de táctica según las variaciones de la política internacional rusa. De hecho son organismos dependientes de la Cancillería soviética y están al servicio de su juego diplomático. Esto no quiere decir que un comunista francés, alemán o chileno sea un vulgar funcionario del gobierno ruso, sino que coincide con la línea general de la URSS y al mismo tiempo necesita la ayuda económica que le brinda generosamente Moscú.

El país de Tito

Yugoslavia es un caso especial. Tito fue comunista y es marxista sin discusión, pero Yugoslavia ha estado *con* Rusia, *contra* Rusia y actualmente está nuevamente *en* la órbita soviética manteniendo una independencia relativa. Varios de los países de la Cortina de Hierro, por ejemplo Bulgaria, están actuando con cierta independencia porque sus problemas nacionales y las soluciones a que han llegado son distintas a las que imponía la lejana mano del Kremlin, pero esto se hace con el visto bueno y comprensión cada vez más flexible y tolerante de los timoneles rusos.

Alemania y Japón

A Rusia no le conviene en ningún caso la guerra en estos momentos a pesar de poseer la bomba atómica porque no la tiene en la escala ni con la potencia que podría usarla mañana mismo Estados Unidos. Más aún, Rusia en caso de una contienda armada con U. S. A. tendría en contra suya a dos viejos enemigos que están listos para

dar el salto sobre ella. Esos enemigos serían: Alemania, que cuenta con cien mil técnicos atómicos a quienes lo único que les falta es la bomba misma para poder lanzarla usando, aparte de sus conocimientos técnicos, un espíritu de revancha y desquite que es de suponer en una nación que fue bombardeada, arrasada y ocupada finalmente por Rusia en la última guerra; y el Japón que también tiene viejas cuentas que saldar con la URSS.

A pesar de los avances científicos y espaciales que ha realizado la URSS en estos momentos —en 1966— no está en condiciones aún ni le conviene en lo más mínimo, una guerra que le significaría pérdida de hombres, desgaste de material, desangre de su población bombardeada, no con los armamentos de guerra de la última contienda, sino con bombas atómicas de alta potencia y que a la postre le podría significar una total derrota en circunstancias que gracias a la ayuda aliada y especialmente yanqui, pudo salvarse en 1941 de la agresión alemana.

Raza amarilla

El caso de China es completamente distinto. China comunista es amarilla, tiene una población de 700 millones de habitantes y a pesar de todos los avances extraordinarios que ha hecho el Gobierno de Mao, es innegable que la solución de su problema básico no es tener más población, sino menos población y que dada su típica mentalidad asiática no le importaría, en última instancia, arriesgar la pérdida de cien millones de hombres para vencer en una guerra que le podría significar, más que la victoria comunista en todos los frentes del mundo, el triunfo de la raza amarilla con la raza negra y la árabe a la retaguardia.

Rusia es fundamentalmente blanca, de tradición cristiana y occidental. Los 49 años de revolución bolchevique, no han hecho variar fundamentalmente la psicología rusa que conocemos a través de los grandes maestros de la literatura, de la música, del teatro, de los ensayos y de la filosofía.

Rusia, en el dilema raza amarilla—raza blanca, estaría sentimentalmente con los blancos contra los amarillos, a pesar de su comunismo militante. Esto explica en parte la política de la coexistencia pacífica que inició Nikita y el “deshielo” y la “liberalización” que ha experimentado el país en el terreno político en los últimos tiempos.

Mientras Rusia mantiene una política de equilibrio mundial para no apresurar la guerra, China tratará de llevar al país a una contienda bélica para la implantación del comunismo en todos los ámbitos del mundo.

El caso de Cuba

Hasta hace un año la Cuba de Fidel Castro mantenía una política de equilibrio entre China y Rusia y de hecho, usaba los servicios de técnicos soviéticos y amarillos con una perfecta neutralidad. Bastó una visita del Ministro Gromiko a La Habana para que Fidel —de buena o mala gana— tuviera que plegarse íntegramente a la política soviética y abjurar de la línea china. La respuesta pekinista fue cortar de inmediato el abastecimiento de arroz lo que le significó a Cuba un golpe decisivo a su débil política económica.

El “Ché” Guevara

Esto explica también la desaparición voluntaria o involuntaria del Ché Guevara que era pekinista e incluso trotskista, y que tuvo que elegir entre seguir a las órdenes de Fidel, o marcharse por su propia cuenta a luchar por la línea china a otro lugar del mundo.

Esta pugna ya histórica entre China y Rusia se irá agudizando en los próximos meses.

En la guerra del Viet Nam los chinos ayudan mucho más a Ho Chi Minh que los rusos y acusan a éstos de traidores a la causa de la revolución y de boicotear la colaboración militar y con armas a los vietnamitas del sur.

La India

Hace muy poco China se movilizó contra la India a través de Pakistán y se produjo el incidente de Cachemira que yo percibí cuando pasé por Nueva Delhi tres meses antes de que se produjera.

La India tiene 450 millones de habitantes, la mayoría de los cuales viven en una miseria espantosa, que sería el mejor caldo de cultivo para la acción comunista asiática. Esto lo sabe Mao y quiere aprovecharlo en estos mismos momentos para repetir y ampliar un conflicto armado que, si fue detenido hace tres meses, volverá a producirse dentro de poco.

La India es una especie de contrafuerte y de dique que tiene el Occidente incrustado en el Asia, pero si los chinos logran vencer la resistencia militar hindú, se apoderarían de 450 millones de habitantes que constituirían una parte más del gigantesco imperio *no blanco* que está organizado en el Asia.

Otra guerra

Por otra parte me atrevo a vaticinar que dentro de poco veremos otro incidente internacional de grandes proporciones entre Malasia y Australia por el dominio de Nueva Caledonia que será un jalón más de la cadena de pequeñas guerras aisladas, fatales aperitivos de la guerra final.

Pero Estados Unidos no se queda con las manos en los bolsillos, Estados Unidos actúa en el Africa, y el lector ha visto últimamente en los diarios, la serie de golpes militares tipo gorila que se han producido en el continente negro para impedir un levantamiento general de las razas de color a la sombra de la estrategia china.

El frente anti-blanco

Por su parte el mundo árabe, con Nasser a la cabeza, está listo para colaborar en esta guerra que sería *antico-*

lonialista en la forma y *socialista* en el fondo, y que agruparía en un inmenso frente a China, y Asia en general, a todos los pueblos árabes y a esa gigantesca fragua de desquite y de revancha que se llama continente africano.

Este es un bando en la lucha. El otro es Estados Unidos que ha decidido atacar masivamente en el Viet Nam y poner en marcha su famoso Pentágono a través de los planes "Camelots" en Chile y "Simpático" en Colombia, para controlar a la América Latina anticipándose al golpe final.

La ofensiva de La Habana

La respuesta del mundo comunista fue la Conferencia Tricontinental de La Habana realizada hace algunos meses en la cual se adoptó, en presencia de los delegados de 77 partidos comunistas del mundo y de varios representantes de partidos de izquierda aliados, la resolución de iniciar una campaña frontal contra el llamado imperialismo yanqui en Asia, América y Africa.

Viet Nam

La guerra del Viet Nam significa un desangre sistemático de Estados Unidos. Hace muy poco se enviaron 120 mil soldados más con armamentos último modelo para tratar de liquidar en la forma más rápida posible, la contienda del extremo Oriente.

Pero no es una guerra fácil ni mucho menos. Se lucha contra la manihua, la selva, los terrenos pedregosos, los bosques, las colinas, los cerros, el clima, los mosquitos y sobre todo contra un enemigo casi invisible que conoce su terreno de memoria y que ataca en la vanguardia y en la retaguardia con una habilidad indiscutible.

Ya sabemos lo que le pasó a Francia en Indochina y lo que fue la terrible batalla de Dien Bien Phu. Conocemos la guerra de Corea. Sabemos del drama de los

cinco años de lucha armada y despiadada entre los 450 mil soldados franceses que ocuparon Argel y la población argelina dirigida por Ben Bella, y cómo tuvo que ceder De Gaulle ante esta herida cuya sangre manaba en forma incesante sin secarse jamás y que costaba la flor y nata de la juventud francesa y la atonía del gigantesco presupuesto militar galo.

La Tercera Fuerza

Pero hay una tercera fuerza, a mi juicio, mucho más hábil y sutil que ha buscado otro camino que no sea la guerra sino la paz para vencer al comunismo con armas mucho más finas y diplomáticas y aprovechando la pugna entre China y Rusia. Esa fuerza es la Iglesia.

En páginas anteriores repetimos las palabras de Su Santidad el Papa Paulo VI llamando desesperadamente a la paz. Ha realizado viajes a Tierra Santa y a las Naciones Unidas, ha enviado una carta personal a Mao Tse Tung —la que no ha sido respondida— y ha anunciado el posible establecimiento de relaciones diplomáticas con Rusia. ¿Qué pretende Paulo VI?

Aislar a Rusia de China, alejarla cada vez más del camino de Pekín para que se incorpore al frente occidental, conciliar los intereses de la Casa Blanca con el Kremlin, atajar la revolución comunista en América Latina a través de una cadena de partidos demócrata cristianos que dependen del Vaticano y que tienen gran importancia en: Alemania, Bélgica, Italia, Francia, España, Venezuela, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y otros puntos.

John F. Kennedy fue asesinado hace dos años. El Presidente americano era de origen irlandés y católico. Su Alianza para el Progreso fue una audaz maniobra para impedir la guerra y establecer una política permanente de coexistencia pacífica con Rusia. Por eso fue asesinado. ¿Quién lo mató? Unos aseguran que la extrema derecha, bancaria y plutocrática que veía en el joven Presidente un elemento progresista que atacaba de hecho los intereses de los Bancos y de los Trusts. Otros asegu-

ran que John Kennedy fue asesinado porque era el más sutil enemigo que tenía el comunismo al hacer una política de tipo progresista que arrebatara la clientela al sovietismo mundial.

En América Latina hay dos tipos de partidos comunistas: los oficiales como el chileno y otros que cuentan con diputados, senadores, prensa libre, influencia decisiva en las centrales obreras y los agresivos elementos *spartakistas* o pekinistas, financiados desde China, que usan, en la ciudad el terrorismo, y en el campo y en las montañas el sistema de guerrillas.

Estados Unidos ha decidido llegar hasta las últimas consecuencias y en el Viet Nam, en Santo Domingo ayer, y mañana en otros puntos, actuará en forma inflexible e implacable. Desembarca *marines* y usa de todos los recursos de su gigantesco poderío bélico. Los pekineses, que han tenido pequeños éxitos sobre todo en Venezuela, siguen la táctica de Mao y organizan guerrillas al mismo estilo de las que puso en marcha Fidel Castro en Sierra Maestra para tomarse el poder en Cuba. El Centro de esas guerrillas está en La Habana, pero cabe preguntarse ahora:

¿Seguirá siendo Cuba el centro estratégico de este tipo de tácticas en circunstancias que Fidel se colocó en la órbita soviética y en contra de China?

Tácticas e intereses

La historia cambia a cada momento pero los intereses permanentes de las potencias siguen siendo en el fondo los mismos. Rusia no vaciló en aliarse con una Alemania nazi en 1939. Tampoco los nazis vacilaron en aliarse con Stalin porque necesitaban tener las espaldas libres para poder lanzarse contra Bélgica, Holanda, Francia e Inglaterra como efectivamente se lanzaron en 1940. Más aún, Polonia fue dividida entre ambos de común acuerdo saltándose todas las vallas del doctrinarismo político de Marx. Hitler esperó pacientemente hasta 1941 para cometer el más grande de los errores históricos que haya cometido un estadista en el siglo XX: invadir Rusia.

Por su parte Stalin esperó el 39, el 40 y el 41 y le declaró la guerra a Finlandia después de haber ocupado Polonia y haber sometido a Letonia, Lituania y Estonia bajo su dominio para tener una fuerte vanguardia que pudiera resistir la avalancha nazi en el momento oportuno como efectivamente ocurrió.

Tres años antes —en 1936— la pobre España fue usada como conejillo de Indias por Alemania e Italia por un lado, y por Rusia por otro, para probar y ensayar sus tanques y aviones pensando en que la guerra mundial N^o 2 ya era inevitable. La Guerra Civil española terminó el 1^o de abril de 1939 y la conflagración mundial se iniciaba en septiembre del mismo año, cinco meses más tarde.

¿Qué tiene de raro?

Esta es la pregunta que me hago en el avión a medida que me voy acercando a mi patria.

URSS — USA

Rusia está entendiéndose en todos los terrenos con Estados Unidos y puede ser su aliada en una guerra que veo cada vez más fatal e ineludible y China jugará en el bando opuesto como potencia amarilla más que comunista, y desafiando al mundo entero con la insurrección total de los pueblos de color que constituyen Asia, el Medio Oriente, América Latina y el gigantesco continente africano que dará material bélico, y sobre todo potencial humano para una contienda que, aparte de ser la tercera guerra mundial, podrá ser la última aventura bélica del hombre.

Falta sólo un simple detalle: China no tiene en estos momentos la bomba atómica sino en una escala doméstica y casera. Militarmente considerado, China podría ser pulverizada por un bombardeo masivo de bombas atómicas de máxima potencia realizado por Estados Unidos *usando los cerebros alemanes* que ya están a su servicio, con la neutralidad de Rusia y el control bélico de América Latina a través del Pentágono.

Lo que dice De Gaulle

Alguien fuera del Papa entiende el dramático momento que estamos viviendo. Ese "alguien" es el anciano Charles De Gaulle que demuestra mucho más perspicacia que casi todos los estadistas más jóvenes de la Europa actual y que no vacila en reconocer a China comunista, enviar a Malraux a Pekín y viajar él mismo personalmente a Moscú para mantener el equilibrio de Europa en las puertas mismas de la próxima guerra.

De Gaulle lo hace con un doble fin: Hacer de Francia el árbitro supremo del destino europeo y dar una solución mucho más sutil que la norteamericana y de más largo alcance, pero sus esfuerzos, como los desesperados intentos de Su Santidad Paulo VI, pueden caer en el vacío, en un mundo en el que por un lado se producen los máximos avances de tipo científico como el envío de una nave espacial a la luna, y en que por otro, todas las estadísticas del mundo están demostrando la gigantesca explosión demográfica cuya dolorosa y macabra solución sería una contienda mundial.

La guerra del 14 al 18 fue una lucha entre el imperialismo inglés y el imperialismo alemán. La del 39 al 45 entre el sueño delirante e imperial de Hitler y las potencias occidentales por un lado, con la alianza de la Rusia soviética por el otro.

La próxima...

La próxima guerra, cuyos macabros comienzos me parece vislumbrar ya a través de la ventanilla del avión, será una lucha frontal entre el mundo blanco y el mundo de color y entre la forma liberal, occidental y blanca y la forma marxista pekinista vista por los rasgados ojos de la China milenaria.

Una pregunta sensacional

¿Hasta qué punto es lícito afirmar que ha ingresado en forma definitiva al "club atómico"?

El Secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert Mac Namara ha dicho: Los chinos han detonado dos artefactos nucleares, pero no poseerán una potencia nuclear significativamente apreciable y operable hasta 1975-80.

Un ataque nuclear norteamericano sobre 50 ciudades claves de China destruiría a unos cincuenta millones de personas, la mitad de su industria y casi todos los centros administrativos de importancia nacional en ese país.

Lo que dice un sabio yanqui

Según el sabio norteamericano Ralph E. Lapp, Estados Unidos debería usar *ahora mismo* la llamada "bomba sucia" que es capaz de producir una radioactividad que se extiende en macabros círculos concéntricos sembrando el terror y el pánico. Es la misma bomba de Nagasaki e Hiroshima pero infinitamente más potente. El sabio sostiene: "Hay que atacar a Mao ahora mismo en forma masiva porque mañana será tarde. En 1973 (o sea dentro de siete años), China comunista tendrá bombas tan potentes como las yanquis de hoy, y esto si no se da antes el caso de que la pugna actual chino-rusa, no sea un vulgar diferendo entre compadres que se ponen de acuerdo a última hora". El sabio va más lejos y anota: "China tiene una ventaja decisiva sobre Estados Unidos: inmensas planicies salpicadas de villorrios, aldeas y pueblecitos y sólo de tarde en tarde de ciudades con densidad de gran población. Los chinos no están agrupados. Están repartidos. No presentan un bloque compacto, sino pequeños núcleos humanos que es muy difícil liquidar en forma rápida. Pekín, Nanking, Shanghai y las grandes ciudades son la excepción a la regla. Nueva York, San Francisco, Los Angeles, Chicago, Detroit, Filadelfia, Cincinnati o cualquiera de las grandes urbes norteamericanas, presentan formidables conglomerados humanos que es muy fácil liquidar en fracción de segundos. Una bomba atómica en Nueva York cortarían la luz, paralizarían los ascensores, rompería las cañerías, lanzaría gases de abajo

hacia arriba sembrando el terror y el pánico en un tiempo mínimo. El último apagón de Nueva York y la huelga del tránsito son un pequeño anticipo de lo que sería una acción bélica comunista (china o rusa) sobre las grandes ciudades norteamericanas”.

El americano

Pero hay algo más. El yanqui está acostumbrado a la paz, a la tranquilidad, a la calma, al más alto standard de vida. Trabaja para vivir y no para morir. Ha llegado al más alto grado material y con todas las condiciones de confort imaginables. El auto no es un lujo para él. Es un instrumento de trabajo. La radio, el aparato de TV, la lavadora automática, el aire acondicionado, el subway, el tren rápido, la lancha a motor, el yate, el avión y el helicóptero, son sus formas habituales de vida. Cuando ha tenido que ir a la guerra, lo ha hecho siempre FUERA DE SU TERRITORIO Y LEJOS DE SUS GRANDES CIUDADES. Ha peleado en Europa, en Asia y Africa, pero *nunca* en Estados Unidos. Ha arrasado ciudades francesas, holandesas y belgas (ocupadas por los nazis) y más tarde inmensas urbes alemanas y japonesas. Esta sería la primera vez que la guerra llegaría a su propia casa —a su propio home— y no sería una pequeña minoría la combatiente, sino la totalidad de la población, incluyendo a mujeres, ancianos y niños.

El chino

El chino ha saltado de una tiranía a otra tiranía, y del poder feudal de los mandarines y del Emperador a una breve y lírica República sin aplicación de la democracia en la práctica, para caer luego en brazos del comunismo. El chino es flemático, indolente, acostumbrado a la obediencia, con mentalidad de abeja o de hormiga, siempre dirigido desde arriba y donde en otro tiempo se imponía la voluntad de la corona, del caballero feudal, del general y hasta del marido sobre la mujer, y donde hoy impera

la voluntad omnímoda de Mao, de los dirigentes del partido, de los generales, de los comisarios y de los líderes sindicales.

Solución macabra

China, con 700 millones de habitantes y con un problema de super población, necesita ganar esta guerra perdiendo algunas docenas de millones de hombres pero, al mismo tiempo, alcanzando —en caso de victoria— el dominio, no tanto de ella, como de la raza amarilla y de las razas de color en general, sobre el odiado mundo blanco.

Preguntas decisivas

Hasta aquí el sabio norteamericano. Pero cabe hacerse alguna reflexión final antes de que asomen las costas de América: ¿Y el Japón, que también es amarillo y que tiene su cuenta aparte por saldar con los yanquis que los arrasaron en la última guerra? Los nipones, cuya fabulosa industria necesita una enorme masa de consumidores que serían LOGICAMENTE los 700 millones de chinos a quienes actualmente no les pueden vender porque se los impide el tratado de paz firmado por la fuerza con Estados Unidos. Japón tiene máquinas, radios, autos, aparatos de Televisión, trenes, buses, etc. y los chinos tienen oro en abundancia con lo cual, si pudieran, *ahora mismo* se podría hacer un comercio formidable que se completaría entre una enorme clientela potencial y una formidable máquina industrial en marcha cada vez más acelerada.

Entendimiento chino-nipón

¿Y si se entienden los chinos con los japoneses? No olvidemos que el partido socialista y el partido comunista japonés son formidables en estos momentos y controlan la masa obrera, campesina, estudiantil e intelectual.

¿Y si hubiera una revolución (violenta o electoral) en el ex Imperio nipón y se alzara la bandera roja en Tokio como sería el naípe diplomático y bélico en el Asia?

¿Y Alemania?

Y la última pregunta:

¿Y si Alemania derrotada, arrasada, ocupada, pulverizada desde el aire, CON MILLONES DE EX NAZIS QUE ESTAN VIVOS, AGAZAPADOS Y ESCONDIDOS DETRAS DE LOS COLEROS DE BONN Y BAJO EL ALERO DE LA BANDERA ROJA EN LA LLAMADA REPUBLICA POPULAR ALEMANA, CON BERLIN ROTO TRAGICAMENTE POR UNA DIVISION ABSURDA, CON CIEN MIL TECNICOS ATOMICOS LISTOS PARA MANEJAR LA BOMBA APENAS SE LA ENTREGUEN (si no se la han entregado ya...) SE TOMA EL DESQUITE Y ACTUA EN DETERMINADO SEGUNDO COMO UNA POTENCIA ARROLLADORA QUE JUEGA SU PROPIA CARTA?

Estas apasionantes preguntas me las hago mientras el avión avanza lentamente hacia las verdes tierras de América que tiene que estar allá, a lo lejos, sobre la dulce superficie del mar que brilla profundo y misterioso como una especie de nocturno terciopelo.

América

Al poco rato, cuando ya son las ocho de la mañana en mi pequeño reloj pulsera, diviso al fondo como surge la primera línea de la costa americana. Es una raya tan delgada y tan fina que parece que la hubiera dibujado un niño con un lápiz de color. Diviso Río de Janeiro con su cerro de la Gloria, su avenida Copacabana, sus mulatos y mulatas y, lo que es más grave, con sus gorilas uniformados. Esta es la patria del Mariscal Castello Branco que está estudiando en estos momentos cómo perfeccionar el golpe de Estado que dio hace poco.

El Brasil gorila

Apenas bajamos al aeródromo de Galeaos transpirando como monos en la selva, tenemos el primer contacto con la ruda realidad política carioca. En los quioscos del aeródromo están los diarios, cada uno de los cuales exhibe una serie de titulares que han sido cuidadosamente seleccionados y corregidos.

La gente habla en voz baja, hay demasiados uniformes en los grandes halles del aeródromo donde estamos tomando el primer café bueno que probamos durante todo este viaje. Me encuentro con algunos periodistas amigos y pregunto por la tensa situación brasileña. Me hablan calurosamente del posible golpe de Estado en caso que venza la oposición en las próximas elecciones. Lacerda ya no está con ellos. Kubitschek ha sido recibido en triunfo. Los gorilas no han solucionado ningún problema urgente. El costo de la vida sube día a día. La gente no ha olvidado a Goulart y su gobierno tímidamente progresista. Si los partidos opositores logran vencer en algunos Estados claves, los militares no tolerarán el triunfo y harán un segundo golpe de Estado mucho más seco, violento y duro que el anterior, porque, según ellos, estos milicos que partieron a última hora a Italia cuando ya la guerra estaba en las últimas, no conocen el campo de batalla ni de vista, y que sólo han hecho guerra de café y de escritorio, serán implacables con sus pobres compatriotas. Controlan las radios, la prensa, la televisión, todo. Los partidos políticos llevan una vida agónica. Los sindicatos están liquidados, las Ligas Campesinas lo mismo. Los estudiantes protestan en voz baja, pero no pueden actuar en forma por temor a los fusiles y a la represión. Este es el gobierno más reaccionario que existe actualmente en América y lo que ocurrió en España es una pálida tarjeta postal al lado de lo que está ocurriendo en Brasil. Mientras en España se está provocando el *deshielo* político y el régimen se ha liberalizado un poco, el gorilaje carioca está en sus mejores momentos gobernando un país con el cincuenta por ciento

de analfabetos y en donde se realizan los más oscuros y turbios negociados. Hicieron una revolución para limpiar el país. Algún día el Brasil hará su propia revolución para limpiarse de ellos.

Hasta aquí mis colegas cariocas cuyos nombres no voy a decir por razones obvias. Se les nota entristecidos, vacilantes y pesimistas. Es terrible tener sólo una máquina de escribir frente a las ametralladoras y los fusiles.

Política suicida

Estos fueron los mismos que obligaron a suicidarse a Getulio Vargas y que enviaron a Joao Goulart al destierro. Son los hermanitos siameses del Teniente General Onganía y su equipo de gorilas argentinos y tangueros. Este general de sólo un metro cuarenta, de aspecto repulsivo, con zarpas en vez de manos y ojillos inquisitoriales que se llama Castello Branco, regaloneado por el Pentágono —que en ésto como en todo demuestra una miopía y una falta de olfato increíbles— puede llevar a su país a una aventura verdaderamente suicida. Están amenazando a Paraguay, atacan a Frei, y un macaco llamado Asís de Chateaubriand se atreve a mirar despectivamente al Presidente de Chile y a Chile mismo. Ahora están en el período en que las palabras y acusaciones se hacen en el papel. Mañana se puede pasar a los fusiles. Hay que estar muy alerta amigo lector. Mucho más alertas de lo que estaban los periodistas y ciudadanos franceses el año 36, 37, 38 y 39 cuando Hitler se armaba ante sus propios ojos, y unas voces solitarias que se llamaban Pertinax, André Simón y Genovieve Tabouis decían crudamente la verdad y ponían en guardia a Francia contra un Hitler que se estaba apoderando de Europa, jirón tras jirón, para ocupar un día el propio París.

Me carga ser pesimista y sembrar la alarma, pero es conveniente que sepan los lectores de Chile que a pocas horas en avión y de Santiago está el gorilaje armado hasta los dientes y dispuesto a la aventura más cruel y

despiadada contando con la complicidad de sus colegas argentinos.

¡Qué lástima que el avión cargue tan pronto la nafta y que haya que partir! Estaba tan rico el café quemante. Son preciosos los ojos de las mulatas que se pasean moviendo las caderas por el inmenso hall del aeródromo. Nunca ha estado más linda la capilla del Cerro de la Gloria ni ha ardidado más el mar que brilla frente a los rascacielos de la Avenida Copacabana. Pero en vez de darnos un rico baño en las olas del Atlántico, tenemos que saltar al avión, dejar la cordial estampa de Río y avanzar hacia el sur.

Sobre la selva

Abajo duerme la selva con sus caimanes y arañas peludas. Abajo está la manihua, el calor infernal, las carreteras reventadas por el estallido de las raíces en la tierra más rica y más jugosa del mundo donde ondulan las palmeras y los cocoteros, los inmensos ríos se mueven lenta y pesadamente sobre un decorado infernal que recuerda los mejores cuadros de Diego Rivera.

Buenos Aires

El horizonte se comienza a aclarar, se va haciendo cada vez más fino, más sutil, más civilizado. La selva queda atrás y ahora comienzan las ubérrimas tierras argentinas, las inmensas estancias, los autos de lujo, las robustas vacas llenas de leche, mantequilla y de queso. Abajo canta el pájaro hornero y seguramente en una esquina de ese pueblecito que estoy mostrando con el dedo, un muchacho está dando las primeras notas de un tango. ¡Cómo me acuerdo de Blasco Ibáñez cuando escribí "La Tierra de Todos"! Porque este mosaico que desfila velozmente bajo las alas del avión está formado por italianos, judíos, yugoslavos, rusos, franceses, alemanes y hasta por argentinos.

A las diez de la mañana la máquina desciende impe-

rialmente como un pájaro de lujo en el aeródromo de Ezeiza. Avanzan los argentinos con su "ché" entre los labios. Ahora no es el café, sino la cerveza, la rica cerveza gaucha que anima el corazón por dentro y por fuera.

¡Qué cerca y qué lejos está la patria!

Pero hay que seguir. Siempre hay que seguir. Hay que cruzar los nevados picachos de la cordillera para darle la mano a los amigos que me deben estar esperando bastante aburridos en los Cerrillos.

El cielo está de una nitidez perfecta. No es el cielo corriente de Buenos Aires con esa humedad pegajosa y desagradable. Es un cielo chileno, de primavera, con un aire deportivo y fino que encandila los ojos y pone alegre el alma.

El encanto de Argentina

Es fácil hacer chistes sobre los argentinos. Pero no se puede negar que, aparte del gorilaje de poca monta que existe en el país y de algunos generales trasnochados que sueñan con revanchas, victorias, conquistas, avances, etc., el resto de la población argentina es generosa y humana, porque ni Buenos Aires, ni los gorilas, ni los niños bien del Barrio Norte, son los verdaderos pobladores de esta gran nación. Ni Isabelita que camina muy bien vestida por Florida a las cinco de la tarde, es la muchacha de la otra banda, ni los "petiteros" que quedan cerca de Callao, son los muchachos argentinos.

Esta tierra de emigrantes, fabulosamente rica, que brinda todas las posibilidades al ser humano, donde los gauchos mantienen la magnífica tradición de un Martín Fierro y en que asoman los nombres de Alberti y Mármol, es un gran país que está bastante más allá de los gorilas que le borraron la sonrisa al viejito Illia.

La lástima es que no podemos quedarnos. Ya está listo el avión. Ya se consumió el café. Ya llaman de la losa. Rápidamente pagamos y nos llevamos fresco aún el último diario de Buenos Aires para ver cómo marchan los bigotes de cosaco del general Onganía.



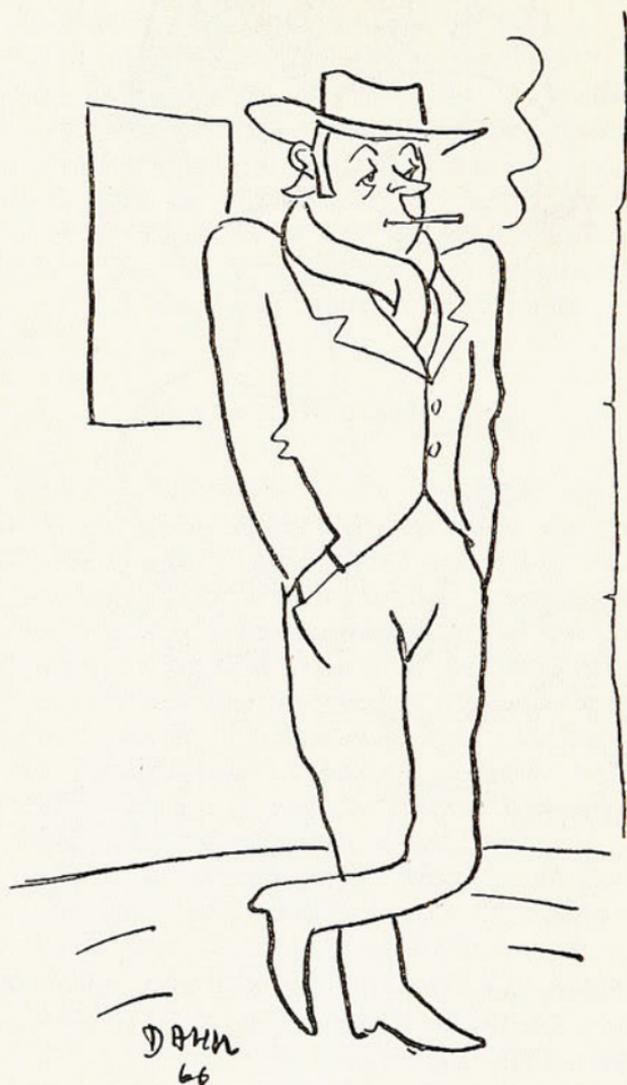
Un amigo nos da los últimos chimentos políticos mientras avanzamos velozmente hacia el pájaro que ruge a pocos metros de distancia.

Nos ajustamos los cinturones y partimos definitivamente.

Abajo están los ríos, los valles y el verde pañuelo de la pampa. El reloj marcha inflexible. Chile está a menos de dos horas... Pero...

¡Descúbrase, amigo lector! Sáquese el sombrero y escuche:

¡Estamos frente a la cordillera de los Andes!



Los Andes

Hace años que no la cruzaba de día. Siempre me tocaba atravesarla de noche con las luces del avión encendidas y esa maravilla de piedra y nieve agazapada

entre los pliegos nocturnos. Ahora no. Ahora es de día. Pleno día. Son las diez y media de la mañana y por la ventanilla del avión, ante los asombrados ojos de un sacerdote belga, de un periodista paraguayo, de un ciudadano argentino que nunca había volado hasta Chile, comienza a surgir lentamente este bosque, esta selva, esta manihua blanca, estos picachos solitarios, estos desiertos, esta zona llameante llena de hielo y de peligros, estos pequeños senderillos, estas lagunas color jade que el buen Dios le ha puesto como una sortija en el dedo anular a Chile para que mire orgullosamente a las demás naciones.

Yo he estado sobre los Urales y los Cárpatos. Vengo de volar sobre Fusiyama. He encendido un cigarrillo en La Veleta en plena Sierra de Granada que es el punto más elevado de Europa. Me conozco los Apeninos y los Alpes. He saltado sobre los Pirineos. He caminado a la sombra del Cañón del Colorado. Me he tuteado con las Montañas Rocallosas, pero como ésto, como éste paisaje, como este cuadro colgado verticalmente por el destino entre Chile y Argentina que cruzaron Maurois y Jouvét y dejó asombrado definitivamente a Paul Morand y a Barriault no había visto jamás.

Como sólo son las once de la mañana, Dios se ha encargado de repasar la pintura de la Cordillera metro a metro para que esté lista para el 18 y la Parada Militar. La nieve sube suavemente hasta el cielo por el lado argentino y se derrumba estrepitosamente por el lado chileno. Da la sensación de ruinas romanas o de columnas griegas y que un artista inmortal de hace siglos, se hubiera atrevido a levantar este mosaico vertical, este lago oblicuo, este desfile de riscos, de rocas, de collados y cimas que van surgiendo hasta el infinito. No hay pintura que pueda reflejar en una tela la fascinante belleza de esta Cordillera que veo ahora por primera vez. Cuando la miraba desde mi pieza asomado detrás de los vidrios de mi ventana y la veía tan pacífica, tan sencilla, tan tranquila, tan quitada de bulla, tan amable y silenciosa, no me imaginaba que podía llegar a este grado de belleza, y de violencia desatada.

Surge Chile

Abajo siguen los ríos, las lomas, las colinas, los desfiladeros, los picachos, las cascadas y esas miles de ondulaciones que ofrece la piel de la tierra cuando el planeta decide hacer una especie de obra magistral, una especie de basílica de nieve para que los hombres no olviden jamás que están colocados accidentalmente como unas inocentes pulgas sobre la costra terráquea. Pero lo malo es que el paso por la Cordillera demora sólo veinte escasos minutos para poder absorber tanta grandiosidad y tanta maravilla y ya está surgiendo Chile por la pequeña ventanilla del avión.

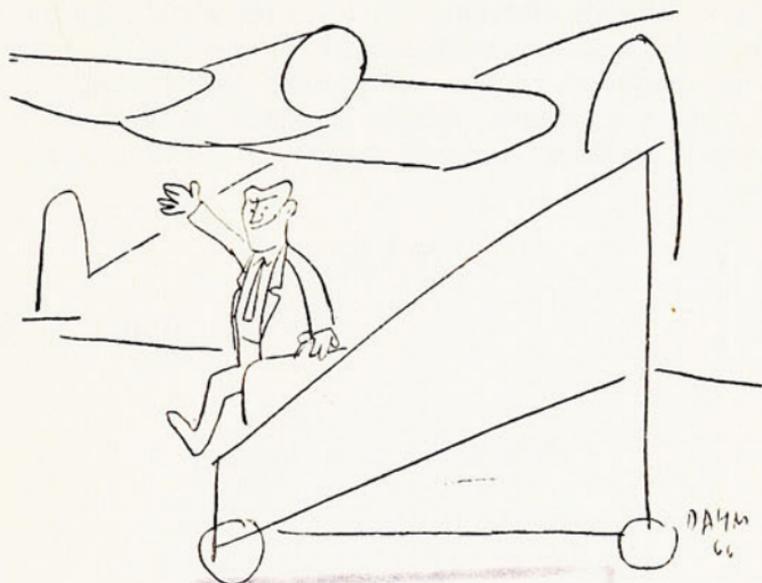
Han pasado sólo dos meses, pero he recorrido cien mil kilómetros a través de cuatro continentes y en doce países distintos. Y a pesar de que los cristales de la ventanilla están cerrados, siento el perfume de la patria.

Asoma ese cerrito que entra por la ventanilla derecha y sale rápidamente por la izquierda con una Virgen en la punta. Me saluda esta otra colina mucho más baja que queda frente a mi casa y que me conozco de memoria y donde Santiago se suicida con un viejo cañón todos los días a las doce en punto. Ya estamos sobre la Quinta Normal, la calle Ejército, Diez de Julio, Avenida Matta, el camino de Los Pajaritos, las primeras micros, los charcos de agua entre las poblaciones callampas como recuerdos del último temporal, la torre blanca de Cerrillos, los enormes avisos luminosos, la puerta abierta, la escalerilla metálica al frente y, delante de mí, los brazos de una guagua que dejé minúscula y que ahora es una muchachita alta y delgada que avanza corriendo a abrazar a su padre y surgen unos ojos ansiosos y húmedos y unos labios que me besan desesperadamente en la puerta misma del avión, y que forman el fino rostro de mi mujer.

De nuevo en casa

Monto casi maquinalmente, como una especie de sonámbulo, dentro del taxi. A mi lado desfilan la Avenida

Pedro Aguirre Cerda, el puente Iquique, la mancha verde del Parque Cousiño, la señorial calle Ejército, la Alameda, los afiches políticos, los primeros muchachos colgando de los micros, mi calle, mi casa, un ascensor, mi pieza.



Me asomo a través de la ventana y veo un sol brillante y tranquilo, un sol distinto. Un sol amigo mío. Un sol personal y propio que alguien ha encendido hace muy poco para recibirme oficialmente en mi país. Las ventanas de la pieza están abiertas y entra el aire puro, libre de censuras, sin gorilas, sin generales reunidos en bloques ni almirantes dedicados a la estrategia de invadir naciones vecinas. Los perros ladran alegremente en las esquinas y la gente dice lo que piensa sin tapujos ni mordazas. Yo vengo con el fantasma de la guerra sobre la piel, pero ese césped verde del Santa Lucía, estas palmeras, esta capilla donde reposan los restos de Vicuña Mackenna, estas estatuas, estos viejos leones traídos desde Lima hace ochenta años, que están frente a mi casa, estos muchachos morenos que caminan por la calle y

estas mujeres encantadoras que hablan suave y quedo, me convencen que todavía, en una esquina del mundo, muy lejos del decorado bélico, más allá de los aviones y tanques que avanzan trabajosamente en el Viet Nam, a cientos de kilómetros de Santo Domingo y a muchos más de los arrozales de la China y de los campos nevados de Rusia, a mucha distancia de los cañones de la Séptima Flota americana que está anclada en Seattle, hay un rincón, un pequeño rincón del mundo que todavía permanece libre y sonriente, donde la gente puede hablar aún y los perros ladrar todavía y que se llama simplemente Chile.

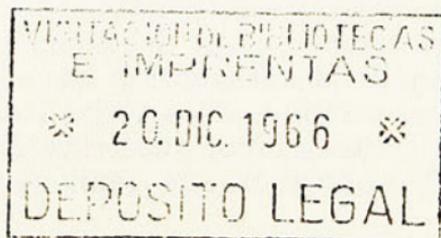
F I N

Santiago, Junio de 1966.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



VENGO
DE LA PROXIMA GUERRA

por **Tito Mundt**

se terminó de imprimir el 9
de Noviembre de 1966, en los
talleres de Editorial Prensa
Latinoamericana S. A. Root
537, Santiago - Chile.

EDITORIAL "ORBE"

Francisco Coloane
CABO DE HORNOS
(10ª Edición)

Francisco Coloane
EL ULTIMO GRUMETE DE
LA BAQUEDANO
(16ª Edición)

Reinaldo Lomboy
PUERTO DEL HAMBRE
(2ª Edición)

Reinaldo Lomboy
RANQUIL
(6ª Edición)

Mariano Latorre
M A P U
(3ª Edición)

Luis Durand
LA CASA DE LA INFANCIA
(2ª Edición)

René León Echaíz
EL BANDIDO NEIRA

Andrés Sabella
NORTE GRANDE
(3ª Edición)

Andrés Sabella
HOMBRES DEL NORTE

Dr. Osvaldo Quijada
SEXO Y SUFRIMIENTO - EL HOMBRE

Fernando Pinto Lagarrigue
LA MASONERIA: SU INFLUENCIA EN
CHILE
(2ª Edición)

Daniel Defoe
MOLL FLANDERS

Ariel Peralta Pizarro
EL CESARISMO EN AMERICA LATINA
(2ª Edición)

Dr. Benito Petschen
PROBLEMAS SEXUALES E HIPOCRESIA
SOCIAL

León Bloch
ROMA ANTIGUA Y SUS LUCHAS
SOCIALES

Richard Boleslavsky
LA FORMACION DEL ACTOR

Max Dalreaux
MELGAREJO - EL CAUDILLO BARBARO
(2ª Edición)

Gregorio Goldenberg
DESPUES DE FREI ¿QUIEN?

Otras obras de Tito Mundt
LAS BANDERAS OLVIDADAS
MEMORIAS DE UN REPORTER

Galería Imperio 256 - Casilla 13171
Santiago de Chile

EDITORIAL



ORBE

Galería Imperio 256 - Casilla 13171
SANTIAGO DE CHILE